Hay secretos que se niegan a permanecer bajo tierra.

TODO LO QUE ENTERRAMOS

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

NICOLA MARSH

ELOGIOS A NICOLA MARSH

«Nicola Marsh nos brinda un thriller doméstico trepidante que desentraña con maestría la fachada de la perfección para revelar secretos, drama y giros inesperados. Marsh sobresale a la hora de generar suspense. El ritmo está manejado con mano experta. Justo cuando crees que lo tienes todo resuelto, aparece otro giro para mantenerte en vilo».

— THE LISA D

«¡El mejor libro del año! Fenomenal. ¡Seis estrellas de cinco!».

— TIFFANY'S LIBRARY

«Me ha encantado este libro. Tiene el equilibrio perfecto entre las relaciones familiares, el drama doméstico y un toque de misterio de asesinatos. ¡Me fascina cómo escribe Nicola!».

— IN A NOOK WITH A BOOK

TODO LO QUE ENTERRAMOS

NICOLA MARSH

Derechos de autor © Nicola Marsh 2026

Primera edición publicada por Parlance Press 2026

Todos los derechos reservados. Esta obra, incluyendo todas sus partes, está protegida por la ley de propiedad intelectual. Cualquier uso fuera de los límites permitidos por dicha ley está prohibido sin la autorización previa y por escrito del editor. Esto se aplica, en particular, a la reproducción, traducción, microfilmación, así como al almacenamiento y tratamiento en sistemas electrónicos.

Todos los personajes, nombres, lugares y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, con hechos reales o lugares existentes es pura coincidencia. Los personajes no están inspirados, ni directa ni indirectamente, en personas reales, y todas las situaciones son invención de la autora.

Para solicitudes de autorización, por favor diríjase a: Parlance Press

Apartado de correos 4779

Knox City Centre VIC 3152 Australia

Correo electrónico: **nicola@nicolamarsh.com**

Para mi grupo de sprint: Deanna, Steve, Julie, Clark, Ann y Patrizia. Vuestro apoyo y las risas compartidas mientras escribía este absoluto desastre de libro significaron un mundo para mí.

Hay secretos que pueden enterrarse durante años. Las mentiras que nos contamos a nosotros mismos son mucho más difíciles de ocultar.

Tillie solo quería escapar de un padre violento y de una vida marcada por el miedo. Nunca imaginó que encontraría refugio en Sharna, una joven tan rota como ella.

Pero una noche lo cambia todo.

Las dos toman una decisión desesperada que las unirá para siempre.

Años después, han construido nuevas vidas, nuevos nombres y nuevas familias. Han aprendido a convivir con la culpa. A convencerse de que el pasado quedó enterrado para siempre.

Hasta que alguien empieza a hacer preguntas.

Alguien sabe demasiado.

Y cuanto más se acercan a la verdad, más claro queda que ninguna de las dos está dispuesta a perder todo lo que ha construido.

Aunque para proteger su secreto tengan que volver a cruzar una línea de la que nunca debieron regresar.

¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una mentira?

¿Y qué ocurre cuando la única persona en la que confías también es quien puede destruirte?

ÍNDICE

Prólogo
1. Lauren
2. Caleb
3. Tillie
4. Lauren
5. Caleb
6. Tillie
7. Lauren
8. Caleb
9. Tillie
10. Lauren
11. Caleb
12. Tillie
13. Lauren
14. Caleb
15. Tillie
16. Lauren
17. Caleb
18. Tillie
19. Lauren
20. Caleb
21. Tillie
22. Lauren
23. Caleb
24. Tillie
25. Lauren
26. Caleb
27. Tillie
28. Lauren
29. Tillie
30. Caleb

31. Tillie
32. Lauren
33. Caleb
34. Tillie
35. Caleb
36. Tillie
37. Lauren
38. Lauren
39. Tillie
40. Lauren
41. Tillie
42. Esme

Acerca del Autor
Otras Obras de Nicola Marsh

PRÓLOGO

Se supone que los recuerdos de la infancia son especiales.

Hacer nuevos amigos en el colegio. Montar en bici hasta que anochece. Hacer saltar piedras en el río. Sorber bebidas heladas tan rápido que te entra un dolor de cabeza insoportable.

Al menos, eso es lo que cree la mayoría de la gente.

La realidad dista mucho del consuelo del césped recién cortado, las nubes derretidas flotando en el chocolate caliente y el olor a sábanas secadas al sol.

Algunos recuerdos de la infancia te persiguen.

Se te graban en la retina hasta el punto de que no quieres cerrar los ojos jamás. El insomnio te acecha. La inquietud está garantizada. Vas de casa en casa, de ciudad en ciudad, buscando lo único que jamás encontrarás.

Escapar.

Justo cuando crees haber encontrado algo parecido a la paz, una vida alejada de los horrores del pasado, te arrastran de nuevo hacia el lodazal de una culpa turbia.

Porque sabes qué papel desempeñaste en la pesadilla sin fin.

Y después de todos estos años huyendo, parece que alguien más también sabe la verdad.

Esto podría ponerse feo.

CAPÍTULO 1
LAUREN

Nunca pensé que me casaría.

Hasta que conocí a Caleb McDougal.

A los veintinueve años, llevaba una vida de soltera feliz: alquilaba un estupendo piso de un dormitorio en el moderno barrio de Southbank, en Melbourne, trabajaba como contable para una promotora inmobiliaria internacional y salía con alguien de vez en cuando.

Soy más de ahorrar que de derrochar, aunque me permito un viaje anual a Sídney porque me encanta el ambiente del puerto; pasé allí la última década antes de mudarme al sur. Mis amigas son un grupo muy unido y quedo con Tess y Mary todas las semanas, normalmente en algún nuevo local de *brunch* o en uno de los muchos bares escondidos de Melbourne. Aunque nunca tomo más de un cóctel, porque el alcohol puede hacer que bajes la guardia y las chicas no saben nada de mi pasado; quiero que siga siendo así.

Es lo que tiene vivir en una ciudad grande. Puedes reinventarte y disfrutar de la dicha del anonimato. Justo como a mí me gusta.

—Eh, preciosa. Parece que estás a un millón de kilómetros. —Caleb me rodea la cintura con el brazo y me estrecha contra él—. Espero que estés soñando despierta con tu nuevo marido.

—Por supuesto —digo, y la mentira me sale con una facilidad pasmosa—. Todavía no me lo creo, la verdad.

—Créetelo, cariño. —Coge mi mano izquierda con la suya y la levanta, haciendo que nuestras relucientes alianzas nuevas de oro rosa destellen bajo el sol—. El señor y la señora. Tú y yo. Para siempre.

Para siempre es mucho tiempo, pero al ver la alegría en el rostro de mi marido, me guardo esa reflexión para mí.

Como no respondo, un leve ceño le frunce la frente.

—¿No te arrepientes de haberte fugado para casarte? Porque ya te dije que podemos organizar una gran fiesta cuando volvamos a Melbourne, si quieres…

—Soy feliz. —Le apoyo un dedo en los labios—. Como nunca lo he sido en mi vida, y no me arrepiento ni un poco de nuestra boda relámpago.

Su ceño desaparece y, cuando retiro el dedo, sonríe.

—Bien. —Arquea las cejas con picardía—. Me gusta tenerte solo para mí.

Me río mientras se inclina para besarme, aliviada de haber logrado que todo saliera bien.

Durante los primeros tres meses después de conocer a Caleb, fui la novia perfecta.

Durante los dos meses siguientes, me transformé en una novia cariñosa, atenta y tan enamorada que habría hecho cualquier cosa que él quisiera.

Durante las últimas cuatro semanas, he sido todo lo que él necesitaba que fuera, hasta el punto de que hoy, cuando cumplimos seis meses juntos, nos hemos casado en un yate en medio del puerto de Sídney.

Solo él, yo, el capitán y dos marineros que hicieron de testigos.

Nuestra relación ha sido un torbellino.

Tenía que serlo.

Porque Caleb tiene algo que yo quiero.

Y nada se interpondrá en mi camino para conseguirlo.

CAPÍTULO 2

CALEB

HACE SIETE MESES

No recuerdo la primera vez que tuve uno de mis «episodios», como los llama la abuela Esme.

¿Tendría ocho años? ¿Diez? ¿Doce? Ella dijo que se fueron haciendo menos frecuentes cuando llegué a la adolescencia. Me alegra. Porque no recuerdo lo que pasa durante ellos y ella no me lo quiere contar.

Ahora, a mis treinta y tantos años, sé que ha pasado mucho tiempo, pero volver a Ghost Gum House siempre consigue resucitar los recuerdos del niño angustiado e inseguro que fui en otro tiempo.

Aparco el coche bajo uno de los *ghost gums* que dan nombre a la casa y estoy a mitad del camino que lleva a la puerta principal cuando esta se abre de golpe y aparece Tillie, con su corte de pelo *pixie* pelirrojo erizado en todas direcciones, los ojos azules chispeantes y una sonrisa amplia y acogedora.

—¡Caleb! —grita, como si no me hubiera visto en años —cuando solo han pasado unas pocas semanas— y echa a correr hacia mí, toda piernas largas y brazos en alto.

Me preparo cuando llega a mi lado y se me lanza encima, con el tiempo justo de alzar los brazos para recibirla. Su abrazo es tan efusivo como siempre, y por un instante aplasto el destello de pesar por no poder enamorarme de ella.

Tener una mujer que me reciba así todo el tiempo, que me quiera con tanto descaro, sería maravilloso. Pero Tillie no es la mujer para mí, tal como le dije el mes pasado cuando pasamos una noche juntos, borrachos.

Por mi parte había sido un error, una equivocación enorme, porque siempre he sabido que ella siente algo más que amistad por mí. Pero me pilló en un momento de vulnerabilidad, cuando busqué consuelo en tres cuartos de una botella de ron después de estropear un trato importante en el trabajo, y me perdí en ella.

La mañana siguiente había sido la peor de mi vida cuando me miró con los ojos llenos de ilusión, como si por fin hubiera hecho realidad todos sus sueños. Decepcionarla con tacto fue un trago amargo y, como era de esperar, dejó de dirigirme la palabra.

No sé qué le dijo la abuela Esme, pero estoy seguro de que mi abuela tuvo algo que ver en que Tillie dejara atrás su enfado y volviera a tratarme con normalidad. Desde entonces hemos vuelto a ser amigos, pero son momentos como este, cuando ella se demora entre mis brazos después de un abrazo de amigos, cuando desearía poder ser el hombre que ella necesita.

—Hola, Till. —Me suelto de su abrazo y finjo no ver su decepción —. ¿Cómo has estado?

—Mejor ahora que estás aquí. —Pasa su mano por el hueco de mi codo—. He preparado tu favorito. Pavlova de mango.

—Gran te dijo que venía.

Es una afirmación, no una pregunta, porque, por supuesto, mi abuela le habría dicho a Tillie lo de mi visita inminente. Odiaría que su inquilina más antigua se viera pillada por sorpresa. Gran tiene ese don. Trata a todos por igual, incluidos los que no son familia de sangre.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con la abuela Esme?

Entorno los ojos, pensativo.

—¿La semana pasada? Le mandé un mensaje hace dos días diciéndole que venía. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Tillie vacila, y un mal presentimiento me roza la nuca. Conozco a la abuela Esme y, si algo va mal con su salud, no se lo dirá a nadie hasta que sea demasiado tarde. A pesar de que le he confiado toda

mi vida, ella siempre ha sido estoica, una persona reservada que acoge a desconocidos en su casa y los deja quedarse, pero guarda sus propios asuntos para sí.

De pequeño escuché el rumor de que Ghost Gum House no debía su nombre a los árboles que la rodean, sino a los fantasmas que la habitan. Me encantaba escuchar eso, porque siendo un niño de cinco años sumido en el duelo, esperaba que los fantasmas de mis padres, recientemente fallecidos, rondaran la casa donde vivía con mi abuela tras su muerte. Por desgracia, nunca volví a ver a mis padres después de que murieran en una excursión por los Grampians; sus fantasmas se quedaron en las montañas junto con sus cuerpos, que jamás fueron recuperados.

El ceño de Tillie se frunce.

—La abuela Esme no me quiere decir qué pasa, pero creo que puede que esté enferma.

El corazón se me encoge.

—¿Qué te hace decir eso?

—Se cansa con facilidad. Se echa una cabezadita por la tarde. Se acuesta temprano. —La expresión de Tillie, lúgubre, contrasta con su habitual optimismo efervescente—. Estoy preocupada por ella.

—Me aseguraré de llegar al fondo del asunto —digo, agradecido de que Gran tenga a Tillie velando por ella—. Gracias por avisarme, Till.

—Yo te cubro las espaldas. —Me da una palmada en la espalda, un poco fuerte, un gesto que me hace dudar de si todo su resentimiento hacia mí está completamente zanjado—. ¿Qué tal la vida en la gran ciudad?

—Frenética, como siempre.

Cada vez que Tillie me pregunta por mi vida en Melbourne, me limito a dar respuestas breves. Como alguien atrapada en Amberfield, un pequeño pueblo rural a medio camino entre Ballarat y Bendigo, sé que no le hace ninguna gracia escuchar hablar del cosmopolita Melbourne, a pesar de preguntar. Cometí ese error una vez y acabé teniendo que defender mi vida en la ciudad, esquivando sus pullitas pasivo-agresivas.

Además, sé que solo pregunta por cortesía. En las ocasiones en que vuelvo a Amberfield —cada vez más esporádicas últimamente—, Tillie prefiere rememorar los viejos tiempos, aunque solo habla de lo que ocurrió después de que empezara a vivir aquí y nunca menciona el pasado.

A pesar de mis sutiles tanteos, no sé nada de la vida de Tillie antes de que llegará al pueblo y acabara alojándose con Gran. Y si Gran sabe más que yo, no lo dice. Es muy buena guardando secretos. Es lo que la convierte en la persona perfecta para llevar una casa de huéspedes informal para quienes lo necesitan.

Desde que murieron mis padres, siempre ha estado acogiendo inquilinos. De niño creí que era porque éramos pobres, pero no era así. Fui a un internado de gran prestigio y tuve lo mejor de todo. Cuando se lo pregunté una vez, Gran dijo que es buen karma devolver algo a quienes tienen menos fortuna.

Al principio, la gente de paso que entraba y salía me daba miedo; se quedaban una semana, un mes, un año, y luego se marchaban. Pero, a medida que fui creciendo, me gustó que nuestra extraña y vieja casa tuviera algo de vida. Porque, a pesar de que los fantasmas de mis padres nunca hicieron acto de presencia, juro que Ghost Gum House está encantada.

Gran se ríe cuando lo digo y achaca los crujidos del suelo y los portazos al asentamiento natural de una casa añosa y a las frecuentes ráfagas de viento. Probablemente tenga razón y, en mis visitas actuales, duermo como un tronco, así que atribuyo mi sospecha de los fantasmas a la imaginación desbordante que tenía de niño.

—¿Siguen aquí los mismos de mi última visita? —le pregunto a Tillie, sintiéndome mal por no haberme puesto en contacto con Gran con más frecuencia.

Normalmente, Gran me pone al corriente de sus inquilinos de turno con toda clase de anécdotas, pero ahora que lo pienso, nuestra última conversación telefónica había sido breve porque tenía que salir corriendo a atender su repostería.

Si está enferma, como Tillie sospecha, quizá Gran no había querido alargar nuestra conversación por miedo a revelar demasiado

sobre su salud.

Ese pensamiento me entristece.

—Sí, los mismos inquilinos siguen aquí. —Tillie asiente—. Owen es la mano derecha de la abuela Esme, así que dudo que ella lo deje marcharse nunca. Y Evelyn y Gianna son parte del mobiliario, como ya sabes. También tenemos unos cuantos recién llegados en este momento, pero probablemente no se queden mucho tiempo.

Me río, aunque no me gusta que Owen se haga indispensable para Gran hasta el punto de que Tillie lo llame la mano derecha de mi abuela. Siempre desconfío de los inquilinos que se acercan demasiado a Gran y se ganan un hueco en su vida, porque las personas mayores —especialmente las que pueden estar enfermas— son un blanco perfecto para los estafadores.

—Será agradable volver a ver a todo el mundo —digo con un tono despreocupado, aunque tengo la firme intención de hacerlo.

Porque, si alguien está intentando aprovecharse de mi abuela, tendrá que vérselas conmigo.

CAPÍTULO 3

TILLIE

ENTONCES

Le puse a mi hermano y a mi hermana los apodos de Thunder y Whisper, y ellos me llaman Spinifex, porque los mechones dispersos de mi pelo castaño rojizo les recuerdan al arbusto que salpica la tierra roja del pueblo minero del outback en Nueva Gales del Sur donde vivimos.

Con catorce años, soy lo bastante mayor para saber más de lo que la gente cree, pero lo bastante joven para salirme con la mía en muchas cosas.

Como ahora, cuando me agacho detrás de un pequeño cobertizo de hojalata y observo.

Arranco distraídamente las hojas de un atriplex raquítico mientras entono los ojos, preguntándome si el calor que asciende del suelo y crea espejismos temblorosos a lo lejos está distorsionando mi visión.

Porque juro que veo a mi padre matar a otro hombre.

La expresión de papá se distorsiona; su cara enrojece hasta ponerse morada, con los dientes apretados y al descubierto mientras sus enormes manos estrangulan al hombre. No sé quién es, el tipo que ha desatado la ira de mi padre, pero me da lástima.

Normalmente somos Thunder, Whisper y yo quienes cargamos con el peso de los arrebatos de papá.

Tenemos los moratones que lo demuestran.

Un remolino de polvo cruza mi campo de visión y parpadeo varias veces. Cuando se disipa, mi padre se aleja a zancadas del cuerpo inerte, arrastrando las botas de trabajo al patear las piedrecillas, con los puños apretados y los músculos del cuello en tensión. Es un gigante al que no se puede derribar. Algunos lo han intentado a lo largo de los años, normalmente después de unas cuantas cervezas de más en el único pub del pueblo, un edificio achaparrado que es el centro social de Dirtridge. Papá acepta a todos los que le plantan cara, pero normalmente se detiene antes de matarlos.

A diferencia de hoy.

Cuando papá desaparece de mi vista, siento la tentación de ir a ver el cuerpo, pero el sentido común me frena. ¿Y si alguien me ve y cree que yo tuve algo que ver? Ya es bastante malo ser pariente de un asesino como para que encima me tomen por una.

Tengo que encontrar a Thunder y a Whisper y contarles lo que ha pasado, porque después de las peleas de papá en el pub, vuelve a casa en uno de dos estados de ánimo: eufórico y exaltado, sirviéndonos a todos una cerveza para beber con él y contando chistes horrorosos; o hirviendo de rabia y con ganas de revancha, gritándole insultos a la mujer que lo abandonó para criar a tres inútiles alborotadores, y buscándonos con ojos de venganza.

Vuelvo a casa corriendo, lanzándome por la calle Mayor como si una serpiente me persiguiera. Nuestra casa —más bien una chabola — es idéntica a las demás apiñadas al final de la calle, como una ocurrencia de última hora pegada una vez que el pueblo minero cobró vida.

Las chabolas de chapa corrugada, desgastadas por la intemperie, son pequeñas, más adecuadas para un minero soltero que para una familia, y la nuestra está especialmente deteriorada, con la pintura descascarada alrededor de los marcos de las ventanas y el tejado oxidado.

La tierra ocre que compone nuestro jardín delantero está llena de huellas de bicicleta, lo que significa que mi hermano y mi hermana están en casa. Van a todas partes en bici —tampoco es que haya mucho adónde ir, sin ningún otro pueblo en ciento sesenta kilómetros a la redonda de Dirtridge—, pero yo prefiero ir andando.

Es más fácil escabullirse si veo algo que no debería.

No los llamo por su nombre por si papá ha llegado antes que yo. En cambio, me cuelo por la puerta trasera y suelto el aire que retenía al comprobar que no está. Papá seguramente habrá ido al pub a ahogar su culpa o a celebrar su triunfo, según cómo esté.

Aliviada de que no esté, me dirijo al salón, donde Thunder está despatarrado en nuestro sofá raído, con los ojos cerrados, tocando una batería imaginaria al ritmo de la música que retumba en sus auriculares.

Whisper está acurrucada en un sillón desgastado, hundida en él porque los muelles hace tiempo que cedieron, leyendo una novela de terror. No entiendo por qué lee ese género, teniendo en cuenta que nuestras vidas son una larga y continua historia de terror.

—Hola —digo, y Whisper apenas me dirige una mirada, mientras Thunder sigue golpeando platillos imaginarios con baquetas inexistentes.

Con dieisiete años, Thunder es todo extremidades largas y acné. Se pone rebelde cuando papá está cerca, porque odia que papá le llame Wayne, como si fuera un nombre de pardillo. Thunder se parece mucho a papá, con su voz fuerte y su genio rápido, pero hay una diferencia. Thunder nunca levantarúa la mano contra Whisper ni contra mí, al contrario que papá.

Whisper tiene quince años, adora su nombre, Maribel —yo creo que es estúpido—, y es lo contrario de mí en todos los sentidos. Yo tengo los ojos azules, el pelo rojo y estoy delgadísima, mientras que ella tiene el pelo castaño de mamá, del color del chocolate con leche, ojos avellana y curvas a pesar de su edad. Veo cómo papá la mira con los ojos entornados y eso me aterra. Por eso nunca me separo de su lado cuando él está en casa. Thunder debe de percibir lo mismo, porque para ser un tío que preferiría pasarse el rato con sus amigos bebiendo cerveza junto a la poza, siempre está en casa cuando papá llega tambaleándose del pub.

Tiro del auricular que le cubre la oreja y lo suelto, lo que provoca un ceño fruncido mientras se incorpora y grita:

—¿Qué coño?

—Tengo que contaros algo —tomo aire—. Es grave.

Eso capta su atención. Wayne se quita los auriculares y Maribel se incorpora, con los ojos como platos mientras me mira fijamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella, recorriéndome con la mirada como si buscara moratones.

Como si yo fuera a salir a la calle con ellos a la vista. Detesto la lástima, sobre todo la de los perdedores de este pueblo sin futuro.

—He visto a papá matar a alguien.

Maribel palidece, con la boca abierta formando una O perfecta, mientras los puños de Wayne se cierran con fuerza.

—¿Te estás inventando gilipolleces otra vez, Till? —frunce el ceño hasta que el acné de su frente se junta como un dibujo de unir puntos—. Porque como sea así…

Es una amenaza vacía. Mi hermano es mi protector y nunca me pondría la mano encima. No se parece en nada a papá.

—Déjala hablar —susurra Maribel, haciendo honor a su apodo.

—Lo estranguló con sus propias manos. Un tipo al que no reconocí. —Me llevo una mano al corazón—. Lo juro.

—Joder —murmura Wayne, sacudiendo la cabeza—. Está empeorando.

—Sí. —Me encojo de hombros, como si no hubiera mucho que pudiéramos hacer al respecto, pero sé que esta vez es diferente.

Si nuestro padre puede matar a un cualquiera y alejarse sin mirar atrás, ¿de qué más sería capaz con nosotros?

—Su violencia va en aumento. —La mirada frenética de Maribel va de uno a otro—. ¿Qué vamos a hacer?

Antes de que yo pueda decir «qué coño sé yo», Wayne se pone de pie.

—Si nos quedamos aquí y lo detienen, acabaremos en Protección de Menores, metidos en el sistema de acogida y separados. —Cruza los brazos—. No voy a dejar que eso pase.

La sola idea de perder a mis hermanos me revuelve el estómago y trago saliva. —¿Tenemos suficiente ahorrado para irnos ya?

La preocupación nubla los ojos de mi hermano mientras intercambia una mirada con Maribel. —No, pero creo que se nos ha acabado el tiempo.

Maribel asiente. —Estoy de acuerdo. Deberíamos irnos ahora.

El miedo me hace temblar, pero saco la barbilla, desafiante. —De acuerdo. Cojamos nuestras bolsas y escabullámonos antes de que vuelva.

—Es un plan —dice Wayne, pero mientras Maribel y yo corremos a nuestra habitación y levantamos el tablón de madera roto en la parte trasera de nuestro armario donde hemos escondido nuestras bolsas preparadas para una huida rápida, oímos el rugido del *ute* de papá, cuyo motor diésel necesita urgentemente una puesta a punto.

Maribel emite un sonido ahogado y yo digo —Date prisa — mientras sacamos las bolsas de un tirón y corremos por el pasillo hacia la puerta trasera. Wayne no nos está esperando cuando llegamos patinando a la cocina, y al oír el silbido desafinado de papá mientras se acerca a la puerta principal, el pánico me atenaza.

Incapaz de dejar a mi hermano atrás, grito: —¡Thunder! —y entonces es cuando veo a Wayne, de pie en el pasillo, sin su bolsa, de espaldas a la puerta principal.

—Id —dice—. Os ganaré todo el tiempo que pueda.

—No… —Los sollozos de Maribel son silenciosos y se me encoge el pecho ante la idea de nuestro hermano sacrificándose por nosotras.

—Wayne, ven con nosotras. Por favor. —Mi súplica no surte efecto mientras él niega con la cabeza, y al oír la llave en la cerradura, nos quedamos paralizadas.

—Id. —Su siseo es bajo y urgente, y entonces mi hermano nada expresivo hace algo tan impactante que nunca lo olvidaré.

Nos manda un beso.

Maribel ahoga un grito, y mientras la puerta principal se abre de par en par y Wayne se da la vuelta para encarar a papá, sé lo que tengo que hacer.

Debo asegurarme de que el sacrificio de Wayne valga la pena, y eso significa salvar a Maribel.

Y salvarme a mí misma.

CAPÍTULO 4

LAUREN

ENTONCES

Avanzo a grandes zancadas por Collins Street y me detengo el tiempo justo para comprobar mi pintalabios en el escaparate de una tienda de bolsos de diseño, antes de seguir hacia mi destino.

Hoy es la primera vez.

Comer con mi novio en público.

Mi novio casado.

Llego a la trattoria italiana encajada en un callejón y entro; lo localizo al instante. Incluso sentado, es enorme. Hombros anchos. Un metro noventa y tres. Un rostro memorable antes que guapo. La nariz un poco demasiado grande, unos ojos castaños enmarcados por unas pestañas que en un hombre son un desperdicio y una boca demasiado apetecible. Él también lo sabe; se le nota en cómo echa los hombros hacia atrás, en cómo se sienta, rígido y erguido, como un hombre que lo tiene todo bajo control.

En todos los aspectos de su vida.

El sexo es fenomenal, uno de los principales motivos por los que acallo mi conciencia cada vez que quedamos. Hasta ahora, nuestra relación ha estado confinada a habitaciones de hotel. Tardes robadas y alguna que otra mañana de fin de semana que él puede justificar ante su mujer como reuniones de negocios.

No sé nada de ella, y no quiero saberlo.

Además, no se merece a alguien como él.

No es que yo sea tan ingenua como para creer que yo sí me lo merezco, pero últimamente ha habido momentos, cuando estamos tendidos el uno en brazos del otro en ese estado de languidez tras el sexo, en que me mira de una manera que sugiere que quiere algo más.

Más de lo que yo estoy dispuesta a darle.

No puedo pertenecer a ningún hombre. Las relaciones exigen intimidad y compartir secretos.

Algo que yo no puedo hacer.

Ahora, mientras me abro paso entre las mesas para llegar hasta él, me pregunto qué pensaría si supiera la verdad sobre mí.

Lo que he hecho en mi pasado.

Las mentiras que he contado.

La gente a la que he hecho daño.

Se le borraría esa arrogancia pagada de sí misma de la cara, eso seguro, y por un instante irracional siento la tentación de dejarle entrever a la verdadera yo, de recuperar el poder en esta retorcida relación nuestra.

Pero para eso hay tiempo de sobra.

Por ahora, lo que mi engreído amante no sabe no puede hacerle daño.

Cuando llego a la mesa, se pone de pie y alarga las manos hacia mí. —Estás preciosa, como siempre, *Chéri*.

Me besa en la mejilla y yo me aprieto contra él fingiendo que no detesto el estúpido «querida» en francés que añade a su saludo. Vimos una película francesa en blanco y negro acurrucados en la cama durante nuestra primera «cita» en un hotel, y desde entonces no deja de intercalar frases en francés en nuestras conversaciones.

Debo de disimular bien mi repulsión, porque todavía no se ha cansado de mí, que es precisamente el objetivo de esta relación. Ando escasa de dinero, y a los hombres engreídos como él les encanta presumir, lo que se traduce en caros regalos que van llegando.

Regalos que pienso empeñar en cuanto lo deje.

Lo irónico es que él cree que soy rica. He pasado los últimos años cultivando meticulosamente mi guardarropa, rastreando tiendas de segunda mano de categoría en barrios pudientes para comprar ropa elegante, bolsos, zapatos y joyas. Me asombra de qué son capaces de deshacerse las mujeres adineradas; su basura es mi tesoro.

Seré rica si mi próximo plan llega a buen puerto. Ser una estafadora es agotador, pero el posible beneficio merece la pena.

—¿Qué te parece este sitio?

Irradia orgullo, como si él mismo hubiera construido el edificio ladrillo a ladrillo.

—Es precioso. —Le sonrío en señal de agradecimiento mientras aparta mi silla, y me siento ocultando mi verdadera reacción ante su estupidez: una mueca de disgusto.

—He pedido una fuente de marisco para compartir y una botella de su mejor chianti.

Cómo no. Capullo presuntuoso.

—Suena genial.

Su sonrisa tiene algo de tímida. —Te estarás preguntando por qué te he invitado a comer aquí, ¿verdad?

Un poco, sí. Que nos vean en público es lo último que ha querido durante nuestra breve relación, así que mi curiosidad no tiene límites.

—Es un sitio discreto, así que supuse que no te vería nadie que te conozca.

Su sonrisa es amplia y pomposa. —Va más allá de eso.

Un destello de aprensión me recorre por dentro. No me gustan las sorpresas a menos que impliquen quilates.

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Asiente y me sujeta la barbilla con los dedos para mirarme a los ojos—. Tengo grandes noticias, nena. Enormes.

Fuerzo una sonrisa, sin que me guste el brillo maníaco en sus ojos.

—¿Quieres una pista?

Niego con la cabeza y le aparto la mano de la barbilla. —Dímelo directamente.

Se recuesta en la silla y se cruza de brazos. —Voy a dejar a mi mujer.

La impresión me sacude de golpe.

Seguida de inmediato por: «Joder, espero que no lo haya hecho por mí».

—¿Puedo preguntarte por qué ahora? —Intento elegir las palabras con cuidado para no ponerlo en mi contra—. Quiero decir, me has dicho que lleváis mucho tiempo con problemas, que supongo que es el motivo por el que estás conmigo.

Suelto una risita con falsa modestia. —Y ya sabes lo mucho que disfruto pasando tiempo contigo, lo bien que nos lo pasamos. Pero una separación es algo muy serio. ¿Estás seguro?

La confusión visible en su rostro me dice que mi reacción no es la que esperaba.

—Me gustas, Lauren. Estamos bien juntos, y estoy harto de andar a escondidas todo el tiempo. —Frunce el ceño—. Es agotador, joder. ¿A ti no te cansa también?

Mierda.

Yo soy el motivo por el que va a dejar a su mujer.

Esto no es bueno.

Pero necesito calmarlo, halagar su ego, sacarme de encima esta situación que se complica por momentos.

—Tienes razón. —Estiro el brazo para cogerle la mano—. Claro que tienes razón. El subterfugio nunca es fácil. Pero…

Le llevo la mano a la boca y le paso la lengua por los espacios entre los nudillos, un gesto asqueroso que nunca he hecho antes, pero estoy desesperada. Sus ojos, muy abiertos, están clavados en mi lengua, que es exactamente lo que busco. Después de lamerle la base del pulgar, levanto la mirada hacia la suya y digo: —Pero esconderse también tiene su encanto, ¿no? No sé tú, pero a mí lo de andar a escondidas me aumenta la emoción.

Me inclino hacia él y presiono mi pecho contra su brazo. —Me excita.

Su mano se cuela bajo mi falda y reprimo una sonrisa de triunfo. Los hombres son tan predecibles.

—Eres una traviesa. —Su voz es baja, apenas por encima de un gruñendo, mientras juguetea con el encaje de mis bragas—. ¿O sea que quieres mantener el statu quo de nuestra relación?

—Si eso es lo que tú quieres, cariño.

Uf. Nunca le llamo «cariño», pero necesito exagerar mi sumisión, porque sé que a él le gusta sentirse dominante.

Ja.

Está engañado, y es completamente ajeno a cómo lo estoy utilizando.

Pienso mantenerlo así.

—De acuerdo. —Me acaricia el cuello con la nariz y yo hago todos los sonidos apropiados mientras me odio por dentro.

No quiero esto. Nada de esto.

Este hombre.

Esta aventura.

Esta vida.

Pero por ahora debo hacer lo que sea necesario para garantizar mi estabilidad económica, porque sé que la frágil existencia que me he construido puede derrumbarse en cualquier momento.

CAPÍTULO 5

CALEB

HACE SIETE MESES

Mientras Tillie prepara una tetera, subo la desvencijada escalera hasta el segundo piso. La casa entera necesita una reforma completa, pero la abuela dice que le gusta así. Ese estilo descuidado con encanto, vivido, un hogar; y eso es exactamente lo que ha sido para mucha gente a lo largo de los años. Mi abuela es generosa y gasta su herencia en los demás. Me prodigó amor más que posesiones, y atesoro cada lección de vida que me enseñó.

La abuela rara vez se resfría, y mucho menos le pasa algo peor, así que si Tillie cree que está mal, estoy preocupado.

Al llegar a lo alto de la escalera hay un salón de planta abierta con bajos sofás de ante del color de las ciruelas maduras, una mesa de centro de fabricación local con juegos y novelas de bolsillo muy manoseadas en el estante inferior y un televisor de pantalla panorámica que es el único electrodoméstico moderno de la habitación. Un pasillo al fondo lleva a ocho dormitorios; el mío y el de la abuela están al final, con vistas al jardín trasero, el estanque y los prados que se extienden hasta la valla del vecino más cercano, a un kilómetro de distancia.

Inhalo al entrar en el pasillo y saboreo el olor familiar del hogar: una mezcla de naranja, canela y clavo, una combinación que la abuela hierve en el fogón durante una hora para luego empapar

bolas de algodón y colocarlas estratégicamente por toda la casa. Es también el olor de la Navidad, y recuerdo la primera vez que preparó una olla cuando yo tenía diez años. Después, nos zampamos sus *mince pies* caseros y bebimos batidos de chocolate. Más tarde aquella noche me dolió el estómago, pero no me importó. Nadie cocina como mi abuela y ella consigue que hasta los caprichos más sencillos sepan a gloria.

Llego a su puerta y llamo antes de abrirla. El hecho de que esté descansando por la tarde es una señal de alarma inequívoca de que algo no va bien. Aunque, claro, tiene ochenta y cuatro años y quizás las siestas de abuela le ayudan a llevar el día.

Está sentada en un sillón reclinable de cuero agrietado junto a la ventana, con los pies en alto y un libro en el regazo. La cabeza le cae hacia un lado mientras ronca suavemente, y me resisto a despertarla. Pero al dar un paso atrás, piso una tabla que cruje y ella abre los ojos de golpe. Está alerta al instante, con los dedos clavados en los reposabrazos, y, lo más extraño, parece asustada.

—Solo soy yo, abuela.

Se relaja visiblemente y baja el reposapiés para poder levantarse.

—Qué alegría verte, mi nieto favorito.

—Soy tu único nieto —me río mientras cruzo el dormitorio y la envuelvo en un abrazo; el levísimo aroma a rosas de la crema de cara que lleva usando toda la vida me cosquillea en la nariz—. ¿Cómo estás?

Se aparta de mí.

—Nunca he estado mejor. ¿Y tú?

—Sin quejas.

Sé que no le gustará que le haga preguntas sobre su salud, pero ahora que estoy más cerca, veo lo que ve Tillie. La abuela está pálida, lo que acentúa las sombras bajo sus ojos. Y hay algo en su mirada… un atisbo de vulnerabilidad que nunca había visto. Puede que no sea más que la vejez alcanzando a mi incansable abuela, pero el instinto me insiste en que es algo más.

—Pareces un poco cansada, abuela. ¿Va todo bien?

Ella me hace un gesto para que no me preocupe.

—No te preocupes tanto.

But su mirada se desliza hacia la puerta, como si esperara que alguien fuera a aparecer.

—Abuela, sé que algo pasa. Nunca descansas por la tarde y tienes cara de cansancio.

—Si así es como hablas con las chicas que te gustan, no me extraña que estés soltero —murmura, haciéndome sonreír—. Nunca le digas a una mujer que no tiene buen aspecto.

—Solo hay sitio para una mujer en mi vida, y esa eres tú.

—Anda ya —dice, con un brillo de diversión en los ojos—. Estamos casi al completo, así que ya sabes lo ocupada que está la casa.

Tengo ganas de decirle que deje de acoger inquilinos. Que deje de ayudar a cada alma perdida. Que deje de desgastarse en el proceso. Pero lo intenté hace unos años y no acabó bien. La abuela es terca y durante semanas no respondió a mis mensajes ni a mis llamadas. No tolera sugerencias sobre Ghost Gum House, por muy bien intencionadas que sean, y aprendí a guardarme mis opiniones. Pero si está enferma, necesito asegurarme de que cuida de sí misma.

—¿Cómo son los nuevos inquilinos?

Si consigo que hable de una de sus pasiones —ayudar a los menos afortunados—, podré ir introduciendo poco a poco la pregunta que de verdad quiero hacerle: ¿estás mal porque te estás exigiendo demasiado?

—Bastante agradables.

Una respuesta evasiva, muy distinta a su reacción habitual, cuando me da un repaso pormenorizado de la historia de cada uno.

—Abuela, ¿qué pasa?

No dice «nada», como esperaba. En cambio, baja la mirada hacia sus manos entrelazadas y le tiembla el labio inferior.

Le rodeo la cintura con el brazo y la llevo hasta la cama con dosel que lleva dos generaciones en su familia, y nos sentamos.

—Puedes contármelo.

—Creo que me estoy haciendo demasiado mayor para esto —su suspiro es sincero—. Quizás ha llegado el momento de vender y mudarme a una residencia de ancianos.

Me quedo boquiabierto y ella se ríe, aliviando la tensión que sentía por si me estaba ocultando algo sobre su salud.

—Lo sé, lo sé, nunca pensaste que llegaría el día en que me fuera de aquí, pero estoy agotada, Caleb. No puedo seguir haciendo esto mucho más tiempo.

—¿Ha pasado algo?

Duda, lo que indica que sí ha pasado algo, antes de negar con la cabeza.

—No es una sola cosa. Cada persona que ha cruzado estas puertas arrastra problemas. Huyen de algo o de alguien y yo he tenido el temple para lidiar con ello. Pero últimamente… —se interrumpe y niega con la cabeza—. Quién sabe, quizás me estoy ablandando con los años, pero cuando los inquilinos me cuentan lo que han vivido, me duele.

Se lleva una mano al corazón.

—Aquí dentro. Y cuando duermo, tengo pesadillas y revivo su dolor. Por mucho que lo intente, no consigo desconectar.

Consternado por lo que ha estado pasando, digo:

—¿Necesitas hablar con alguien?

—¿Un loquero? —arruga la nariz—. Ya es un poco tarde para que algún profesional a precio de oro me diga lo que ya sé —se hace círculos en la sien—. Ya sé que estoy loca.

Nos reímos y apoyo la cabeza en su hombro.

—Eres la persona más fuerte que conozco, abuela, así que si ya has tenido suficiente, es hora de vender, y haré todo lo que haga falta para ayudarte a preparar esta casa.

—Gracias —dice, aunque los dos sabemos que no será fácil.

Poner la casa en condiciones es una cosa.

Desalojar a los residentes que llevan aquí toda la vida, otra muy distinta.

CAPÍTULO 6

TILLIE

ENTONCES

Llegamos hasta la valla del fondo cuando oímos el rugido. Es primario, visceral, cargado de agonía.

Maribel se detiene y yo choco contra su espalda.

—¿Qué haces? Tenemos que irnos —grito, con la sangre latiéndome tan fuerte en los oídos que no puedo ni oírme pensar.

—No puedo —dice ella, volviéndose para mirarme. Las lágrimas le corren por la cara y está más pálida que la pared jaspeada color crema de nuestro dormitorio—. No puedo dejar a Wayne.

—Nos dijo que corriéramos —digo, echando un vistazo por encima del hombro, casi esperando que la mano de papá surja de la nada, se cierre sobre mi hombro y me arrastre de vuelta al interior —. Está intentando salvarnos.

—Pero ¿quién va a salvarlo a él?

Maribel tiene razón. Lo sé. Pero la sola idea de volver a entrar en esa casa y enfrentarme a nuestro padre… la bilis me sube por la garganta y vomito, doblada sobre mí misma, agarrándome el estómago hasta que no queda nada.

Cuando levanto la vista, Maribel ha desaparecido.

—No… —El dolor me atenaza las cuerdas vocales al verla trotar hacia la puerta trasera.

—¡Maribel! —grito, confiando en que el uso de su nombre real —algo que raramente hago— la detenga.

No lo hace, y cuando ella entra en la casa, mi miedo se condensa en un nudo duro en las entrañas.

No sé qué hacer.

¿Vuelvo también, acepto el castigo que papá me va a dar, o me salvo yo sola?

Llevo años preparándome para este día. Además de la bolsa pequeña que he cogido del fondo de nuestro viejo armario, tengo escondida una mochila en el hueco de un árbol alcanzado por un rayo, y he ido metiendo ropa y comida en lata cada vez que he podido sacar algo a escondidas. Nunca tenemos dinero de sobra, así que he tenido que ser lista: cogiendo cosas que no se echarán en falta si desaparecen. Una lata de alubias con tomate aquí, unos vaqueros viejos allá. En cuanto al dinero, llevo dieciocho meses reciclando botellas y latas; resulta que el alcoholismo de papá se ha convertido en una pequeña mina de oro para mí.

No tengo mucho, pero tengo suficiente para ser libre.

¿Y luego qué? Una chica de catorce años huyendo no durará mucho antes de caer en manos de los servicios de protección y acabar posiblemente peor que ahora.

Estoy atrapada, dividida entre el tirón de alejarme todo lo posible de este desastre y no dejar atrás a mi hermano y mi hermana.

Mi vacilación me pasa factura, porque mi padre aparece en la puerta trasera con sangre goteando de sus puños apretados.

—Vuelve aquí, pequeña zorra. —Su bramido retumba en nuestro patio trasero desolado y, por un instante esperanzador, deseo que nuestra cotilla vecina, la señora Crabb, meta las narices en nuestros asuntos y llame a la policía.

Aunque claro, ¿de qué serviría? Ya los ha llamado antes: la noche en que papá le partió el pómulo a Wayne de tal golpe que se lo astilló y tuvo que ir al hospital, donde usó el viejo truco de «me caí por las escaleras» y ellos fingieron creérselo. O la noche en que persiguió a Maribel por el patio trasero lanzándole botellas de cerveza a la cabeza hasta que su pésima puntería finalmente dio en el blanco y ella se hizo un corte de unos trece centímetros en el cuero cabelludo que necesitó puntos.

La señora Crabb llamó a la policía las dos veces, pero cuando llegaron parecían aburridos, hacían las mismas preguntas de siempre, apuntaban vete a saber qué respuestas y no hacían nada. En un pueblo minero como Dirtridge, la violencia doméstica es algo habitual cuando el aburrimiento se alimenta de las horas muertas en el pub. Nadie es inmune, y los vecinos son reacios a meterse por miedo a las represalias.

Me gusta pensar que la señora Crabb nos protege. De vez en cuando nos deja una tarta de manzana y unos hojaldres de salchicha en el escalón de la entrada cuando sabe que papá no está en casa. Para darle las gracias, le lavo el coche con agua reciclada. Hablamos poco. No hace falta. Ella conoce nuestra situación y yo creo conocer la suya: una anciana que aparenta cien años, cuyo marido murió hace años, y que está demasiado cansada o es demasiado tonta para marcharse de este pueblo sin futuro.

—¿Me has oído? —vocifera papá—. Vuelve adentro antes de que te retuerza ese pescuezo de pollo.

Si vuelvo, probablemente cumpla esa amenaza. Dado el silencio que viene de la casa, me pregunto por un momento si habrá matado a mis hermanos, y solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

No hay nada que pueda hacer por mi hermano y mi hermana, ya no.

No puedo volver.

No voy a hacerlo.

Si están muertos, han sacrificado sus vidas por mí.

Tengo que empezar a vivirla.

—Que te den, monstruo —son las últimas palabras que le lanzo a mi padre antes de salir disparada hacia el agujero en la valla trasera y colarme por él sin mirar atrás.

CAPÍTULO 7

LAUREN

ENTONCES

Mi novio tiene debilidad por el dulce, así que siempre pide postre. Normalmente no me importa cuando lo hacemos a través del servicio de habitaciones en algún hotel donde estamos encerrados, pero en este restaurante, donde estamos demasiado expuestos, prolongar la comida me pone nerviosa.

Me alegra que haya accedido a quedarse con su mujer, pero ¿y si alguien nos ve?

Es un mentiroso, así que probablemente sepa inventarse una buena historia, pero odio estar tan expuesta, tan vulnerable.

—¿Seguro que no quieres probar el tiramisú? —Me tiende el tenedor—. Está divino.

—No, gracias, estoy bien.

En sentido figurado. En sentido literal, estoy jodida.

Pero eso es algo que solo debe saber quien lo necesite, así que finjo disfrutar y doy sorbos al *cappuccino* mientras él engulle con su voracidad habitual.

Está raspando el plato, y el chirrido del tenedor contra la porcelana me pone los dientes de punta, cuando una sombra se cierne sobre la mesa, a mis espaldas.

—¿El señor Rush? —pregunta una voz grave, y cada terminación nerviosa de mi cuerpo se tensa de golpe.

No es alguien que conozca mi novio, porque si no, no le preguntarían su nombre. Y la forma en que lo han preguntado, con un deje de disgusto, me hace pensar que podría ser la policía quien está detrás de mí. El destello de miedo en los ojos de Owen me confirma que tengo razón.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Nos gustaría hacerle unas preguntas. —El dueño de la voz entra en mi campo de visión y me alarmo al ver a un agente de policía, con otro a su lado.

¿Qué demonios ha hecho mi amante?

He evitado a la policía durante años porque tengo demasiadas cosas que ocultar.

—Eh, claro —dice él, sorprendentemente dócil y muy distinto a su habitual yo fanfarrón—. ¿Quieren interrogarme aquí?

—Sí. A no ser que prefiera acompañarnos a la comisaría.

—Aquí está bien —dice, removiéndose incómodo en la silla.

Su mirada se desliza hacia mí y casi puedo ver cómo le funciona el cerebro a toda velocidad. ¿Cómo va a presentarme a la policía? ¿Cómo me pedirá que me vaya sin parecer culpable, aunque solo sea culpable de una aventura?

Los policías me lanzan una mirada y, para mi alivio, veo que no les intereso.

—Soy el detective sargento Mosfit y este es el agente Ankos. —Acercan sillas a nuestra mesa sin que nadie se lo pida y toman asiento—. Nos gustaría que su amiga se quedara, señor Rush.

Es una orden, no una pregunta, lo cual no es buena señal.

—Esta es Lauren, una compañera de trabajo —dice él, poniéndose colorado, lo que arruina la fluidez de su mentira. El rubor traicionero lo hace parecer culpable como el que más, aunque solo sea de adulterio.

Los policías apenas me miran, pero sé que es una actuación. Si él ha hecho algo, me van a arrastrar sin querer, por el simple hecho de estar con él. Por eso quieren que me quede, para interrogarme también a mí. Maldito sea por meterme en su lío.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en casa, señor Rush? —El agente Ankos habla por primera vez, y su voz es igual de brusca e

intimidante que la de su compañero.

Sus cejas se arquean levemente.

—Hace unas horas. ¿Por qué?

El detective sargento lo observa con la mirada fija en su rostro, como hipnotizado.

—¿Vio a su esposa en casa?

Él niega con la cabeza.

—No la he visto desde anoche. Llegué muy tarde a casa, así que dormí en el estudio de abajo, porque se pone de mal humor si la despierto después de una cena de negocios que se alarga más allá de la medianoche, y cuando me levanté esta mañana ella ya se había ido a correr.

—¿Es habitual en usted no ver a su esposa durante casi veinticuatro horas?

Él se encoge de hombros.

—A veces. Llevamos vidas independientes. No tener hijos lo facilita, porque los dos valoramos nuestro espacio.

—¿Le ha mandado algún mensaje? ¿La ha llamado?

—No. —Aparece un pliegue entre sus cejas—. ¿De qué va todo esto?

Los astutos policías lo han llevado a hacer exactamente esa pregunta, cuando yo supe desde el momento en que preguntaron «¿vieron a su esposa en casa?» que algo va terriblemente mal y que tiene que ver con ella.

—Tenemos motivos para creer que su esposa ha desaparecido. —El detective sargento lo fulmina con la mirada—. Y usted podría ser la última persona que la vio, así que necesitamos determinar con exactitud cuándo fue eso.

Para mi horror, él se ríe. ¿Es tan obtuso que no es capaz de calibrar la gravedad de la situación?

Peor aún, acaba de decirme que va a dejar a su mujer. ¿Significa eso que sabe que ya ha desaparecido y está cubriéndose las espaldas? ¿Espera que yo le proporcione una coartada? ¿Me ha engañado un criminal?

La cabeza me da vueltas con preguntas sin respuesta, pero lo peor de esta situación es que he hecho todo lo posible por mantener

el anonimato durante años y, sin embargo, este estúpido hombre me ha enredado con la policía justo cuando es lo último que necesito, dado mi pasado.

—Deanna no puede haber desaparecido. Seguramente se ha ido el fin de semana —dice, a la vez displicente y condescendiente.

Idiota.

La policía también lo considera un imbécil, porque ambos ponen el mismo gesto de ceño fruncido.

—¿Suele Deanna irse de fin de semana sin avisarle? —pregunta el agente Ankos, con un desdén audible.

Su suficiencia flaquea.

—Bueno, no. Normalmente me manda un mensaje con sus planes.

— subdivisiones Pero esta vez no lo ha hecho —dice el agente—. ¿A qué cree que se debe?

—No tengo ni puta idea —murmura él, y por primera vez desde que la policía entró en el restaurante se hunde en la silla, como si la gravedad de la situación por fin le hubiera caído encima.

—Comprenda que si Deanna no da señales de vida en las próximas veinticuatro horas, será tratada como persona desaparecida —dice el detective sargento—. Así que, por favor, no abandone la ciudad, señor Rush. Tendremos que llevar a cabo una investigación exhaustiva.

El detective vuelve hacia mí su mirada de láser, y yo convoco mi mejor expresión de indiferencia mientras las tripas se me revuelven de aprensión.

—¿Estaría dispuesta a responder algunas preguntas, señorita…?

—Lauren Faull —digo, aliviada de que mi voz no tiemble—. Sí, por supuesto.

Estoy a punto de ofrecerme a darles mis datos, pero me muerdo la lengua en el último momento. Mi futuro exnovio no es el único idiota en la sala si voy a darle información a la policía voluntariamente. Que trabajen para conseguirla.

Además, no tengo ninguna intención de quedarme. En el momento en que cruce esa puerta será la última vez que vea a mi amante o a la policía.

Soy la última persona a la que deberían investigar.

CAPÍTULO 8

CALEB

HACE SIETE MESES

Estoy más preocupado que nunca después de ver a la abuela.

Tillie tiene razón. Mi abuela no está bien, pero no es una dolencia física. Nunca la había visto tan agotada, y su palidez, sumada a la pérdida de peso, evidencia el desgaste que le supone llevar esta casa.

Tenemos que vender Ghost Gum House cuanto antes.

Me salto la cena con los inquilinos para dedicarme a buscar precios de casas en la zona por internet y encontrar al mejor agente inmobiliario para gestionar la venta. Cuanto más pueda hacer para ayudar a la abuela, mejor. Está tan arraigada a esta casa y a ayudar a los demás que nunca pensé que fuera a venderla.

Teniendo en cuenta que soy propietario de la mitad —mi padre y la abuela figuran en la escritura y él me legó su parte al morir—, llevo años intentando convencerla de que venda. No porque necesite el dinero, sino para que pueda descansar después de haber dedicado toda su vida a cuidar de los demás.

El hecho de que ahora haya accedido a vender me dice más que cualquier palabra. Está agotada. Y necesita liberarse de las cargas de Ghost Gum House.

Echo un vistazo a mi dormitorio, que no ha cambiado desde que vine a vivir aquí con cinco años. El papel pintado está desvaído, las rayas azul marino ahora palidecidas, mis premios del colegio

alineados sobre la cómoda, y la estructura de madera de la cama, la mesilla y el armario todavía huelen levemente a sándalo. Siempre estoy en paz en esta habitación. Me reconforta. En su día fue mi refugio cuando murieron mis padres; con el tiempo se ha convertido en un símbolo de estabilidad. Por mucho que me aleje, esta habitación es mi hogar.

Lo cual plantea la pregunta: ¿dónde llamará hogar la abuela una vez que vendamos?

Hay una residencia de ancianos en la zona donde conoce a la mayoría de los residentes, así que parece la mejor opción. Pero no me imagino a la abuela viviendo en una casita de un dormitorio después de haber tenido toda esta casa a su disposición durante toda la vida. La otra opción, que venga a vivir conmigo en la ciudad, es algo que ella nunca aceptaría. Ya se lo he mencionado antes, y su respuesta habitual es:

—Nunca voy a ser un estorbo para ti.

Y eso que no tengo ningún estilo que estorbar. Llevo años sin pareja. Las mujeres me etiquetan de «majo» o de «material de amigo» antes de salir con algún imbécil chulito que inevitablemente les rompe el corazón.

Con el dinero de la venta, la abuela podría comprarse otra casa, pero dada su edad, no le veo el sentido. Quiero que los años que le quedan sean lo más tranquilos posible, así que la residencia de ancianos sigue pareciendo la mejor opción por ahora.

Unos golpecitos suaves en la puerta —tres, una pausa y otros tres— me indican que probablemente es Tillie, que me ha subido una bandeja con la cena. No tengo hambre, pero si la ignoro le haré daño, así que cruzo la habitación y abro la puerta. Ella sonríe, y me asalta de nuevo el pensamiento de lo mucho más fácil que sería mi vida si sintiera algo por ella. Es dulce y sincera, con una inocencia de fondo que me atrae; como amiga.

—Pensé que igual tenías hambre —dice, tendiéndome una bandeja con un plato colmado de espaguetis a la carbonara y un vaso con algo transparente y con burbujas.

Me apetecería una cerveza, pero sé que la abuela no tiene alcohol en casa porque algunos de los inquilinos tienen problemas

de adicción.

—Gracias, eres muy considerada. —Cojo la bandeja y la dejo sobre la cómoda.

Está esperando que la invite a pasar, y normalmente no lo haría, pero es quien más tiempo pasa con la abuela cuando yo no estoy y quiero saber más de lo que me contó cuando llegué.

—¿Te apetece charlar mientras como?

—Me encantaría.

Apenas me da tiempo a hacerme a un lado y ya está en mi habitación, y espero no estar cometiendo un error. Aunque le dejé claro que nunca podremos ser más que amigos después de aquella noche de borrachera que compartimos, tengo la sensación de que Tillie sigue esperando algo más. Por eso he mantenido las distancias desde entonces, sin visitar a la abuela tan a menudo como lo haría, y cuando lo hago, mantengo una amistad cordial en lugar de la relación de bromas descaradas que Tillie y yo hemos tenido durante años.

Me siento en la silla del escritorio, incómodo al verla sentarse en mi cama, pero no hay otro sitio para ella.

—La abuela Esme dice que mis espaguetis a la carbonara son los mejores que ha probado en su vida —dice Tillie, esperando a que yo dé un bocado.

El estómago se me revuelve de preocupación, pero cojo el tenedor, lo clavo en la pasta, la enrollo y me la llevo a la boca a la fuerza. Está buena, pero nada comparable a los auténticos platos italianos del restaurante siciliano de mi barrio en Melbourne. Aunque eso no se lo pienso decir a Tillie.

—Está buena —digo, metiéndome otro tenedor a la fuerza para reforzar mis palabras, sabiendo que tendré que aparentar que como algo antes de poder sonsacarle información—. ¿Los demás también siguen compartiendo los turnos de cocina?

—A veces, aunque la abuela y yo nos encargamos de la mayor parte. —Suelta una risita—. ¿No querrías comer pasta así todos los días?

Sonrío.

—La abuela tiene mucha suerte de tenerte.

Hago una pausa, dejándole a Tillie espacio para que hable más sobre la abuela ahora que le he dado pie.

—¿Cómo has visto a la abuela Esme? —pregunta, y me alegra que haya tomado la iniciativa para poder ir haciéndole las preguntas poco a poco.

—Tienes razón. No creo que esté bien, pero lo esconde detrás de su valentía de siempre.

La preocupación le frunce el ceño.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Hay varias posibilidades, pero todas pasan por una misma cosa.

—¿Cuál?

—Vender esta casa.

Tillie palidece y se tambalea un poco. Entiendo su reacción. Lleva años viviendo aquí, y la idea de perder su lugar seguro debe de resultarle inconcebible.

—No te preocupes, Till, no vas a quedarte sin techo. La abuela y yo estudiaremos otras opciones de alojamiento para todos los que vivís aquí, así que no vais a acabar en la calle.

Sus ojos se entornan ligeramente y aprieta los labios.

—¿Como antes, quieres decir?

Se me cae el alma a los pies. He metido la pata antes de poder sacarle más información sobre los demás inquilinos, dado que la abuela parecía reticente antes cuando hablábamos de ellos.

—No sé nada de tu vida antes de llegar aquí, porque la abuela nunca me revela la información privada de los inquilinos. —Hablo con suavidad, intentando calmarla, ya que tiene los dedos apretados en puños y parece dispuesta a golpear algo—. Siento que estuvieras en la calle. Debió de ser muy duro.

—No tienes ni idea. —Señala la habitación con un gesto—. ¿Cómo ibas a tenerla, si siempre has vivido en un sitio tan lujoso como este?

Tiene razón. Tengo mucha suerte. ¿Quién sabe qué habría sido de mí si la abuela no me hubiera acogido cuando murieron mis padres? Me habrían metido en el sistema y me habrían enviado a

una familia de acogida antes de ser dado en adopción. Podría haber acabado en cualquier parte.

—Perdona, Caleb, no quería pagarlo contigo. —Niega con la cabeza—. Es que estoy en shock, nada más. Es decir, sé que no puedo vivir aquí para siempre porque la abuela Esme se está haciendo mayor, pero no me imagino una vida más allá de aquí. Este es mi lugar seguro, ¿sabes?

—Lo sei. Yo siento lo mismo, y estaba pensando en eso justo antes de que llamaras, que por mucho que me vaya, cada vez que vuelvo aquí, estoy en casa.

Ella inclina la cabeza y me estudia.

—¿Quizás son las personas las que hacen que un lugar sea un hogar, más que la casa en sí?

Uy. ¿Está insinuando que ella es mi lugar seguro? Tengo que reconducir esta conversación cuanto antes.

—¿Puedes guardar para ti lo que te he dicho por ahora, hasta que tenga ocasión de hablar más con la abuela y mandar a valorar la casa, ese tipo de cosas?

—Claro. —Hace el gesto de cerrarse los labios con una cremallera —. Tu secreto está a salvo conmigo.

Le dedico una sonrisa forzada porque Tillie me está mirando de la forma más extraña.

Como si me hubiera convertido en su enemigo.

CAPÍTULO 9

TILLIE

ENTONCES

Corro a toda velocidad el kilómetro entero hasta donde tengo escondida la mochila. Es el sitio perfecto, en las afueras del pueblo, en un bosquecillo ralo plantado por los urbanistas en tiempos mejores. Habría que ser un genio para pensar que meter unos cuantos plantones en la tierra iba a crear una vegetación exuberante. Pues no.

Pero los árboles ofrecen cierta cobertura, y mientras me cuelo entre los troncos que se alzan sobre mí, me siento más segura a cada minuto. Cuando diviso mi árbol, acelero un poco más: la seguridad en forma de ropa, comida y dinero me llama desde allí.

Sin embargo, en el momento en que meto el brazo en el hueco del tronco y engancho la correa de la mochila para sacarla de un tirón, una mano se cierra sobre mi hombro y pego un grito.

—Déjate de eso —dice una voz que reconozco—. Me has reventado el tímpano.

—Vete a la mierda, Mattie. —Me deslizo hacia atrás con la mochila bien aferrada en el puño—. Me has dado un susto de muerte.

Mattie, lo más parecido a un mejor amigo que tengo, señala la mochila con el dedo.

—¿Qué llevas ahí?

—No es asunto tuyo. —Aprieto la mochila contra el pecho como si fuera un talismán, deseando que tuviera el poder de ahuyentar a los malos como mi padre.

Me mira fijamente la mochila, luego me estudia la cara y la comprensión le hace arquear las cejas.

—¿Te estás escapando?

—Qué va, me voy de vacaciones —lo digo sin inmutarme, y la confusión le frunce el ceño de tal modo que no puedo evitar reírme.

—¿Puedo ir yo también?

Lo último que me falta: un crío con la pierna fastidiada por una mala fractura después de caerse de las barras de mono siguiéndome los pasos y haciéndome ir más despacio.

—No. —Me cuelgo la mochila sobre el hombro derecho—. Y cierra ese bocazas, ¿vale? No quiero que nadie sepa que me he ido hasta que me echen de menos.

Se le frunce el ceño aún más.

—¿Y Wayne y Maribel? ¿Ellos no te van a echar de menos enseguida?

No puedo decirle la verdad —que mi hermano y mi hermana están ocupados luchando por sus vidas o, peor aún, muertos—, así que me encojo de hombros.

—Ya tienen edad para valerse solos.

Se queda un momento en silencio antes de decir:

—Tu padre va a ponerse hecho una fiera.

—Mi padre es un imbécil, y por eso me largo.

—Pero si solo tienes catorce años.

—¿Y qué?

—¿Dónde vas a vivir? ¿Tienes dinero? Eres demasiado joven para trabajar. Acabarás en The River.

Los niños de nuestro pueblo siempre escriben The River con mayúsculas porque nos enseñan desde pequeños a no acercarnos a él. En realidad, a causa de la sequía interminable, hoy en día es más bien una poza seca, pero el estigma que lo rodea basta para asustar a la mayoría de los críos, aun así.

Si alguien desaparece en Dirtridge, es que se lo ha tragado The River. Una leyenda estúpida que ha ido creciendo con los años y que

ha llegado a tal extremo que casi todos los lugareños creen que el sitio está encantado. Mentecatos. Los fantasmas no existen. No cuando los humanos de carne y hueso son mucho más aterradores que cualquier cosa que no podamos ver.

—Deja ya de hacer tantas preguntas —mascullo, deseando no haberme cruzado con Mattie.

Porque ver a mi mejor amigo, que me bombardee a preguntas, me está haciendo dudar. Tiene razón. ¿Qué haré cuando se me acabe el dinero? Y tampoco es tanto, poco más de doscientos dólares. No me importa dormir bajo las estrellas, pero eso era cuando mis hermanos estaban conmigo. ¿Tengo valor suficiente para acampar sola al aire libre? ¿Me atacarán los dingos mientras duermo? ¿Y las arañas? Las arañas cazadoras me dan un pavor tremendo, y Wayne siempre se asegura de sacarlas fuera cuando se meten en mi habitación.

—No tienes muy buena cara —Mattie ladea la cabeza y me observa—. ¿A lo mejor deberías venir a quedarte en mi casa una temporada?

—Seguro que a tu madre le hace una ilusión tremenda —le digo, bien consciente de lo que piensa la señora Moon de mí. Cree que soy una mala influencia para su hijo y que debería mantenerse alejado de mí. La oí hablar con nuestra profesora un día, cuando Mattie no se había agachado lo bastante rápido para esquivar un frisbee que yo había lanzado por accidente, y su madre me había echado la culpa a mí.

Desde ese día, dejé de frecuentar la casa de Mattie. Nos paseamos en bici por el pueblo o él viene a mi casa a jugar al cricket en el erial polvoriento del jardín delantero. Me cuela bocadillos de Vegemite de más y comparte conmigo su vodka de contrabando. Los niños del colegio se meten con él por la cojera y, como yo, no tiene muchos amigos. Pero nos tenemos el uno al otro, y eso es lo único que importa.

Qué curioso que no me haya dado cuenta hasta ahora de que, si me escapo, no volveré a ver a Mattie.

—Por favor, quédate conmigo —dice, con un tono tan lastimero que me entran ganas de abrazarle.

En cambio, le digo:

—Deja de llorar como un bebé —y lo aparto de un empujón.

Se le abre la boca de la sorpresa y yo aprovecho su momentánea confusión para echar a correr.

—Tillie, vuelve —grita, pero yo no me detengo.

No miro atrás.

No puedo.

Porque si lo hago, nunca escaparé de este lugar, y ese tiene que ser mi objetivo número uno.

Mi supervivencia depende de ello.

CAPÍTULO 10

LAUREN

ENTONCES

Todavía estoy conmocionada por el encontronazo con la policía y dándole vueltas a si me he estado acostando con un asesino de esposas cuando mi mal día se tuerce aún más.

Hace más de un año que no tengo noticias de mi mejor amiga. Mantenemos el contacto de forma esporádica, pero nuestras conversaciones son forzadas e incómodas mientras esquivamos el asunto que nos une.

El acto atroz que cometimos hace doce años.

En su momento fue una necesidad, pero quitarle la vida a un ser humano no es fácil, digan lo que digan las series policíacas de la televisión.

No somos malas personas.

No hacemos cosas malas.

Salvo una vez, y ya no podemos deshacerlo.

Pensé que me atormentaría, pero resulta que matar a una persona repugnante sí te permite dormir por las noches.

No es que me libre por completo de la culpa. Tengo algún que otro flashback, alguna pesadilla ocasional. Pero en general he pasado página de aquella noche horrible en que todo se fue al garete; sin embargo, cada vez que oigo su voz, me veo catapultada a una época que preferiría olvidar.

Mientras el teléfono sigue sonando con su nombre en la pantalla, me planteo no contestar. Pero nos prometimos que siempre cogeríamos el teléfono por si la otra persona tenía una emergencia, así que me armo de valor y deslizo el botón.

—Hola. ¿Cómo estás?

Un saludo tópico y manido cuando nuestra amistad no tiene nada de ordinaria.

—Bien. —Se oye con claridad cómo traga saliva—. ¿Y tú?

Se me cae el alma a los pies al percibir que su tono roza el pánico. Está perdiendo los nervios, y eso solo puede significar una cosa.

Nuestro secreto corre el riesgo de salir a la luz.

—He estado mejor. ¿Qué pasa?

Hay una larga pausa antes de que diga:

—Me conoces mejor de lo que me conozco yo misma.

—Se nota en tu voz. Y teniendo en cuenta todo lo que hemos vivido juntas, desde luego que te conozco.

Suspira.

—Por eso te llamo. Tenemos un problema.

Ya lo sabía.

—¿Qué tipo de problema?

—Podríamos correr el riesgo de que nos descubran.

Mierda.

No es el peor escenario posible, pero es suficientemente malo.

Cuando hicimos lo que tuvimos que hacer, ninguna de las dos sabía gran cosa sobre ADN, análisis forense o procesamiento judicial. Y aunque desde entonces lo he investigado, no quiero arriesgarme a que ninguna de las dos sea relacionada con una persona desaparecida.

—¿Estás segura?

—Sí —dice—. Estoy preocupada.

—¿Qué quieres hacer?

Su gemido bajo no me infunde precisamente confianza.

—No lo sé, pero en cuanto me enteré tuve que llamarte, porque tú siempre sabes qué hacer.

Es verdad. Soy la de las ideas en nuestra amistad. Desde el principio, yo controlé nuestra narrativa. Con qué frecuencia quedábamos, qué nos poníamos, adónde íbamos, a quién más invitábamos a nuestro círculo. Ella se remitía a mí para todo, y en aquel entonces me gustaba ser la fuerte, la que llevaba las riendas, porque en mi vida había pocas cosas que pudiera controlar.

Pero son momentos como este los que me hacen desear que tuviera más carácter y fuera capaz de tomar decisiones. Si así fuera, no estaríamos en este aprieto. Ella no me habría contactado entonces, yo no habría acudido en su ayuda, y no habríamos hecho lo impensable.

En aquel momento no tuvimos ningún escrúpulo. Los monstruos tienen que ser erradicados. De lo contrario, siguen haciendo daño y atormentando a víctimas inocentes.

Pero no me necesitaba para hacerlo. Ella también tenía el poder.

Al fin y al cabo, estaba a punto de convertirse en otra de sus víctimas si no hubiéramos actuado.

—Necesito más información antes de decidir qué hacer —digo, preparándome para una perorata interminable. Nunca es capaz de ceñirse a los hechos. Cuando cuenta algo, lo adorna tanto que acabo gritándole «¡ve al grano!»

Para mi sorpresa, resume los acontecimientos con concisión, y mientras habla, un plan vago empieza a tomar forma en mi cabeza.

Es factible, pero requiere jugar a largo plazo, con un tiempo del que no estoy segura de disponer.

—¿Cuánto crees que tardará en desencadenarse todo esto?

—De seis a nueve meses como máximo —dice—. ¿Qué te parece?

—Creo que tenemos que hacer lo que sea necesario para mantener nuestro secreto a salvo.

—Esperaba que dijeras eso. —Su alivio es audible—. ¿Qué vas a hacer?

Procedo a contarle mi plan, confiando en no llegar demasiado tarde.

Nuestra libertad depende de ello.

CAPÍTULO 11

CALEB

SIETE MESES ANTES

A la mañana siguiente, tras haber dormido sorprendentemente bien, estoy a punto de bajar cuando oigo una voz grave al otro lado de mi puerta. La entreabro a tiempo de ver a Owen tenderle el codo a la abuela.

—Deja que te ayude —dice con expresión solícita.

A la abuela le fastidia que alguien ponga en duda su fortaleza, así que espero que lo espante. En cambio, asiente y enlaza su brazo con el de él.

—Eres muy amable, jovencito.

Atónito, salgo de mi habitación y los veo bajar las escaleras. La abuela se mantiene firme sobre sus pies, gracias a Dios, pero se apoya en Owen como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

Nunca he visto a la abuela indefensa, así que no sé si está enferma y le he atribuido el cansancio al agotamiento, o si ha llegado a depender de Owen, tal como me dijo Tillie cuando llegué ayer.

Si es lo segundo, me preocupa. ¿Ha sido Owen quien le ha metido en la cabeza la idea de vender? ¿Es por eso por lo que está haciendo lo impensable y desprendiéndose del único hogar que ha conocido? ¿Cree Owen que sacará provecho económico de la venta?

No quiero quitarle autoridad a la abuela, pero quizá tenga que pasarme a ver a su abogado mientras esté aquí, solo para

asegurarme de que no ha cambiado el testamento. Aunque Tillie me habría dicho algo así. A no ser que ella tampoco lo sepa, en cuyo caso Owen es más retorcido de lo que ninguno de los dos sospechamos.

Decidido a descifrar la situación, bajo al comedor, donde encuentro la mesa llena. Todos los asientos están ocupados y todas las miradas se vuelven hacia mí al entrar. Owen frunce el ceño al verme, aunque ese gesto desaparece al instante cuando se acerca a mí con la mano tendida.

—Me alegra verte, Caleb —dice, apretándome la mano con una fuerza innecesaria—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Tenía un proyecto importante que supervisar, pero ahora que está terminado, pienso quedarme más tiempo en cada visita y venir con más frecuencia.

Veo un destello de rabia en sus ojos antes de que parpadee y lo borre, y sé que mis sospechas sobre este tipo están justificadas. Está tramando algo, y eso pasa por congraciarse con mi crédula abuela.

No es que ella se deje engañar fácilmente, pero quizá una visita a su médico no estaría de más. Una exploración física y mental completa disiparía mis temores. Anoche parecía despejada, pero ¿quién sabe cómo está cuando yo no estoy?

Si no me hubiera liado con Tillie, podría pedirle que fuera mis ojos y mis oídos, pero no quiero fomentar ninguna intimidad entre nosotros; si le confío mis preocupaciones sobre la abuela, malinterpretará la situación y creerá que dependo de ella.

—Hola, Caleb —Gianna saluda con la mano, con una sonrisa genuina. Con su lustrosa melena oscura que le llega a media espalda, sus grandes ojos color avellana y sus marcados pómulos, resulta intimidantemente atractiva, pero el miedo residual que asoma fugazmente en su mirada indica que huye de algo o de alguien.

Lleva cuatro años viviendo aquí y llegó al mismo tiempo que Evelyn, que siempre va pegada a su lado. Ev es todo lo contrario a Gianna: rubia, ojos azules, cara redonda, y su mirada es desafiante, como si esperase lo peor y estuviera lista para plantarle cara.

Evelyn me lanza una mirada torva antes de esbozar una sonrisa forced, mientras Tillie se levanta y hace sitio a su lado para poner una silla más.

—Ven a conocer a todo el mundo —dice la abuela, haciéndome señas para que me siente a su izquierda, porque Owen está instalado a su derecha.

Su mano derecha.

No si puedo evitarlo.

—Caleb, te presento a Peony, Jas, Ria, Magda y Des —la abuela señala a los recién llegados uno a uno—. Todo el mundo, este es mi nieto, Caleb.

Se oye un coro de saludos y yo sonrío mientras voy mirando a cada uno en el orden en que me los han presentado. Las chicas son jóvenes, de la edad de Tillie más o menos, y todas llevan la misma expresión recelosa. Curiosamente, Ria es el vivo retrato de Tillie. Tienen una estructura ósea similar, aunque Tillie tiene el pelo pelirrojo y los ojos azules, mientras que Ria los tiene castaños. Pero sus rasgos son tan parecidos que podrían ser hermanas. Des es el que desentona. Tiene unos treinta años y el ceño permanentemente fruncido. Mantiene los ojos clavados en el plato, y eso para mí es una señal de alarma. Un hombre incapaz de mirar a otro a los ojos tiene algo que esconder.

La abuela da unas palmadas para llamar la atención.

—Venga, comed todos. Y luego, todos al jardín, que quiero que quede bien arreglado.

Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo, porque los dos sabemos por qué quiere el jardín en perfecto estado. La pregunta es: ¿por qué mi abuela no está más afectada por la venta de Ghost Gum House?

Aunque la abuela y Tillie se encargan de la mayor parte de la cocina, también hay un turno rotatorio para que todo el mundo comparta la carga de preparar las comidas. Quien haya hecho las torrijas esta mañana sabe lo que se hace. Con fresas del jardín y miel de producción local por encima, están deliciosas.

Antes de que pueda levantarme a hacerme un café, Tillie coloca una taza humeante delante de mí, y le sonrío agradecido, incómodo

al notar que todas las miradas se posan en nosotros. Por suerte, también les pone una taza a la abuela y a Owen, así que no parece que me esté favoreciendo. Lo último que necesito es que todo el mundo me trate de manera diferente, no cuando tengo intención de indagar un poco para descubrir qué hay detrás de la repentina fragilidad de la abuela.

Anoche, tumbado en mi vieja cama llena de bultos sin poder dormir, había imaginado toda clase de escenarios inverosímiles, desde que alguno de los inquilinos estuviera envenenando a la abuela con la esperanza de acceder a su dinero, hasta que alguna enfermedad insidiosa la estuviera consumiendo antes de que fuera demasiado tarde. Una locura, porque aunque anoche la abuela parecía cansada, conservaba todas sus facultades, así que darle vueltas a distintos escenarios desagradables no sirve de nada. Hoy hablaré con ella sobre pedir cita con el médico para una revisión, para quedarme más tranquilo.

El comedor está en silencio y me siento como un intruso mientras algunos de los recién llegados me lanzan miradas suspicaces. Evelyn y Gianna charlan en voz baja, y Tillie va de un lado a otro como una anfitriona, con movimientos extrañamente entrecortados, como si estuviera actuando en una obra de teatro. Entorno los ojos cuando veo a Owen inclinarse hacia la abuela para deslizar medio trozo de torrija de su plato al de ella y luego rociarlo con miel. Si alguien no conociera nuestra relación, pensaría que Owen es el nieto de la abuela, no yo, y estoy más decidido que nunca a averiguar qué ha estado pasando aquí durante mi ausencia.

En el lado positivo, si la estuviera envenenando, como irracionalmente sospeché anoche, acaba de darle la mitad de su torrija, lo que significa que mi suposición iba muy desencaminada.

La abuela le da las gracias a Owen mientras coge el cuchillo y el tenedor, pero se limita a marear la comida por el plato sin llevarse ni un bocado a la boca, lo que significa que su apetito ha disminuido al mismo tiempo que sus fuerzas.

La idea de perder a la única persona que ha ejercido de madre y padre para mí durante décadas me hace un nudo en la garganta, y doy varios tragos de café antes de poder hablar.

—¿Quién está listo para ponerse con el jardín?

El brazo de Tillie se dispara hacia arriba como si respondiera a una pregunta en clase.

—Yo me encargo de coordinar la limpieza, así que todos los que vayan a ayudar que se reúnan conmigo junto al cobertizo y les asignaré las tareas.

—Gracias, Till —digo, pero ella ya se ha ido, prácticamente saliendo disparada por la puerta trasera.

—Tillie se cree la jefa de jardinería —dice Evelyn, poniendo los ojos en blanco—. No nos deja podar una rosa ni coger un manojo de cebollinos sin su visto bueno.

—Supongo que lleva aquí más tiempo que nadie y se siente responsable —digo, aunque el comentario mordaz de Evelyn me recuerda aquella vez que traje a casa un limonero que regalaban en la ferretería del barrio y quería plantarlo junto al cobertizo, en el rincón más alejado del jardín.

Tillie se puso histérica, diciendo que yo no tenía ni idea de jardinería y que el árbol se moriría en ese sitio, así que lo plantamos juntos no muy lejos de la puerta trasera. Nunca me había parecido mandona, pero aquel día de hace unos años me abrió los ojos. Me hizo darme cuenta de que la inquilina más veterana de la abuela probablemente había llegado a querer este lugar tanto como yo. Tillie considera que esta es su casa, lo que me hace preguntarme cómo lo llevará cuando tenga que marcharse en breve.

A juzgar por su reacción de anoche cuando lo mencioné, no le hace ninguna gracia.

—Caleb, hay algo que quiero enseñarte —dice la abuela, y aprieto los dientes cuando Owen la ayuda a levantarse como si fuera una inválida.

—Claro. —Recojo mi plato y el suyo y los llevo a la cocina, donde los aclaro y los coloco en el lavavajillas, como se espera que haga todo el mundo.

Cuando me doy la vuelta, Owen está justo detrás de mí, demasiado cerca, y aspiro bruscamente antes de dar un paso atrás.

—Estoy preocupado por tu abuela —dice en voz baja, con una mirada rápida por encima del hombro—. No está siendo ella misma.

Le estudio detenidamente, buscando el menor indicio de que lo está haciendo para despistarme, de que él está detrás de lo que le pasa a mi abuela.

Pero su expression es abierta, sus ojos nublados por la preocupación.

—Tenemos mucha confianza, pero no me quiere decir qué le pasa.

Tengo dos opciones. Darle una falsa sensación de seguridad para que confíe en mí, o tratarlo como a un sospechosos. Me decanto por la opción más inteligente.

—Gracias por cuidar de ella, Owen. Significa mucho, sobre todo cuando yo no he podido estar tan presente como me gustaría. Sí que parece más frágil.

—Me alegra que hayas vuelto —dice Owen, con la mirada desviada hacia la ventana que tengo detrás y que da al patio—. Hay un ambiente raro en la casa últimamente.

—¿Qué tipo de ambiente?

—Como si todo el mundo caminara sobre cáscaras de huevo. —Owen se estremece—. Como si algo malo estuviera a punto de pasar.

Se me eriza el vello de la nuca. No soy supersticioso y no le doy mucho crédito a la intuición, pero tengo la sensación de que Owen es sincero, y si lo es, ¿qué demonios está pasando aquí?

CAPÍTULO 12

TILLIE

ENTONCES

A los niños que huyen de casa les pasan cosas malas.

Si tienes la mala suerte de cruzarte con la persona equivocada, estás muerta. En este mundo hay dos tipos de personas.

Las bondadosas por naturaleza y las que nacen malvadas.

Por suerte para mí, se me da bien calar a la gente. «Puedo con esto» es mi nuevo mantra mientras me escondo en la parte trasera de un camión de ovejas que pasa por Dirtridge, deseando que los kilómetros vuelen. Apenas puedo respirar durante las horas que paso tumbada entre ovejas apestosas, pero cuando el camión reduce la velocidad y me asomo a mirar, suelto un suspiro de alivio. Estoy a cien kilómetros de Dirtridge.

Quizá mi hermana tenga razón y exista un dios.

El camión entra en una estación de servicio y, cuando se detiene, me escurro por detrás. Salgo apestando, pero me da igual. La distancia entre el infierno que llamo hogar y yo me confirma que soy libre.

Corro hacia el baño y me choco con una chica que sale en ese momento, más o menos de mi edad.

—Hola, soy Sharna —dice. Un nombre bonito para ese duendecillo con la cara manchada de tierra, la nariz respingona cubierta de pecas y los ojos de un azul intenso.

Me planteo dar un nombre falso, pero al final lo estropearía, así que me decanto por la verdad.

—Soy Tillie.

Quiere charlar, lo veo en su expresión entusiasta, así que me adelanto con un:

—Tengo que usar el baño urgentemente.

—Claro.

Se aparta, pero cuando salgo, me está esperando.

Congeniamos como dos chicas de catorce años desconfiadas, hablando de los últimos grupos de K-pop y de los surfistas más guapos de *Home and Away*, y cuando me invita a entrar en la estación de servicio donde trabaja su padre, acepto porque espero conseguir un granizado sin tener que pagarlo.

Al doblar la esquina, un chalado en un patinete eléctrico casi arrolla a Sharna. Grito «¡Gilipollas!» y la aparto de un tirón tan brusco que se cae y se rasga los vaqueros. El susto del percance debe de haberla sacudido porque se echa a llorar.

—Oye, ¿estás bien? —Le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y ella la acepta.

—Me has salvado. —Se sorbe la nariz—. Gracias.

Está delirando. Lo único que he hecho es insultar al capullo y tirar de ella. Aunque desde luego merece un granizado gratis, y mientras la sigo hacia la estación de servicio, empiezo a creer que mi suerte ha cambiado.

Hasta que Fitz Stephenson aparece desde detrás del mostrador.

Lo primero que me llama la atención es que se parece a mi padre, pero mientras que los ojos de mi padre suelen estar nublados por el alcohol, los de Fitz están despejados, lo cual lo hace más aterrador.

Porque me mira como si se desayunara chicas jóvenes.

—Papá, te presento a Tillie, mi nueva amiga. Me ha salvado cuando ese idiota de Max casi me atropella.

—Voy a matar a ese crío —murmura Fitz, sin apartar los ojos de mí—. ¿De dónde has salido tú, Tillie?

Lo único bueno que mi padre me enseñó es a pensar rápido. Sé mentir como una profesional y he tenido que hacerlo en muchas

ocasiones. Pero hay algo en Fitz que me deja extrañamente sin palabras, de modo que cuando se acerca a mí, siento a partes iguales terror y desafío.

Me he enfrentado a tipos más repugnantes en mis catorce años en este mundo.

—Me he escapado de casa.

Le suelto la verdad a bocajarro, sabiendo que no me creerá. La mayoría de los adultos me echan un vistazo y dan por hecho que soy una chica andrajosa e inofensiva. Un error que me viene bien porque me subestiman.

Lo que no saben es que soy lista. Muy lista. Lista para los libros y lista para la calle: ese es mi poder secreto. Nunca me han hecho un test de inteligencia, pero creo que sacaría una puntuación alta. Y eso es lo que me mantendrá a salvo cuando me enfrente a tipos como Fitz en el futuro.

Mi inteligencia me mantendrá con vida.

Eso espero.

Fitz me estudia un momento más antes de echarse a reír, y suelto el aire que sin darme cuenta estaba reteniendo.

—Así que eres una chica dura, ¿eh? —Se ríe entre dientes—. Tendrías que serlo, siendo una fugitiva y todo eso.

Me encojo de hombros, como si su opinión me importara poco.

—Soy bastante dura.

—Bueno, chica dura, si has salvado a mi hija de que la atropellaran, lo menos que te debo es un poco de gratitud. —Señala las estanterías abarrotadas de la estación de servicio—. Puedes elegir cinco cosas. Lo que quieras.

Reprimo mi primer impulso, que es protestar. Odio que me compadezcan. Pero esto es diferente. Fitz me ha dado una oportunidad de oro. Espera que elija cinco chucherías como cualquier niña normal: golosinas, chocolatinas, patatas fritas, cola, galletas. Pero yo estoy muy lejos de ser normal, y lo que escoja puede ayudarme a sobrevivir.

—Vale, gracias.

Sharna se pone a mi lado mientras me muevo entre las estanterías y Fitz vuelve detrás del mostrador.

—Podemos compartir algunas de esas ranas de chocolate —dice, señalando una bolsa enorme de chuches que destrozan los dientes y que nunca he probado por el precio—. Son mis preferidas.

—Tu padre te dejará coger esas. Yo necesito elegir cosas que me gusten a mí.

Me mira como si fuera un alienígena porque no quiero compartir con ella. Me da igual. En cuanto coja mi botín, me largo de aquí. Una estación de servicio es un buen sitio para encontrar mi próximo medio de transporte, porque cuanto más lejos esté de Dirtridge, mejor.

—Voy a hacerme un granizado de frambuesa, te hago uno también —dice, corriendo hacia la máquina de la pura tentación.

Solo he tomado una bebida fría una vez en mi vida, una mezcla refrescante de cola y hielo que sabía a gloria. Tenía cuatro años, y papá había ganado en las tragaperras. Ese día estaba contento, y nunca olvidaré estar sentada fuera de la freiduría, compartiendo una ración con mis hermanos, con la sal en los labios y el vinagre chisporroteando en la lengua.

El recuerdo de Wayne y Maribel me llena los ojos de lágrimas, y parpadeo rápidamente, necesitando concentrarme en hacer mis elecciones y salir de aquí cuanto antes.

Con Sharna entretenida en la máquina de granizados, elijo un paquete grande de carne seca, un pack de ocho barritas de proteínas, una bolsa grande de gominolas de frutas, una caja de cerillas y una lona. Sé que los dos últimos artículos van a despertar preguntas, pero me da igual. Puede que necesite encender un fuego y tener refugio si el tiempo se pone feo mientras busco un sitio permanente donde quedarme.

Me dirijo hacia el mostrador, donde Fitz observa los artículos que llevo en brazos con los ojos entornados.

—Vaya selección más curiosa —dice, arqueando sus pobladas cejas mientras examina mis artículos y luego me fulmina con la mirada como si los estuviera robando—. Sharna cogería todas las existencias de chocolate si le diera a elegir.

—Yo no soy Sharna. —Le sostengo la mirada, fingiendo una confianza que no siento. Algo en este hombre me hace querer

darme una ducha caliente, si tuviera ese lujo.

Sus ojos se entornan ligeramente.

—¿Necesitas una bolsa o vas a meterlo todo en la mochila?

—La mochila está bien.

El orgullo me impulsa a ofrecerme a pagar, pero no me puedo permitir ese lujo. Doscientos dólares no duran mucho, y que me ofrezcan cosas gratis es un regalo que no esperaba.

—Entonces ya puedes irte. —Señala la puerta, como si tuviera prisa en deshacerse de mí, pero su hija tiene otras ideas.

—Toma, Tillie. —Sharna me tiende un granizado de frambuesa y se me hace la boca agua.

—Son seis cosas —dice Fitz con el ceño fruncido, y tengo ganas de tirarle el granizado a la cara.

—Son dos dólares, papá. Lo pago de mi paga.

Me dan ganas de abrazar a Sharna por ser tan generosa, pero cuando la mirada de Fitz se posa en su hija, veo algo que me hiela la sangre.

La mira de la misma manera en que papá mira a Maribel.

Obsesivo. Sobreprotector. Sin querer compartirla.

El tipo de mirada que no entiendo del todo, pero que siempre me da ganas de esconderme.

Después de lo que parece una eternidad, Fitz señala la puerta.

—Fuera, las dos.

Casi espero que añada «y no vuelvas» dirigiéndose a mí, pero no me quedo a escucharlo mientras meto mis inesperados tesoros en la mochila y troto hacia la puerta.

Sharna le grita «gracias, papá» por encima del hombro y, cuando salimos fuera, por fin puedo respirar de nuevo.

—Your father is intense —digo, empapándome en sudor solo de pensar en haber escapado de un monstruo para toparme con otro.

Está asustada, con los ojos muy abiertos mientras echa un vistazo por encima del hombro hacia la puerta cerrada.

—No se lo cuentes a nadie, pero no es mi padre.

—¿Cómo?

—Dice que tengo que llamarle así para no meterme en problemas.

El miedo me recorre por dentro.

—¿Por qué te meterías en problemas?

—Porque la gente no entendería cómo me salvó y me cuida. —Intenta esbozar una sonrisa que parece más bien una mueca—. Me da un montón de cosas gratis y me deja vivir en el cuarto de repuesto que hay detrás de la tienda.

—¿Cómo acabaste aquí?

—Mi madre me perdió.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre bebía mucho. Siempre estaba durmiendo y yo tenía que ir a la compra. Así que un día vino conmigo, pero conducía muy mal, y cuando yo estaba dentro del supermercado, se fue. Creo que se olvidó de mí, pero no pasó nada, porque Fitz me encontró y dijo que me cuidaría. —Sorbe su bebida—. Y lo hace, mucho mejor que mi madre.

Atónita de que me haya contado su secuestro como si fuera la cosa más normal del mundo, digo:

—¿Cuándo pasó eso?

—Cuando era muy pequeña. —Arruga la nariz, como si estuviera pensando—. Quizá cuatro o cinco años, así que hace unos nueve años, ¿no?

La impresión me revuelve el estómago. La madre de Sharna puede haberla abandonado, pero Fitz había secuestrado a una niña. Aunque quizá su madre no se había ido y esa es una historia que Fitz se inventó para encubrir su crimen. No puedo preguntarle por qué, porque no me van a gustar las posibles respuestas.

¿Es Sharna tan ingenua? ¿Ha cuestionado alguna vez su historia? Ninguna adolescente se creería el cuento de Fitz como la verdad, lo que significa que Sharna podría ser corta, tonta, o las dos cosas.

Aunque Sharna no parece tenerle miedo. Simplemente parece inocente, mientras que las vibraciones que desprende Fitz son malas. Muy malas.

—¿Te gusta vivir aquí?

—No. —No duda, y eso me dice más que cualquier cosa que pueda añadir—. No tengo amigos, estudio por internet bajo la atenta

mirada de papá, no puedo acceder a la red libremente y no salimos a ningún sitio. Me aburro muchísimo.

Lo que estoy a punto de hacer es una imprudencia, pero tengo conciencia y no puedo dejar a Sharna aquí.

Ya he abandonado a mis hermanos.

No puedo abandonar a Sharna también.

Además, Wayne y Maribel son duros y listos, como yo. Sharna no se entera de nada si cree que Fitz es su protector y salvador.

—¿Quieres hacer algo divertido conmigo? —pregunto, sabiendo que tengo que ir con cuidado para no asustarla. No es tan espabilada como yo. Si lo fuera, no estaría viviendo con un psicópata y llamándole papá.

Sus ojos se iluminan.

—Sí, ¿cómo qué?

Me acerco más, como si fuera a revelarle un gran secreto.

—Me voy de viaje, pero estoy sola, y creo que sería muchísimo más divertido si vinieras conmigo.

Se echa hacia atrás como si le hubiera metido un dedo en el ojo.

—¿Quieres decir escaparnos?

—Yo prefiero llamarlo divertirse por libre, sin que adultos mandones te digan lo que tienes que hacer.

Sus ojos están muy abiertos de asombro, pero está reflexionando, porque vislumbro un atisbo de rebeldía.

—¿O sea que no le digo a papá lo que voy a hacer?

—Ni hablar. Solo intentaría frenarnos.

Asiente.

—Tienes razón. Estoy harta de que me diga lo que puedo y no puedo hacer. Los padres son de lo más controladores.

—El mío también es así, por eso me he ido de viaje.

No me gusta hablar de mi vida en casa, pero para ganármela, tengo que darle una pizca de sinceridad. Además, necesito saber de antemano exactamente cuánto trauma carga.

—Pero mi padre no solo era mandón. Me hacía daño. Muchas veces.

—Qué triste. —A Sharna se le caen las comisuras de la boca—. Fitz no me ha hecho daño, pero la forma en que me controla a veces

me da ganas de gritar.

Quisiera abrazarla aliviada de que no haya sido maltratada. Pero aunque Fitz no la haya dañado físicamente, la tortura emocional y mental a la que la ha sometido, sin mencionar lo de sus padres biológicos, es reprobable.

—Entonces está decidido. Vienes conmigo —digo, dándome cuenta a posteriori de que las dos juntas llamaremos menos la atención que yo sola huyendo.

Pienso rápido, así que puedo enfrentarme a cualquier pregunta inoportuna de adultos entrometidos, y prepararé a Sharna con un discurso para que tampoco nos descubra.

En cuanto a que Fitz venga a buscarnos, lo dudo mucho. No puede denunciar a Sharna como persona desaparecida porque los últimos a los que querría involucrar son a la policía, y si se ha esforzado tanto en esconderla aquí durante años, ¿cómo puede pedir ayuda?

Sharna merece ser libre, y si sus padres siguen por ahí… esto podría ser mi redención. Ayudar a alguien que no puede ayudarse a sí mismo. Y quizá sirva para calmar un poco el dolor de alma que siento por no volver a ver a mi hermano y mi hermana.

—Bien, aquí está el plan —digo—. Ve a preparar una mochila con algo de ropa, vaqueros, camisetas, ropa interior, y el dinero de la paga que tengas. Y si puedes meter algo de comida como barritas de proteínas, hazlo también.

—Puedo hacerlo. —Su emoción es palpable—. No tengo mucha paga, unos veinte dólares, ni tampoco móvil, pero sé dónde puedo conseguir más dinero.

Claro que no tendría acceso a un móvil. Eso pondría en peligro a Fitz si hacía amigos en internet que le hicieran demasiadas preguntas o buscara información sobre sí misma. No me sorprende que esté escolarizada en casa, con él controlando su acceso a la red y permitiéndoselo solo para las clases. Imbécil.

Arruga la nariz.

—Paro eso significa que tendré que robarle a papá.

Vaya. Tengo que ir llevándola poco a poco, mientras que yo llevo años guardando dinero de mi padre, ese cabrón.

—Si no te ha dado mucha paga en todos estos años, técnicamente no es robar. Es coger lo que te deben.

—Es verdad. —Un brillo travieso le ilumina los ojos y exhalo aliviada—. Y eso significa que me debe mucho, así que cuando coja la recaudación del último mes, no será tan grave.

El corazón me da un vuelco.

—¿Cuánto vas a coger?

—La mayoría de los que vienen de fuera pagan con tarjeta, pero muchos lugareños, los mayores, siguen usando efectivo. Papá lo guarda en una caja de seguridad, pero sé dónde esconde la llave.

No ha respondido a mi pregunta de cuánto dinero va a coger, pero me da igual. Será más que mis míseros doscientos dólares y, con un poco de suerte, bastará para pagarnos billetes de autobús o tren para salir del estado.

—Bien, ve a buscarlo todo y yo esperaré aquí para distraer a tu padre si creo que va a salir de la tienda.

—No saldrá de la tienda. Soy la única que le cubre si necesita salir a la parte de atrás.

—De acuerdo. Pues date prisa porque tenemos que irnos e intentar que alguien nos lleve.

No entiendo su amplia sonrisa.

—No hará falta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mrs. Modd viene aquí a la misma hora todos los miércoles. Llegará en cinco minutos, y es la única persona en la que papá confía para cuidarme. Incluso la deja llevarme a Lurcheron a veces, nuestro pueblo más cercano, para hacer compras de chicas, así que eso es lo que haremos. Si le digo que voy con ella porque me ha bajado la regla, no lo cuestionará, y nos dará horas de ventaja porque no entrará en pánico buscándome.

Vaya. Quizá Sharna es más lista de lo que le doy crédito.

—Tu padre no puede vernos salir juntas con ella, así que me voy ahora y camino hacia el pueblo, y cuando estés con Mrs. Modd, podéis parar a recogerme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Veo a Fitz mirándome por la ventana de la estación de servicio, así que hago un gran aspaviento de saludarle con la mano antes de alejarme de Sharna.

—Hasta ahora, ¿vale?

Sharna asiente, pero le tiembla el labio inferior.

—Tengo un poco de miedo.

—Yo también tengo miedo.

La admisión es parcialmente cierta, pero no puedo reconocer mi miedo, porque si se apodera de mí, nunca dejaré atrás Nueva Gales del Sur y mi vida anterior.

—Va a ser una gran aventura —digo, forzando una sonrisa—. Ya verás.

Vislumbro confianza en los ojos de Sharna, y me pregunto: ¿me la merezco cuando apenas me fío de mí misma?

CAPÍTULO 13

LAUREN

ENTONCES

Cuando la mayoría de la gente ve a personas sin hogar en la calle, evita mirarlas, como si no tener dónde vivir fuera contagioso. O eso, o les meten unas monedas en el sombrero antes de ir a gastarse cien dólares en una cena con vino.

Yo, incluso cuando por fin conseguí una vivienda estable, me tomaba el tiempo de relacionarme con ellas, de verlas de verdad.

Así es como conozco a Steve.

Volvía a casa desde mi trabajo como contable temporal en una gran promotora inmobiliaria, caminando frente a Flinders Street Station, cuando veo a un hombre con rastas encogido bajo una manta leyendo *Ana Karenina*.

Ese libro me encanta tanto que me paro, con mi sombra proyectándose sobre las páginas, y Steve levanta la vista. Espero ver rabia en su mirada, recelo, irritación. En cambio, sus ojos azul claro desprenden un destello de alegría, algo que no he visto en ninguna de las otras personas sin hogar con quienes he hablado.

—Qué historia más buena —dice—. Es mi tercera relectura y me atrapa cada vez.

—Yo también la he leído tres veces y no puedo soltarla.

—¿Tienes otras favoritas?

—No me juzgues, pero me encantó *Crepúsculo*.

Él arquea las cejas. —¿La de los vampiros?

—Y hombres lobo.

Se ríe, y la riqueza de su timbre me hace sonreír. —Como seguramente puedes imaginar, no tengo una gran biblioteca, pero hay una mujer que baja del tren de la línea de Glen Waverley a las 6:26 cada mañana, y cuando termina un libro, lo deja en ese banco de allí.

Señala un banco de madera de estilo antiguo. —Nunca mira hacia mí, pero supongo que me ha visto leer y quiere alimentar mi vicio.

Su sonrisa es de falsa modestia. —A diferencia de la mayoría de la gente, que me echa un vistazo y piensa que si me dan dinero, acabaré alimentando un vicio con drogas o alcohol.

—A la gente le gusta juzgar a los demás. —Hago una mueca—. Las redes sociales tienen mucho que ver en eso.

Las arrugas se le forman en las comisuras de los ojos cuando sonríe. —Eso lleva pasando mucho más tiempo que las redes sociales.

—Es verdad. —Me llevo una mano al pecho—. Soy Lauren.

—Steve. Genio de la informática al que le vinieron mal dadas y acabó aquí. —Señala hacia los famosos relojes de Flinders Street Station, sobre nosotros—. Y gracias a ellos, puedo decirte el segundo exacto en que cambió mi suerte.

No sé si intenta ser gracioso, así que no digo nada. En cambio, meto la mano en el bolso y saco el monedero. Pero antes de que pueda darle un billete de veinte dólares —todo lo que llevo en la cartera—, él levanta la mano para detenerme.

—Gracias, pero que me hables y me trates como a una persona es el mejor regalo que puedes hacerme.

Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo. —¿Qué tal si te invito a comer algo?

—La comida siempre se agradece —dice con una humildad que me encoge el corazón—. Y una pequeña charla la próxima vez que pases por aquí.

Ese día le compré a Steve un bocadillo de albóndigas y rosquillas glaseadas en los puestos de comida que hay frente a la estación, y

me propuse pasarme a hablar con él unas cuantas veces a la semana.

Durante nuestra tercera conversación, me reveló que había sido director de una empresa de informática que llevaba junto a su mejor amigo. Desgraciadamente, Steve había estado tan ocupado construyendo la empresa y atendiendo a los clientes que no se dio cuenta de que su amigo, que llevaba las finanzas, había malversado millones antes de fugarse, dejando a Steve con una deuda impagable que lo llevó a la situación en que se encontraba. Lo perdió todo: su novia, su piso, su coche, su vida.

Pero lo único que no había perdido era su orgullo, y este emanaba de él como un aura deslumbrante. Inteligente y perspicaz, mis conversaciones con Steve son mejores que cualquiera de las que tengo con mis compañeros de trabajo.

Nunca acepta dinero de mí, pero le llevo comida siempre que puedo. Eso y libros. Gracias a mí y a la misteriosa señora de la línea de Glen Waverley, ha ido formando una biblioteca de géneros eclécticos, desde romance hasta *new adult* o ciencia ficción, que guarda en un cajón de plástico que le conseguí.

¿Lo mejor de alimentar el vicio lector de Steve? En mi paseo diario desde la oficina hasta la estación, veo a otras personas sin hogar leyendo, y eso las humaniza más que ninguna otra cosa. Espero que cuando cambie de trabajo —algo inevitable dado que no puedo quedarme mucho tiempo en un mismo sitio porque siempre voy con la mosca detrás de la oreja—, haya quien trate con un poco de dignidad a estas personas junto a las que la mayoría pasa de largo.

Llevo cuatro meses siendo amiga de Steve cuando *esa persona* llama.

Nunca le pido favores a nadie, pero después de darle muchas vueltas a nuestra situación, se me ocurre un plan.

Es descabellado y requerirá una buena dosis de actuación por mi parte, pero si consigo llevarlo a cabo, nuestro secreto estará a salvo.

Cualquier otro desenlace es impensable.

Lo que hicimos años atrás había sido por autoconservación, pero la policía no lo verá así. La alegación de legítima defensa que

podríamos haber presentado desapareció hace tiempo, a medida que los moratones se fueron borrando, y no grabamos la confesión de culpabilidad de ese monstruo.

No me arrepiento de haber matado a ese canalla, pero ojalá hubiese actuado con más cabeza en todo lo que hice.

Porque ahora estoy metida hasta el cuello en un encubrimiento que va a necesitar mucho más que suerte para salir bien.

Y Steve es el hombre que puede ayudarme.

Anochece mientras camino por Flinders Street, preguntándome si estoy haciendo lo correcto. Consideré ignorar su súplica y dejar que esa persona resolviera este problema por su cuenta, pero hace años hicimos un pacto para mantenernos unidos y no pienso abandonarla ahora.

Yo no estaría aquí si no fuera por esa persona.

Le debo mucho, y siempre pago mis deudas.

Al llegar a la estación, Steve está apoyado contra una parete, con la cabeza inclinada y los ojos entornados mientras intenta leer con la tenue luz. Tiene la cara limpia, lo que significa que ha hecho uso del abono semanal a la piscina municipal que le regalé. No hay nada como una ducha caliente para reponerse, y me alegra que acepte este pequeño gesto de amabilidad de mi parte.

El orgullo deja de existir cuando vives en la calle. Al menos, así fue para mí durante el poco tiempo que tuve que hacerlo por necesidad.

Por desgracia, aquella etapa se vio truncada demasiado pronto porque el monstruo me encontró enseguida y me arrastró de vuelta al infierno que una vez llamé hogar.

—Hola, Steve. ¿Qué estás leyendo hoy?

Levanta la vista y parpadea, adaptándose a verme a mí en lugar de las letras del libro, recortada a contraluz por el sol poniente. —La comedia romántica que me diste, *Did Not Finish*.

—¿Qué te parece?

—Es divertida —señala el cajón lleno de libros que tiene detrás—. No es lo que suelo leer, pero gracias a ti, le doy una oportunidad a cualquier cosa.

—¿Cuál es tu personaje favorito?

—Axel, el escritor. Es muy gracioso. Aunque Mia también tiene su gracia, con la manera en que le replica.

—Mi favorito es Mr. Darcy.

Se ríe entre dientes. —¿Pero si el gato no habla?

—Ya, pero cuando terminas la historia, la autora del libro ofrece un relato corto de regalo, desde el punto de vista del gato. Es para morirse de risa.

—Eso suena genial. Tengo ganas de leerlo.

Con nuestra habitual conversación sobre libros llegando a su fin, cojo aire profundamente, preparándome para pedir un gran favor.

—Steve, ¿te apetece dar un paseo por el Yarra? Tengo algo que quiero comentarte en privado.

Él arquea las cejas. —Suena serio.

—Lo es. Puede que esté metida en un lío, y necesito tu ayuda.

—Lo que sea —dice sin desconfiar, y yo exhalo aliviada.

—Antes de que nos pongamos a caminar y hablar, tengo que decirte algo. Acabo de recibir la llamada de una persona amiga que me ha alertado de este problema, así que me molestaría que pensaras que he estado hablando contigo y trayéndote cosas porque espero algo a cambio. Porque no es así. Eres buena persona y mereces más de lo que la vida te ha dado, y quiero que lo sepas.

—No te preocupes, Lauren. Todo bien.

Dobla la esquina de la página y mete el libro en su biblioteca portátil. Se pone de pie despacio, como un anciano, y el corazón me duele al pensar en que este hombre pasa el día entero durmiendo porque no es lo bastante seguro cerrar los ojos por la noche.

Echa un vistazo al sin techo más cercano, su amigo Alfie.

—Oye, Alf, ¿puedes vigilar mis cosas un momento? Voy a dar un paseo.

—Claro, Steve. —Alfie le hace un gesto de aprobación con el pulgar—. Si puedes traer algo de comer al volver, no diría que no.

Alfie me ha visto traerle comida a Steve, y no me sorprendería que Steve estuviera compartiendo sus comidas con Alfie. Normalmente traigo cosas que se puedan dividir —focaccia rellena de verduras, arroz frito con ternera salteada y bolsas de plátanos y manzanas— cosas nutritivas pero ricas.

Si pudiera, daría de comer a cada persona que duerme al raso en la ciudad, pero saber que estoy ayudando al menos a una persona que se lo merece me ayuda a conciliar el sueño.

No siempre ha sido así.

Durante muchos años, las pesadillas sobre lo que hice me atormentaron. Cada vez que cerraba los ojos escuchaba el grito, el golpe sordo, y veía los ojos sin vida del monstruo que había venido a por mí.

Despertarme empapada en sudor frío cada noche acabó siendo agotador, así que probé con melatonina de alta dosis conseguida de tapadillo, y compré una máquina de ruido blanco que pronto me fue llevando a un sueño inquieto.

No recuerdo la última vez que dormí ocho horas seguidas.

La culpa tiene ese efecto.

Steve camina a mi lado en silencio mientras cruzamos el puente sobre el río Yarra y bajamos los empinados escalones hasta la orilla. Los tentadores aromas de cebolla frita y hamburguesas a la parrilla del Arbory Bar flotan en la brisa suave, y mi estómago ruge. Mi hambre tendrá que esperar. Esto es demasiado importante.

Steve espera a que nos hayamos alejado de los turistas y de la gente que vuelve a casa del trabajo antes de hablar.

—Cuéntame en qué lío estás metida.

No titubeo ni doy rodeos. Me lanzo de cabeza, confiando en que este buen hombre pueda ayudarme.

—Tuve una infancia muy dura. Pasaron cosas muy malas, hasta el punto en que tenía que ser libre o morir en el intento. Ahora hay posibilidades de que mi pasado vuelva para atormentarme, y no puedo permitirlo. No voy a renunciar a mi libertad por el canalla que me robó tanto.

Suelto el aire, aliviada de que Steve me mire con curiosidad en lugar de desprecio.

—Para protegerme a mí y a una persona amiga involucrada, necesito información, y la necesito rápido. No me puedo permitir seguir los cauces habituales, porque llevaría demasiado tiempo, y el tiempo no juega a mi favor. Así que esperaba que pudieras usar tus

conocimientos informáticos para hackear algo y averiguar información vital sobre un hombre que puede ayudarme.

—Hackear es ilegal, ya sabes —dice Steve con total seriedad, antes de echarse a reír—. Por supuesto que te ayudo. Dame tu teléfono.

—No puedo arriesgarme a que esto se rastree hasta mí, por eso te he comprado esto.

Meto la mano en el bolso y saco un teléfono prepago. —Tiene una SIM de prepago que debería durarte meses.

Sus ojos se entornan levemente, evaluándome. —Si esta es tu retorcida manera de regalarme un teléfono, no hace falta que llegues a estos extremos. Si he aceptado tus libros y tu comida, también acepto un teléfono, sin problema.

Frunce el ceño. —Aunque qué haría yo con un teléfono, no tengo ni idea. Navegar por internet o curiosear los perfiles de las redes sociales de personas que antes me conocían y me traicionaron no figura entre mis prioridades.

—No intento engañarte para que aceptes un teléfono, Steve. De verdad necesito tu ayuda.

—En ese caso, dámelo.

Le doy el teléfono. —Todavía no he configurado ninguna contraseña ni nada, así que puedes hacerlo tú. Pero sí necesito que consigas toda la información que puedas sobre este hombre.

Steve me mira fijamente, con los ojos despejados, sin juzgarme. —¿Cómo se llama?

—Caleb McDougal.

—Me pongo a ello.

Los pulgares de Steve vuelan sobre el teclado del teléfono en una clara demostración de memoria muscular. Estoy a punto de ofrecerme a ir a comprar algo de comer cuando dice: —Listo.

Arqueo las cejas. —¿Tan rápido?

Su sonrisa es tímida. —¿Qué quieres que te diga? Se me da bien lo que hago.

En ese momento, me prometo en silencio ayudar a este hombre a recuperarse y encontrar trabajo. Concretamente, ganarme la confianza de Caleb McDougal e introducirme en su vida.

CAPÍTULO 14

CALEB

SIETE MESES ANTES

Mientras los inquilinos están ocupados cuidando el jardín bajo la atenta mirada de Tillie, llevo a la abuela al pueblo.

Después del desayuno, me ha enseñado la documentación que ha reunido para vender la casa. Los promotores inmobiliarios están acaparando grandes extensiones de terreno en la zona para construir hoteles rurales de lujo, y uno de ellos ya se ha puesto en contacto con ella, lo que significa que deberíamos conseguir un buen precio. Parece que la abuela ha hecho los deberes, y en breve nos reuniremos con el agente inmobiliario para iniciar el proceso de desprendernos de Ghost Gum House.

—Este sitio nunca cambia —digo mientras giro hacia Main Street, perdido en los recuerdos de cuando iba y volvía del colegio en bicicleta, paraba en el supermercado a comprar un refresco y me atiborraba de patatas fritas en el asador de pollos al carbón.

De pequeño, pensaba que Amberfield era un pueblo aburrido, pero desde que estuve en el internado a mediados y finales de la adolescencia y empecé a viajar por trabajo, he llegado a apreciar lo especiales que son lugares como este.

En la ciudad, las agresiones con cuchillos y machetes están a la orden del día, bandas de adolescentes deambulan por las calles buscando problemas y a nadie le importa si te atacan. Aquí, no puedes cortarte el pelo sin que alguien haga algún comentario al

respecto. De niño lo detestaba —esos cotillas entrometidos que me delataban ante la abuela si me pillaban fumando a escondidas en el parque cuando volvía a casa en vacaciones de verano—, pero la otra cara de un lugar así es el espíritu de comunidad, y sé que la abuela estará bien atendida cuando entre en la residencia.

—Te sorprenderías. —La abuela me mira con expresión cariñosa —. Ahora ponen los últimos estrenos en el cine del pueblo, sin esperar dos meses. ¿Eso no es un cambio?

—Teniendo en cuenta que hoy en día todo el mundo ve las películas en *streaming*, abuela, me sorprende que ese viejo cine siga abierto.

Estaba bastante deteriorado cuando era adolescente: la pantalla tenía un rasgón, las palomitas estaban rancias y los perritos calientes sabían a rayos, como si los hubieran cocinado un año antes.

—La nostalgia está muy de moda últimamente. Mucha gente de la ciudad viene hasta aquí a pasar el día. La bodega de las afueras ayuda a atraer al turismo.

—Con suerte, alguno de ellos querrá invertir en una casa antigua.

—Esos promotores tienen muchas ganas de comprarla —dice con un deje de tristeza en la voz y, mientras aparco frente a la inmobiliaria, espero que vender la casa no suponga un golpe demasiado duro para ella.

Tomárselo con más calma le vendrá bien, pero cuidar de los demás ha sido su vida entera. He oído hablar de personas mayores que se vienen abajo cuando dejan de trabajar o se mudan a un sitio más pequeño, y espero que eso no le ocurra a mi abuela.

—¿Seguro que es esto lo que quieres hacer, abuela?

Tarda una eternidad en responder, y le cojo la mano, apretándosela en señal de apoyo.

Asiente y dice: —Ya es hora.

Quiero preguntarle tantas cosas —si hay algo más detrás de esta necesidad repentina de vender, si tiene algún problema de salud que no me está contando, si alguien la está presionando—, pero me callo mientras la ayudo a bajar del coche y caminamos hacia la inmobiliaria, M.J. Cerri and Son. Al hijo de Morty Cerri lo conozco

demasiado bien. Sam Cerri me amargó la vida en el internado; era uno de esos niños ricos insoportables a los que todos adulan con la esperanza de conseguir una invitación para bañarse en su piscina olímpica durante el verano. Sam paseaba por los pasillos de Loston Grammar como si fuera el dueño del lugar y, por alguna razón, me tenía manía. Aguanté de todo, desde insultos hasta empujones contra las taquillas. Cuanto más lo ignoraba, más me tomaba como blanco, y mientras nos detenemos ante la puerta, una pequeña parte de mí espera poder restregarle mi éxito en la cara ahora.

Estamos a punto de entrar cuando un anuncio en el escaparate llama la atención de la abuela.

—No entiendo por qué siguen poniendo esa propiedad en venta —dice, meneando la cabeza—. Nadie la va a comprar.

—¿Cuál?

—La antigua casa de los Ulverstone.

Es curioso que la abuela la llame así y no la casa de los vecinos. Aunque tampoco es que tuviéramos mucho trato con ellos. Nos evitaban, y nosotros a ellos. No supe por qué hasta mucho después.

—Esa casa está maldita —murmura la abuela, con un leve cabeceo.

Yo no creo en las maldiciones; creo en la maldad de las personas, pero ahora no es el momento de alterar a la abuela, justo cuando está a punto de poner en venta el único hogar que ha conocido.

—En esa casa pasaron cosas inexplicables y…

—Señora McDougal, pase, por favor. —Morty Cerri sujeta la puerta y nos hace señas para que entremos—. Me alegra verle, Caleb.

No miento diciendo «igualmente». En cambio, esbozo una sonrisa forzada y guío a la abuela al interior, preguntándome qué iba a decir sobre los Ulverstone.

Mientras Morty nos lleva a su despacho, un cubículo acristalado que huele a un ambientador floral demasiado cargado, no sé si sentirme aliviado o molesto por que Sam no esté aquí.

Morty nos abruma con su labia de vendedor: cuánto vale Ghost Gum House, los posibles compradores, las ventajas de sacarla a

subasta y cómo contratar a un interiorista para preparar la casa puede añadir decenas de miles al precio de venta.

Puede que la abuela se deje impresionar por el discurso de Morty, pero yo no. Todo es humo y espejos, así que voy al grano con la pregunta difícil.

—¿De cuánto es vuestra comisión por la venta?

Los ojos de Morty se entornan ligeramente mientras me lanza una mirada hostil que borra con un parpadeo. —Eso siempre es negociable, así que primero fijemos cuándo creéis que estaréis listos para vender.

Me abstengo de poner los ojos en blanco ante su evasiva, y estoy a punto de presionarle más cuando me vibra el móvil. Lo saco del bolsillo y miro la pantalla. Es un mensaje de socorro del trabajo.

—Perdonad, tengo que hacer una llamada —digo, inclinándome hacia la abuela para susurrarle al oído—: No firmes nada hasta que lo hablemos luego —antes de levantarme y salir fuera.

Llamo a Derrick, mi jefe, que descuelga al primer tono.

—Vuelve a Sydney cagando leches, McDougal. Te necesito.

Me trago mi primera respuesta, «hola a ti también», y digo: —¿Qué pasa?

—Estamos a punto de perder a nuestro mayor puto cliente, así que deja de hacer preguntas estúpidas y coge el primer vuelo de vuelta.

—De acuerdo, intentaré estar de vuelta esta noche…

La señal de llamada cortada zumba en mi oído y mascullo una maldición. Derrick no podría haber elegido peor momento. La abuela me necesita para ayudarla a vender la casa, y con Tillie y Owen expresando sus preocupaciones, la abuela me necesita y punto.

Maldita sea.

Estoy a punto de volver a entrar en la inmobiliaria cuando la abuela abre la puerta y le dice adiós con la mano a Morty. Le da la espalda, así que solo yo veo el asco reflejado en su cara antes de que se cierre la puerta.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

La abuela se estremece. —Esa víbora me da ganas de meterme en la ducha.

Me río ante su acertada descripción. —Es más viscoso que una babosa.

El hecho de que no me riña por mi vocabulario muestra a las claras lo distraída que está con los tejemanejes de Morty.

—Ojalá tuviéramos otra opción para vender —dice con tono melancólico—. Preferiría darle la comisión a cualquier otro antes que a él.

Y a su repugnante hijo, me entran ganas de añadir, pero me callo.

—Podríamos intentar una venta privada. Tengo un amigo en Sydney que es intermediario y ya lo ha hecho antes.

La expresión de la abuela se ilumina. —¿De verdad? He oído hablar de las ventas privadas, pero no sabría por dónde empezar. —Arruga la nariz—. Además, yo sola no podría hacer algo así. Seguro que me timaba algún estafador.

Lamentablemente, creo que la abuela corre el riesgo de que la estafen desde dentro de su propia casa, pero me guardo ese pensamiento.

—Lo investigaré cuando vuelva a Sydney y te cuento. Si los grandes promotores están interesados en el terreno, debería ser fácil gestionar una venta privada.

La tristeza le tuerce el gesto. —¿Te vas tan pronto?

Asiento. —Lo siento, abuela. Era mi jefe, y me ha exigido que vuelva cuanto antes por un desastre inminente con un cliente.

—Lo entiendo. —Se apoya en mí y recuesta la cabeza en mi hombro—. Pero algún día espero que te quedes más tiempo. No me estoy haciendo más joven, ya sabes.

—Vas a llegar a los cien años y a recibir una carta del rey, cuento con ello.

Suelta un gracioso resoplido. —Tendré suerte si llego a mi próximo cumpleaños.

Llevamos intercambiendo bromas así desde que cumplió ochenta años, hace cuatro, y espero que mi profecía se haga realidad. No me imagino un mundo sin la abuela.

Le abro la puerta del copiloto. —Volveré en cuanto pueda. Te lo prometo.

Y espero que, mientras tanto, lo que sea que aqueja a mi abuela no vaya a peor.

CAPÍTULO 15

TILLIE

ENTONCES

Me mantengo pegada al matorral que bordea el arcén de la carretera. Me sirve de cobertura, porque lo último que necesito es que algún conductor entrometido se detenga al ver a una cría caminando por una general.

O peor aún, la policía.

No pienso entrar en el sistema de acogida. Me niego. Y aunque no tengo ni idea de qué va a ser de mí, sí sé dos cosas: no voy a volver a Dirtridge, y no permitiré que me metan en ninguna casa que pueda ser tan mala como el infierno del que he escapado.

El problema es que ahora también soy responsable de Sharna. ¿En qué demonios estaba pensando?

Aunque puede que al final ni aparezca. Una camioneta destartalada me adelantó hace unos diez minutos en dirección a la estación de servicio, pero no ha regresado. Y si lo hace, ¿vendrá Sharna dentro?

Espero que me haya hecho caso, porque Fitz es un tipo peligroso. ¿Quién sabe?, si ayudo a Sharna a dar con sus padres biológicos, quizá estén tan agradecidos que me dejen quedarme con ellos.

Sí, claro, y esta noche dormiré en un hotel de cinco estrellas.

Oigo el rugido de un motor a mis espaldas y, al echar un vistazo por encima del hombro, reconozco la misma camioneta de antes. Me

acerco más al borde del asfalto para ver bien al conductor. El vehículo aminora la marcha al acercarse a mí y el miedo me recorre la columna como un calambre. Estoy a punto de echar a correr hacia la maleza cuando veo a Sharna en el asiento del copiloto, saludándome con una sonrisa de oreja a oreja.

Los ojos se me llenan de lágrimas de alivio y parpadeo para contenerlas mientras la camioneta se detiene y Sharna baja la ventanilla.

—¡Sube! —dice, abriendo la puerta para que me cuele junto a ella.

Una anciana de piel curtida y pelo gris encrespado se inclina hacia delante y me observa por encima de unas gafas con montura azul brillante. —Hola, cielo. Soy la señora Modd. Sharna me ha dicho que eres una amiga que está pasando por un mal bache. Me alegra poder echarte una mano.

Una vez más, me sorprende la iniciativa de Sharna; tendré que dejar de juzgarla tan a la ligera de ahora en adelante.

—Gracias. —Consigo forzar una sonrisa amable mientras subo al estribo y me meto en la cabina, cerrando la puerta tras de mí—. Se lo agradezco mucho.

—Qué educada —dice la señora Modd—. Hoy en día la mayoría de los jóvenes van pegados al móvil, no saben ni articular palabra con los demás.

Como ni Sharna ni yo tenemos móvil, supongo que la mujer tiene parte de razón.

—¿Adónde vais? —pregunta la señora Modd mientras se incorpora a la carretera, y yo recurro a la mentira que preparé cuando me largué de casa.

—Tengo familia en Sídney, así que voy para allá.

—¿Y cómo has terminado en esa estación de servicio en mitad de ninguna parte?

—Mi tío me dejó allí tirada para darme una lección porque le contesté mal. Dijo que volvería a por mí esta noche.

—A tu tío lo que le hace falta es un buen par de bofetadas —murmura, chasqueando la lengua—. ¿Y si regresa antes de tiempo y no estás?

—No lo hará. Ya lo ha hecho otras veces y siempre me deja allí hasta que anochece.

—Cuando os lleve de vuelta, pienso cantarle las cuarenta a ese hombre.

Sharna y mi mirada se cruzan en una sonrisa cómplice. No pensamos regresar, pero eso es un secreto que nos guardamos para nosotras.

—Os dejaré en la biblioteca un par de horas. Tengo unos recados que hacer, así que os recojo en la puerta a las cuatro, ¿de acuerdo?

—¡Claro! —decimos al unísono, compartiendo otra mirada.

Para cuando la señora Modd regrese, Sharna y yo ya habremos desaparecido.

El viaje transcurre en un silencio cómodo y, diez minutos después, veo un cartel que reza «Bienvenidos a Lurcheron» a la entrada del pueblo. Lurcheron parece bastante más grande que Dirtridge: hay más tiendas, más restaurantes, dos iglesias y cuatro pubs. El colegio y el instituto también son mayores, y cuando el coche se detiene frente a la biblioteca, me quedo boquiabierta ante un edificio de acero y cristal que parece una nave espacial.

—Divertíos, chicas. —La señora Modd mete la mano en el bolsillo de su peto vaquero y saca un fajo de billetes sujeto con una goma elástica. Separa dos billetes de veinte dólares del fajo y nos da uno a cada una—. Tomaos un helado y os quedáis con el cambio. Pero no os alejéis mucho de la biblioteca, nos vemos aquí mismo.

—Gracias —digo, abrumada por su generosidad, a lo que Sharna añade—: ¡Es usted la mejor, señora Modd!

Agarramos las mochilas y bajamos de un salto de la camioneta. Cerramos la puerta de golpe y le decimos adiós con la mano hasta que el vehículo se pierde de vista. Luego nos miramos, con la misma mezcla de emoción y asombro reflejada en la cara, y soltamos un chillido contenido.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Sharna, pasándose el brazo por la correa de la mochila para cargarla a la espalda como una empollona.

Sonrío al distinguir la estación de tren justo por encima de su hombro.

—Ahora empieza nuestra aventura.

CAPÍTULO 16

LAUREN

ENTONCES

La gente es predecible.

En el fondo, somos criaturas de costumbres.

Incluso los más impulsivos, esos que juran que se mueven por pura espontaneidad, se engañan a sí mismos, porque todos seguimos unos patrones.

Cuento con ello.

Gracias al hábil hackeo de Steve, tengo información más que suficiente sobre Caleb McDougal y su estilo de vida.

Sé su dirección, el gimnasio al que va, los restaurantes en los que pide comida para llevar cada semana, incluso la mujer con la que se acuesta cada seis semanas aproximadamente.

La huella digital que dejamos es asombrosa, aunque no compartamos cada detalle de nuestra vida en las redes sociales. Caleb no publica nada en internet, razón por la que necesité la ayuda de Steve desde el principio.

He estado vigilando a Caleb durante una semana. Siete días más de los que debería, porque *ellos* volvieron a llamarme para pedirme ayuda. Les aseguré que estoy en ello, pero no puedo contarles el alcance real de mi plan todavía; sé que me convencerían para que lo dejara.

De los dos, ellos son los más cuerdos.

Esta noche pienso dar el siguiente paso.

Caleb McDougal no sabrá ni por dónde le vienen los golpes.

Según el historial de búsquedas de Caleb, Steve dice que le interesan las rubias y que tiene debilidad por un buen escote, así que me he teñido el pelo y llevo un vestido de punto ajustado de color albaricoque maduro, con un escote de vértigo y un sujetador con relleno. Explotar mis encantos debería captar su atención sin ninguna duda.

Si eso falla, tengo un plan de reserva.

Apelar a su complejo de salvador.

Según Steve, Caleb hace voluntariado de vez en cuando en el Wildlife Emergency Service, adonde trasladan a los animales autóctonos que han sido atropellados. Cualquier hombre que se toma la molestia de colaborar con animales heridos tiene un corazón demasiado noble, y yo sé perfectamente cómo explotar esa vulnerabilidad.

¿Me siento mal por engañar a un buen hombre? Un poco. Pero me ha costado mucho reconstruir mi vida entera y no pienso renunciar a ella de ninguna manera; o peor aún, acabar entre rejas.

Observo a Caleb entrar en *Ronnie's*, el restaurante de cocina fusión asiática al que va todos los viernes después de trabajar. Va a pedir rollitos de primavera de gambas vietnamitas y *Char Kuey Teow*, como siempre.

El momento lo es todo, así que me he colado en el local exactamente tres minutos antes que él y he pedido exactamente lo mismo. Será un buen recurso para romper el hielo y, si eso no funciona, he escondido mi tarjeta de crédito para simular que no puedo pagar. Conociendo el instinto protector que lleva dentro, Caleb se ofrecerá a invitarme, lo que hará que quede en deuda con él... y el resto vendrá solo.

Es un plan sólido para presentarme, pero ni de lejos me confío. Pueden salir mal muchas cosas, pero no habría llegado tan lejos todos estos años si hubiera dejado que el miedo me paralizara.

Quien esconde secretos no puede permitirse tener miedo.

Se me encoge el estómago cuando la puerta del restaurante se abre y Caleb entra. Tiene marcadas líneas de cansancio alrededor de

la boca y los hombros ligeramente caídos, como si hubiera arrastrado una semana eterna.

Sé perfectamente lo que es eso.

Tal como había previsto, se dirige directo a la caja, cerca de donde estoy yo, medio oculta tras una palmera en maceta, y hace su pedido de siempre. Antes de que pueda reaccionar, la chica que atiende detrás del mostrador se ríe y me señala con la mano.

—Ha pedido exactamente lo mismo que usted.

Caleb se gira hacia mí y yo le sonrío, captando su expresión de desconcierto mientras me recorre de arriba abajo con la mirada. Está claro que le gusta lo que ve.

Su mirada se detiene en mi escote un segundo más de lo que dictaría la educación antes de clavar sus ojos en los míos y devolverme la sonrisa.

—¿Qué probabilidades había de que pasara esto? —pregunta.

—¿Una entre mil millones? —me río—. Aunque la verdad es que todo lo que sirven en este sitio está de muerte.

—Totalmente de acuerdo. ¿Trabajas por aquí cerca?

—No, pero el paseo desde Docklands hasta aquí me despeja la cabeza después de una semana larga.

—Te entiendo. —Hace una mueca—. Lo de la semana larga. Yo he tenido una de esas de órdago.

—Suena duro.

—No te haces una idea.

Estoy a punto de preguntarle a qué se dedica cuando la camarera regresa con mis recipientes dentro de una bolsa de papel marrón.

—¿El pedido de Lauren?

—Soy yo —digo, dedicándole a Caleb una sonrisa de disculpa por tener que cortar la conversación.

—Yo soy Caleb.

Me dice su nombre sin que yo se lo pida, lo que interpreto como una buena señal.

Hurgo en el bolso, saco el monedero y me acerco al mostrador. Me está observando mientras lo abro, así que finjo una expresión de absoluto horror.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—He usado mi tarjeta de empresa para hacer una donación a un santuario de elefantes en Tailandia y me la he dejado olvidada sobre el escritorio. Y la de débito que tengo vinculada al móvil está tiritando.

Lo del santuario de elefantes es un poco exagerado, pero no puedo permitirme improvisar. Necesito enganchar a Caleb y atraerlo hacia mí cuanto antes.

—No pasa nada, pago yo. —Da un paso al frente mientras se saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

—De ninguna manera, no puedo permitir que hagas eso.

Le sonrío a la camarera con gesto apurado.

—Lo siento, pero no puedo pagar esto...

—De verdad, no es ningún problema. —Le entrega la tarjeta a la empleada antes de que pueda protestar otra vez—. No vamos a dejar que te quedes sin cenar después de la caminata que te has pegado.

—Muchísimas gracias. Es todo un detalle por tu parte.

Recojo la bolsa que me tiende la chica.

—Te lo devolveré, que conste.

—Más te vale.

Me guiña un ojo, y hago un esfuerzo sobrehumano por no torcer el gesto. Odio que los hombres guiñen el ojo.

—Si no te parece muy raro, ¿qué tal si te invito a cenar aquí mañana? —Hago una pausa lo bastante larga para humedecerme los labios, aliviada al comprobar que su mirada se fija en mi boca antes de volver a cruzarse con la mía—. O, si tienes pareja y no le va a hacer mucha gracia la idea, puedo pasarte el dinero al trabajo o hacerte una transferencia si me das tus datos.

—No tengo pareja, así que lo de cenar suena de maravilla.

Demasiado fácil.

—¿Quedamos aquí mañana a las siete?

—Perfecto. —Su sonrisa se ensancha—. Te doy mi número por si te surge cualquier imprevisto y tienes que cancelar.

—No hará falta, cuenta con ello.

Me inclino ligeramente hacia delante, satisfecha al notar que vuelve a bajar la mirada hacia mi escote.

—Ha sido un placer conocerte, Caleb.

Agito la bolsa que llevo en la mano.

—Y gracias otra vez por la cena. Estoy deseando devolverte el favor mañana.

—Es una cita —dice, rematando la frase con otro guiño.

Le tiendo el móvil para que anote sus datos, ocultando mi triunfo mientras lo guardo de nuevo en el bolso.

Lo he conseguido.

He provocado un primer encuentro perfecto con Caleb McDougal y ya tengo una segunda cita.

La primera de muchas, si todo sale como pretendo.

CAPÍTULO 17

CALEB

SIETE MESES ANTES

Derrick tiene tendencia a catastrofizar, así que volver corriendo a Sídney había sido del todo innecesario. Nuestro cliente quedó satisfecho con un descuento del cinco por ciento en nuestra comisión, algo que mi neurótico jefe debería haber previsto de no ser porque le encanta delegar. Pero al menos el viaje mereció la pena, porque ese mismo cliente me dio el contacto de una nueva cuenta en Melbourne.

De no haber conseguido ese contacto, no estaría ahora sentado en mi restaurante favorito, cerca de nuestra oficina de Melbourne, tomándome un bourbon para desconectar mientras espero a una preciosa rubia.

Es desconcertante, porque Lauren juega en otra liga. Soy lo que la mayoría de las mujeres describiría como el típico «buen chaval», lo que significa que no tengo ningún rasgo que destaque especialmente. Soy de estatura media, pelo castaño, ojos color avellana, y ganar músculo en el gimnasio me resulta prácticamente imposible por muchas repeticiones que haga o batidos de proteínas que me tome.

Eso sí, tengo un buen puesto, así que una vez que una mujer me conoce, probablemente ese sea mi mayor atractivo. Soy fiable, responsable y un amante razonablemente bueno, según las opiniones que he recibido.

Por eso, que alguien tan espectacular como Lauren entre en el local y me lance una tímida mirada de reojo es algo muy poco habitual, y un chute tremendo para mi ego.

Doy un sorbo al bourbon y la saludo con la mano, lo que hace que ella se dirija hacia mí. Me cuesta no quedarme mirándola fijamente, porque su cuerpo es tan impresionante como su cara: curvas y piernas tonificadas quedan completamente a la vista bajo una minifalda negra. La blusa holgada de seda, de un rojo carmesí intensísimo, va a juego con el brillo de sus labios, y su pelo rubio le cae sobre el hombro como oro líquido.

Joder, ¿de dónde saco estas analogías? Me ha nublado el juicio de lo guapa que es y, mientras se acerca, me levanto, cuadro los hombros y esbozo lo que espero que sea una sonrisa acogedora.

—Hola, Caleb —dice cuando llega a mi lado—. Espero que no lleves mucho tiempo esperando.

—No, qué va.

Es mentira, porque estaba tan nervioso que había llegado al *Ronnie's* veinte minutos antes para tomarme una copa y calmarme de una maldita vez. Nunca bebo solo, pero la idea de cenar con Lauren me había puesto tan inquieto que ya voy por el segundo bourbon.

Señalo las botellas alineadas detrás de la barra.

—¿Qué te apetece tomar?

—¿Qué estás tomando tú?

—Bourbon, que por cierto es algo que rara vez pido. —Levanto mi vaso—. Y para que conste, tampoco suelo beber solo.

—¿Entonces estás celebrando algo?

Mi confusión debe de notarse en la cara, porque ella suelta una carcajada y se sienta frente a mí.

—Porque yo sí. Celebro cenar con un chico amable y generoso que me salvó la cena anoche.

Sé que lo dice como un cumplido, pero yo equiparo «amable y generoso» con «buen chaval». Estupendo. Ya me ha encasillado. Puede que me imaginara la chispa entre nosotros anoche y que esto sea exactamente lo que ella dijo que sería: un agradecimiento por haberle pagado la cena cuando se dejó la tarjeta.

—¿Te he incomodado? —pregunta, y yo me maldigo por dentro por ser tan torpe con las mujeres guapas—. Porque puedo retirar el cumplido si eso te hace sentir más cómodo.

Me río.

—Empecemos de nuevo y hagamos como si no acabara de hacer el ridículo. —Le tiendo la mano—. Caleb McDougal.

—Lauren Faull.

Cuando me estrecha la mano, una descarga me recorre el brazo y el pecho se me tensa con una sensación inexplicable que nunca había experimentado con una mujer a la que apenas conozco.

Como si necesitara que no me soltara jamás.

Sacudido por esa extraña reacción, retiro la mano enseguida y cojo el vaso.

—Voy a pedir un *shiraz* —dice, mirando por encima del hombro hacia la barra, un gesto sencillo que le estiliza el cuello. Me quedo contemplando la suavidad de su piel, preguntándome qué se sentiría al besarla—. ¿Quieres uno?

Normalmente no mezclo, pero otro bourbon con el estómago vacío me dejará algo achispado, y quiero estar completamente lúcido si voy a flirtear con esta mujer tan impresionante.

—Claro, gracias.

Ella asiente, como si mi elección la complaciera.

—Ahora vuelvo.

Intento no quedarme mirándola mientras pide las consumiciones, pero es imposible. No soy de los que se quedan embobados con las mujeres, pero Lauren es espectacular, y sigo sin creerme la suerte que tuve de toparme con ella aquí anoche.

Vuelve a la mesa y se sienta.

—Entonces, ¿cuál es tu historia, Caleb McDougal?

Le cuento una versión resumida de mi vida —de dónde soy, que mi abuela es mi única familia, mi trabajo— porque me interesa mucho más conocer la suya.

—La mía es muy aburrida —dice con una risa autocrítica—. Crecí en Sídney, trabajo como contable autónoma, me mudé a Melbourne hace poco, me gusta pasear por la playa de St Kilda, ver *thrillers* en

streaming, leer alguna que otra biografía y devorar comida tailandesa como si no hubiera un mañana.

Me abstengo de decirle que tiene un cuerpo increíble porque sonaría patético. Se me da fatal flirtear. Soy uno de esos tíos un poco pringados que de vez en cuando sueltan algún cumplido camuflado bajo una expresión impasible. Una tontería, lo sé, pero suele funcionar.

Con Lauren no funcionará, porque tengo la sensación de que me ha calado. Como si supiera exactamente lo desconcertado que me tiene. Aunque no creo que me tenga lástima ni que esté jugando conmigo por invitarme a cenar para agradecerme que la sacara del apuro anoche. Sus ojos son sinceros, su expresión genuina, y está inclinada hacia delante como si le interesara de verdad lo que tengo que decir.

—¿Comes aquí a menudo, Caleb?

—Eso suena a frase de ligue.

Ella sonríe.

—Es una pregunta sencilla de una mujer que quiere saber qué merece la pena pedir aquí.

—Todo. —Mi respuesta sale vergonzosamente rápida y me río—. ¿Se nota mucho que me muero de hambre?

Si se da cuenta de que miento, no dice nada, pero su sonrisa tiene un punto de complicidad, como si pudiera ver a través de mí y supiera que mis prisas por pedir tienen mucho más que ver con pasar el mayor tiempo posible con ella que con el hambre.

—¿Qué te parece el menú degustación? —Abre la carta y la examina—. Anoche fue mi primera vez aquí y la comida para llevar estaba deliciosa, así que me apetece probar un poco de todo.

Mientras que a mí lo que me apetece es ella.

Por suerte, ese pensamiento me lo guardo.

—Pido aquí todas las semanas y siempre he querido probar el menú degustación. Hagámoslo. Pero esta vez pago yo.

—Eso va completamente en contra del propósito de haberte invitado para darte las gracias por lo de anoche. —Su fingido ceño fruncido es adorable—. No me obligues a ponerme dura contigo, Caleb.

Nos reímos al unísono, y es curioso lo a gusto que me siento con una mujer a la que solo conozco desde hace veinticuatro horas.

—Sé que sonará una locura, Caleb, pero siento como si te conociera de toda la vida. ¿Es demasiado raro?

—Lo justo de raro —digo, maravillado de que haya expresado exactamente lo que estaba pensando, y ella sonríe.

—Como dice el viejo tópico, este podría ser el comienzo de una hermosa amistad —dice, alargando el brazo para darme un apretón en la mano, y cuando la suelta, noto un frío extraño, como si su tacto hubiera dejado todo mi cuerpo en combustión.

—Podría ser.

Las palabras salen de mis labios con total naturalidad porque, por primera vez en mi escasa experiencia sentimental, siento una chispa auténtica.

Esto podría llevar a algo.

CAPÍTULO 18

TILLIE

ENTONCES

Hay personas que nacen con estrella.

Yo no soy una de ellas.

Durante un breve instante, tras conocer a Sharna, pensé que mi suerte había cambiado. Cuando desvalijó la recaudación de un mes de la gasolinera de su padre, nos juntamos con más de dos mil dólares. Una fortuna para nosotras. Eso nos permitió coger un tren a Sídney y luego otro a Melbourne. Nos hacíamos pasar por primas, y a los adultos les parecía enternecedor que fuésemos tan responsables como para que nuestros padres nos dejasen viajar solas sin supervisión.

Se nos daba de miedo mentir. Yo llevaba toda la vida haciéndolo, pero Sharna se metió en el papel como si hubiese nacido para ello. Nos volvimos uña y carne, como hermanas, lo que me sirvió de bálsamo para el dolor que arrastraba por haber perdido a Wayne y a Maribel.

Una vez fui a la biblioteca para ver si encontraba alguna noticia sobre un doble homicidio en Dirtridge, pero no di con nada. Lo que significa que, o mis hermanos habían logrado escapar de mi padre, o él los había enterrado en el quinto pino y se había inventado cualquier milonga ante los vecinos diciendo que sus hijos se habían ido a vivir con un pariente lejano. El único artículo de ese pueblo de

mala muerte del que yo había huido hablaba de tres incendios provocados y de que la policía buscaba a un pirómano en serie, así que ni me molesté en leerlo.

Prefiero pensar que mi hermano y mi hermana están por ahí en algún sitio, como yo, intentando empezar de cero. Y algunas noches, cuando sueño, me imagino que algún día volveremos a encontrarnos.

En Melbourne, Sharna y yo mentimos sobre nuestra edad. Decimos que tenemos dieciséis años para que en los albergues donde nos refugiamos no nos denuncien a Menores. Encontramos trabajo como ayudantes de cocina en un restaurante coreano en pleno centro. Nos pagan en negro, así que no nos hace falta dar ningún número de identificación fiscal. Una suerte, la verdad, teniendo en cuenta que Fitz debió de inscribir a Sharna con su propio apellido, así que a saber dónde pararán sus verdaderos padres.

Pero, tras seis meses en Melbourne, justo cuando empiezo a levantar cabeza, mi suerte vuelve a truncarse.

Recuerdo el momento exacto. Sharna y yo nos quejábamos de lo mucho que nos dolían los pies al final de un turno de diez horas, con la tele puesta de fondo. Deirdre, la mujer que gestiona el piso de acogida donde llevamos dos semanas durmiendo, tiene debilidad por los programas de crímenes reales y se los traga todos religiosamente. Ella está sentada más cerca de la pantalla, mientras Sharna y yo nos dejamos caer en un sofá destartalado con unos muelles rotos que se nos clavan en el culo.

—Oye... Esa niña se te parece un montón, Sharna —dice Deirdre, señalando el televisor, donde una foto de Sharna de pequeña ocupa toda la pantalla.

Sharna ahoga un grito y yo me quedo helada, sabiendo que esto lo va a cambiar todo.

Mientras la reportera del documental relata el secuestro de Sharna Ulverstone, ocurrido hace más de una década, mi amiga estira el brazo, me agarra la mano y me la aprieta con fuerza.

—Me mintió —susurra Sharna sin apartar los ojos de la pantalla, donde desgranan la historia de su vida. Cuentan cómo se despistó

de su madre en un pueblo pequeño durante unas vacaciones, la frenética búsqueda por el monte y los embalses cercanos, hasta que la policía empezó a barajar la hipótesis de un secuestro—. Fitz me robó.

—No pasa nada. Ahora estás a salvo. —Le devuelvo el apretón con el corazón en un puño, porque sé perfectamente lo que va a pasar a partir de ahora. Sharna va a volver con su familia y yo me voy a quedar sola.

Debería alegrarme por ella, pero lo único que me pasa por la cabeza es: «Sola soy mucho más vulnerable».

La mirada atónita de Deirdre va de la tele a Sharna.

—Tenemos que llamar a la policía.

Sin decir nada, Sharna asiente y, mientras Deirdre hace la llamada, me inclino hacia mi amiga y le susurro al oído:

—Tengo que largarme.

—¡No! —Me rodea la cintura con el brazo—. Vente a vivir con nosotros. Mis padres se van a llevar la alegría de su vida cuando vuelva y les contaré cómo me salvaste...

—Es un detallazo por tu parte, Shar, pero van a hacer demasiadas preguntas. Podrían mandarme de vuelta a casa, y no puedo arriesgarme. O peor aún, terminaré en un centro de acogida.

—No lo voy a permitir. —Aprieta los labios con firmeza—. Tú me salvaste la vida.

—Y tú vas a necesitar tiempo para adaptarte a vivir con tu familia de nuevo, y puede que no sea fácil. —Un nudo de emoción me aprieta la garganta. Ver el empeño que pone en protegerme me recuerda dolorosamente lo que perdí cuando dejé atrás a mis hermanos—. No te preocupes, seguiremos en contacto. Y vendré a verte en cuanto pueda.

Otra mentira, porque según el documental, sus padres viven en Amberfield, un pueblo de mala muerte metido en el campo entre Bendigo y Ballarat; si no se han mudado, es imposible que pueda ir a visitarla a un sitio donde todo el mundo se mete en la vida de los demás. Lo que yo necesito es anonimato, no cotillas.

—La policía ya viene de camino —dice Deirdre, clavando en mí una mirada cargada de curiosidad—. No sé qué pintas tú

exactamente en toda esta historia, Tillie, pero si no eres la prima de Sharna, como me dijisteis, lo mejor será que pongas pies en polvorosa antes de que lleguen, porque van a avasallarte a preguntas.

Tampoco hacía falta que fuera tan explícita, pero le agradezco el aviso.

—Gracias, Deirdre. Voy a ayudar a Sharna a recoger sus cosas.

Sharna sigue con cara de absoluto desconcierto y, aunque me alegro infinitamente de que por fin vaya a reencontrarse con los suyos, lo único en lo que puedo pensar es en que tengo que huir de aquí.

La pregunta es: ¿adónde narices voy a ir?

CAPÍTULO 19

LAUREN

ENTONCES

Caleb está perdidamente enamorado.

Y yo puedo volver a respirar.

Ellos conocen mi plan ahora y creen que es brillante. Si mi relación con Caleb sigue el curso previsto, nuestro secreto permanecerá a salvo.

Él es de los que se casan. Ya lo hemos hablado varias veces. Solo llevábamos doce semanas saliendo cuando lo mencionó por primera vez, y desde entonces ha vuelto a sacar el tema en más de una ocasión.

Ahora ya no puedo esperar más.

Ellos me han llamado esta mañana y el peligro es inminente.

Tengo que actuar.

Ya.

—Me encanta este puerto —digo, apoyándome en Caleb y presionando el pecho contra su brazo—. Y te quiero.

Él sonríe y me besa la frente.

—Y yo a ti.

—¿Sabes una cosa? Si algún día nos casamos, me gustaría que fuera exactamente así. —Abro el brazo de par en par, abarcando el paisaje—. Tú y yo, en un yate, con el capitán oficiando la ceremonia y la tripulación como testigo.

Él se incorpora, apartándome sin querer en el proceso.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. No necesito todo el alboroto de una boda. —Le acaricio la mejilla con la palma de la mano—. Solo quiero que seas mi marido.

—Entonces hagámoslo.

Finjo desconcierto durante un instante.

—¿Hacer qué?

—Casarnos. Ahora mismo.

Su expresión es tímida, casi avergonzada.

—Hace unas semanas empecé con los trámites legales porque pensaba pedirte matrimonio este fin de semana.

—¿Hablas en serio?

Asiente.

—Eres la mujer de mi vida, Lauren. Me encanta todo de ti.

Me besa.

—Te quiero. Así que, si quieres casarte en un yate, ¿a qué estamos esperando?

—Eres increíble.

Le echo los brazos al cuello y escondo la cara contra su pecho para ocultar mi sonrisa de triunfo.

—¿Eso es un sí?

Me aparta con suavidad y asiento.

—Es un sí rotundo.

Su risa rebosa felicidad mientras me levanta en volandas y me hace girar. Mi alegría no es fingida, porque esto es exactamente lo que quiero. Durante nuestra relación he descubierto que a Caleb no le gusta que le digan lo que tiene que hacer, así que, si lo conduzco con delicadeza hacia el resultado que deseo y él cree que la idea ha sido suya, nuestra vida resulta mucho más sencilla. Y eso es precisamente lo que acaba de ocurrir con su espontánea proposición.

¿Quiero casarme con él y quedar unida para siempre a un hombre al que no amo?

Ni hablar.

Pero no tengo alternativa. Casarme con Caleb es la única forma de garantizar que mi secreto permanezca a salvo.

Porque, en cuanto me deslice una alianza en el dedo, estaré un paso más cerca de abrirme camino hasta el centro de su vida. Él tiene algo que yo quiero, y nada va a impedir que lo consiga.

Cuando Caleb me deja de nuevo en el suelo y me sostiene a cierta distancia para contemplarme el rostro, le dedico la sonrisa más radiante que soy capaz de fingir.

—¿Estás segura de esto, Lauren?

—Completamente. —Apoyo la palma de la mano sobre su pecho, justo encima del corazón—. Soy tuya, así que hagámoslo oficial.

El brillo de las lágrimas en sus ojos hace que me sienta la peor persona del mundo por el engaño que estoy perpetuando, pero sofoco ese inesperado ataque de culpa.

Lo hago por ellos y por mí.

Por la amistad que nos une en los buenos y en los malos momentos.

No merecemos ser castigados por nuestros pecados.

—Voy a hablar con el capitán y vuelvo enseguida. —Me besa—. No cambies de idea y te tires por la borda, ¿de acuerdo?

—Ni de broma.

No he llegado hasta aquí para echarme atrás en el último momento.

Mientras Caleb habla con el capitán, que sonríe como si fuera su propio hijo quien estuviera a punto de casarse, saco el móvil del bolso y envío un mensaje.

> Me caso en unos minutos. Misión cumplida. Nos vemos pronto.

Puede que mi prioridad sea proteger nuestro secreto, pero reunirnos de nuevo es un regalo añadido. Son mi familia elegida y, como ocurre con la mayoría de las familias, haré cualquier cosa por proteger lo que es mío.

CAPÍTULO 20

CALEB

AHORA

No soy un hombre impulsivo.

Por eso, casarme con Lauren apenas seis meses después de conocerla no es propio de mí, pero no pude evitarlo.

Ella es la mujer de mi vida.

Nunca he estado tan seguro de nada.

—No veo la hora de que conozcas a la abuela —le aprieto la mano mientras enfilamos el camino de acceso de Ghost Gum House, aparco el coche y salimos—. Le vas a encantar.

—Esme es un sol —Lauren sonríe—. Me encanta cómo me escruta a través de la pantalla cuando hablamos por videollamada, como si intentara calarme.

—No te lo tomes como algo personal, lo hace con todo el mundo —me doy unos golpecitos en la sien—. Para la edad que tiene, está como una moto.

—Entonces me portaré como una señorita —se apoya en mí, presionando el pecho contra mi brazo, y noto el mismo escalofrío que la primera vez que lo hizo, en nuestra primera cita.

Aquella noche que compartimos un banquete tailandés fui el perfecto caballero, a pesar de que, tras una cena memorable a base de rollitos de primavera de cerdo crujiente, sopa *Tom Yum*, curry verde de gambas, ternera con albahaca y guindilla y arroz jazmín, lo único que quería era devorarla de postre. Hablamos por los codos

entre bocado y bocado y nos reímos tanto como comimos. Al terminar la cena, la deseaba más que a ninguna otra mujer y supe, en lo más profundo de mí, que aquello iba para largo.

Por suerte, ella sentía lo mismo y desde entonces somos uña y carne. El torbellino de nuestra relación no asustó a ninguno de los dos y avanzamos a un ritmo vertiginoso: cenas diarias durante la primera semana, un sexo inolvidable en la segunda y prácticamente vivir juntos en la tercera. Saqué el tema del matrimonio a los tres meses con la intención de pedirle que se casara conmigo a los seis, y cuando Lauren bromeó con casarnos en un yate en el puerto de Sídney, me lancé de cabeza.

¿Impulsivo? Puede ser.

Pero no quería que conociera la triste realidad.

No tengo amigos íntimos.

Compañeros de trabajo, sí, pero nadie en quien pueda apoyarme de verdad. Crecí en Amberfield y nunca tuve amigos aparte de los inquilinos de Ghost Gum House, pero todos iban y venían.

No quería que Lauren supiera que la abuela es mi única familia y mi mayor confidente al mismo tiempo, así que una boda improvisada, a solas, con el capitán como oficiante y la tripulación como testigo, nos ahorró un montón de explicaciones incómodas.

La abuela se lo tomó con filosofía cuando se lo conté y prometió organizarnos una fiesta en cuanto fuéramos a visitarla.

Esa es otra de las cosas que me vuelven loco de Lauren: conectó con la abuela desde el primer momento. Desde que las presenté por videollamada, hizo todo lo posible por ganársela. Le preguntó de todo: cuánto tiempo llevaba viviendo en Amberfield, cómo había recibido la casa su nombre, quiénes eran los inquilinos y en qué podía echar una mano.

Si no me hubiera enamorado ya de Lauren, habría caído rendido el día que le dijo a la abuela que le encantaría pasar una temporada en Ghost Gum House ayudándola. Y no hablaba de una semana. Quería quedarse varios meses, conocer mejor a la abuela y encargarse de los inquilinos. Como trabaja de contable autónoma, puede permitírselo, así que vivirá aquí mientras yo viajo de un estado a otro por trabajo cuando sea necesario.

A mi jefe no le hace maldita la gracia, pero Derrick es un pragmático y sabe de sobra que corre el riesgo de perderme si no acepta mis condiciones de teletrabajo de forma flexible.

Ahora, con el encuentro entre las dos mujeres más importantes de mi vida a punto de producirse, los nervios hacen que me tiemble la mano mientras me saco el móvil del bolsillo para mirar la hora.

—¿Qué te pasa?

Esa es otra de las virtudes de Lauren: cala el menor cambio en mi estado de ánimo.

—Te parecerá una tontería, pero estoy flaneando.

Arquea una ceja.

—¿Porque voy a conocer a tu abuela?

—Porque vas a ver dónde me he criado, conocerás a los inquilinos... por todo —me encojo de hombros—. Eres una chica de ciudad, sofisticada. No quiero que pienses que soy un paleto.

—No seas tonto —se arrima a mí—. Me encanta todo de ti. Saber de dónde vienes no va a cambiar eso.

—¿Y si la abuela te larga mis secretos más vergonzosos? Como aquella vez que hice un pastel de barro e intenté comérmelo. O cuando corría en pelotas por el jardín con cinco años. O que de crío comía tantas galletas que el profesor de gimnasia me hacía dar vueltas extra al campo después de clase.

Se ríe.

—Eres adorable.

Ojalá siga pensándolo cuando vea el absoluto caos que era la casa donde me crié. Nunca me ha avergonzado mi pasado, pero Lauren tiene mucho más mundo que yo y no puedo evitar temer que eche un vistazo a Ghost Gum House y se dé cuenta de que ha cometido un error tremendo.

Es una estupidez, lo sé, pero mis inseguridades son profundas. Y todavía no le he contado nada sobre los episodios de amnesia que sufría aquí de niño. Ha pasado tanto tiempo desde el último que podría no mencionarlo nunca, pero cada vez que vuelvo me pregunto si regresarán. Hace más de diez años que no me despierto habiendo perdido la noción del tiempo, aterrorizado ante la posibilidad de haber hecho algo horrible.

La abuela siempre me juró que nunca ocurrió nada, pero el simple miedo a que pudiera pasar vuelve a ponerme de los nervios cada vez que regreso a Amberfield.

Este pueblo y la casa donde me crié deberían hacerme sentir seguro.

Entonces, ¿qué tiene este sitio que alimenta mis miedos más profundos?

Lauren chasquea los dedos delante de mi cara.

—Eh, ¿adónde te has ido?

—Estaba recordando —esbozo una sonrisa—. Estás a punto de saberlo todo sobre mí y, en cambio, siento que apenas te conozco.

—Sabes lo importante: que soy tu mujer —me besa en los labios —. Y que no se te ocurra olvidarlo.

—Como si pudiera.

La atraigo hacia mí y la apoyo contra el árbol. Le enmarco el rostro con las manos y me pierdo un instante en sus ojazos antes de rozar sus labios con los míos. Una vez. Dos veces. Alargando cada contacto hasta que terminamos fundidos en un beso ardiente, con las lenguas entrelazadas, mientras el calor que me recorre me recuerda la inmensa suerte que tengo de compartir mi vida con una mujer tan maravillosa como Lauren.

—Buscaos una habitación.

La voz a mi espalda nos corta el rollo y estoy tan embelesado con Lauren que tardo unos segundos en reconocerla.

Tillie.

—Nos han pillado —susurra Lauren, sin mostrar el menor atisbo de apuro mientras le retiro un mechón de pelo de la cara antes de girarme.

—Hola, Till.

No me sorprende comprobar que tiene una cara que parece un poema.

Presentarle a mi nueva mujer a la chica que siempre habría querido ocupar su lugar iba a ser incómodo sí o sí, pero no quiero restregarle mi felicidad por la cara, así que que nos haya sorprendido comiéndonos la boca es la peor forma posible de empezar.

—Qué alegría verte, Caleb —Tillie se acerca contoneándose hacia mí, ignorando por completo a Lauren y luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

Va maquillada, algo muy poco habitual en ella, y lleva un vestido azul de seda con un escote generoso que le roza las rodillas. Es como si quisiera dejar claro que, a pesar de mi matrimonio, sigue buscando que me fije en ella.

Tillie es atractiva, pero al lado de Lauren pierde todo el brillo. Y no es que las esté comparando; Lauren me cautivó —y me robó el corazón— desde el instante en que nos conocimos, y eso nunca ha cambiado.

Cuando llega hasta mí, me planta un beso en los labios y doy un respingo hacia atrás.

Me dan ganas de cantarle las cuarenta por un saludo tan fuera de lugar mientras noto cómo el bochorno me enciende las mejillas, pero Lauren se limita a soltar una risita y da un paso adelante con la mano tendida.

—Hola. Soy Lauren.

Desconcertada por la cordialidad de mi mujer, Tillie observa esa mano unos segundos antes de estrechársela y soltarla enseguida, como si temiera contagiarse de algo.

—Tillie.

Ninguna de las dos dice «encantada de conocerte», y admiro esa sinceridad. Lauren no tiene nada que temer y, aunque no le he contado toda la historia con Tillie, sí le advertí de que una de las inquilinas fijas bebe los vientos por mí.

Cuando Lauren me preguntó si nos habíamos acostado juntos, le dije la verdad: una sola vez, hace unos ocho meses. Ahora solo somos amigos. Como Lauren piensa instalarse aquí una temporada mientras yo voy y vengo por trabajo, no quiero que Tillie la pille por banda y le cuente lo nuestro, y mucho menos exagerando lo que significó.

Un silencio de lo más incómodo se instala entre los tres.

Me aclaro la garganta.

—¿Cómo está la abuela?

—Mucho mejor ahora que has llegado —la sonrisa de Tillie resulta de lo más forzada—. He preparado tu mermelada de frambuesa favorita para acompañar los *scones* que he horneado.

Mira hacia algún punto por encima del hombro de Lauren.

—¿Tú cocinas, Lauren?

Lauren se ríe de sí misma.

—A duras penas sé echarle salsa de bote a los espaguetis. Soy más de pedir comida a domicilio.

—¿Ah, sí? —la suficiencia de Tillie resulta casi palpable—. La comida es muy importante para Caleb. Le vuelven loco los platos caseros.

—Entonces quizá puedas enseñarme a preparar sus favoritos.

La voz de Lauren suena dulce, aunque percibo un leve deje afilado tras sus palabras.

Y no la culpo.

Tillie no tiene ningún derecho a lanzarle pullas cuando Lauren es mi mujer y acaban de conocerse.

La amabilidad de Lauren desarma a Tillie. Lo veo en cómo su mirada salta de una a otra, incapaz de descifrar qué está pasando.

—Me apetece un montón un café y uno de esos *scones* —entrelazo los dedos con los de Lauren—. Además, Lauren está deseando conocer a todo el mundo.

Tillie no es una hipócrita y no responde que el sentimiento sea mutuo.

Mientras nos guía hacia la casa, Lauren me dedica una mueca divertida y yo tengo que aguantarme la risa.

Mi mujer tiene un sentido del humor fantástico.

La abuela la va a adorar.

Estoy completamente seguro.

CAPÍTULO 21

TILLIE

ENTONCES

No sé cuánto tiempo tengo antes de que llegue la policía, así que cojo la mano de Sharna y tiro de ella, acercándome para susurrarle:

—Tenemos que hablar.

Señalo con la cabeza hacia Deirdre para que Sharna entienda lo que quiero decir.

En privado.

Ella asiente y me sigue fuera del salón. Sobre nuestras cabezas resuenan pisadas pesadas, lo que significa que los demás ocupantes de la casa de acogida temporal se están preparando para su jornada nocturna, la mayoría rumbo a distintos trabajos repartidos por la ciudad. En este lugar cada uno va a lo suyo; apenas intercambiamos los nombres, pero reconozco esas expresiones: recelo, miedo y desconfianza.

—Hablemos en nuestra habitación —digo.

Casi echamos a correr hasta el fondo del pasillo porque no sabemos cuánto tiempo nos queda.

Cuando llegamos a nuestro cuarto —con el suelo de madera lleno de marcas, unas literas y una única cómoda—, nos escurrimos dentro y dejamos la puerta entreabierta para poder oír cuándo llega la policía.

—¿Seguro que no vas a venir conmigo? —Sharna me agarra de los brazos y aprieta—. Por favor, Till, no me imagino dejándote aquí.

Niego con la cabeza.

—No puedo. Pero quiero que sepas que, si alguna vez me necesitas, puedes ponerte en contacto conmigo.

—¿Cómo? No tienes teléfono.

—Me abriré una cuenta de Gmail en la biblioteca. Tú haz lo mismo y así podremos comunicarnos.

—Mis padres probablemente me compren un teléfono, así que me será más fácil contactar contigo. Y cuando tú tengas uno, podremos mandarnos mensajes y llamarnos. —Sus ojos brillan como si de verdad lo viera posible, cuando las dos sabemos que no puedo permitirme un móvil, ni siquiera uno de prepago barato, y que probablemente pasarán años antes de que pueda hacerlo—. Y cuando cumplas dieciocho años, podrás venir a visitarme.

Los dieciocho son mi número mágico, la edad en la que los servicios sociales ya no pueden decirme dónde ni con quién tengo que vivir.

—¿Y cómo voy a saber cuál es tu Gmail?

No tengo forma de comprobar si el nombre que tengo pensado ya está en uso, así que elijo algo rebuscado y poco común.

—WayneMaribelTill142317@gmail.com.

—Madre mía, ¿cómo voy a acordarme de eso?

Nunca le he contado nada de mi pasado a Sharna porque no quiero que nadie cargue con ese conocimiento. Sobre todo porque me avergüenza haber abandonado a mi hermano y a mi hermana, dejándolos con un monstruo homicida.

Pero ahora necesito decírselo. Si no, no tendremos ninguna forma de mantener el contacto, y no quiero perder a la única persona en la que puedo confiar.

—Son los nombres de mi hermano, mi hermana y el mío, junto con nuestras fechas de nacimiento.

Sharna frunce el ceño intentando memorizarlo.

—¿Y si pones solo tu cumpleaños?

—Vale. Añade solo el 17 al final de los nombres.

—Wayne, Maribel, Till, diecisiete... Wayne, Maribel, Till, diecisiete... —lo repite cinco veces—. Ya lo tengo aquí.

Se da unos golpecitos en la sien.

—El mío será TillSavedMe2011, porque ese fue el día y el mes en que te conocí.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y ella continúa:

—Porque de verdad me salvaste, Tillie. Si no hubiera sido por ti, seguiría viviendo con Fitz sin saber la verdad.

Me agarra las manos y las aprieta.

—Gracias.

—Ahora somos hermanas, y eso es lo que hacen las hermanas.

Le suelto las manos para envolverla en un fuerte abrazo, intentando no recordar que eso no es todo lo que hacen las hermanas.

Algunas hermanas también se abandonan.

Y tendré que vivir con ese peso todos y cada uno de los malditos días que me queden.

Cuando nos separamos, las lágrimas resbalan por las mejillas de Sharna y ella se las seca con las yemas de los pulgares.

—Te mandaré mi dirección en cuanto llegue a casa para que sepas que siempre tendrás un sitio donde refugiarte si lo necesitas. —Se encoge de hombros—. Quién sabe con qué me voy a encontrar, pero estoy bastante segura de que, si mis padres siguen viviendo en Amberfield, tendrán una casa. Y eso significa que siempre puedo insistir en tener un cobertizo en el jardín donde los amigos puedan esconderse si hace falta.

—¿Crees que soy una especie de gnomo de jardín capaz de vivir en un cobertizo?

Nos reímos, justo como pretendía, pero me conmueve que no quiera rendirse conmigo. Pocas personas en mi vida, aparte de Wayne y Maribel, han estado de mi lado.

Estuvieron.

Porque no tengo ni idea de qué ha sido de mis hermanos.

Un fuerte golpe en la puerta principal hace que el corazón me dé un vuelco y nuestras miradas angustiadas se encuentren.

—Ha llegado la policía —murmura Sharna, sin parecer precisamente feliz ante la perspectiva de reunirse con sus padres—. Deberías irte.

Asiento. Tengo las piernas entumecidas y el estómago revuelto. Debería escabullirme por la puerta trasera, pero una parte de mí quiere quedarse para escuchar lo que tenga que decir la policía.

¿Va a estar Sharna a salvo?

Porque si hay alguien que sabe que un hogar no siempre es el refugio que debería ser, esa soy yo.

—Vais a hablar en el salón. Quizá me quede aquí un poco más, recoja mis cosas y luego salga por la puerta de atrás.

—Ten cuidado.

Sharna me abraza deprisa antes de dedicarme una última sonrisa temblorosa.

—Te voy a echar de menos.

—Yo también.

Pero ella ya ha salido corriendo de la habitación y avanza por el pasillo, donde Deirdre le pregunta moviendo únicamente los labios:

—¿Estás lista?

Sharna asiente y Deirdre abre la puerta principal.

No puedo ver a la policía, pero pego la oreja a la rendija de la puerta entreabierta.

—Soy la detective Kay Forbes, de la Unidad de Personas Desaparecidas, y este es el detective Arty Canza. ¿Podemos pasar?

La detective Kay Forbes tiene una voz potente, con un ligero deje estridente.

No me gusta.

Aunque tampoco tiene por qué caerme bien. Mientras proteja a Sharna durante su regreso con su familia, eso es lo único que importa.

El hecho de que hayan aparecido detectives significa que la reaparición de Sharna es un asunto importante.

Me pregunto si alguien me estará buscando a mí.

Nunca he buscado mi nombre en Google desde la biblioteca porque no quiero dejar rastro. Aunque borrara el historial después,

soy tan paranoica con que me descubran que prefiero no escribir mi nombre en ninguna parte.

—Y tú debes de ser Sharna —dice Kay—. Encantada de conocerte.

La detective habla como si estuvieran coincidiendo en una barbacoa entre amigos y arrugo la nariz con desagrado.

No me fío de los adultos que tratan a los niños con condescendencia.

Y eso es exactamente lo que me transmite.

O quizá simplemente desconfío de todo el mundo y no soporto la idea de perder a Sharna.

—Podemos hablar en el salón —dice Deirdre.

En cuanto oigo pasos y la puerta principal cerrarse, salgo sigilosamente de mi habitación y avanzo descalza hacia el salón para escuchar a escondidas.

Es una estupidez. Y es peligroso.

Si la policía me descubre escuchando, me hará preguntas que no pienso responder.

Pero Deirdre me cubrirá las espaldas. Si me encuentran, inventará alguna excusa.

No es la primera vez que la policía aparece aquí buscando a alguien, aunque normalmente sea por algún delito.

Aun así, Deirdre es la discreción personificada.

Sé que puedo confiar en ella.

Los detectives interrogan a Sharna, preguntándole dónde ha estado, con quién y cómo acabó aquí.

En su favor, se mantiene fiel a la historia que habíamos preparado por si alguna vez nos separaban y acabábamos exactamente en una situación como esta.

Y además se ciñe bastante a la verdad: estaba harta de vivir prácticamente como una prisionera en su propia casa, así que robó dinero al hombre que creía que era su padre y escapó con ayuda de la señora Modd.

En cuanto a cómo llegó a Melbourne, explica que utilizó ese dinero para comprar un billete de tren, llegó a la ciudad y fue pasando por distintos albergues.

No me menciona.

Y ojalá pudiera abrazarla una vez más.

—Gracias por compartir tu historia con nosotros, Sharna. —Kay hace una pausa y se aclara la garganta—. Hay algo que tenemos que decirte y va a ser difícil de escuchar, sobre todo ahora que acabas de descubrir la verdad sobre tu secuestro. Tu madre ha fallecido.

Sharna emite un sonido ahogado antes de romper a sollozar.

Me llevo una mano al pecho, deseando poder consolarla.

—Pero hemos hablado con tu padre y viene conduciendo hacia Melbourne en cuanto le ha sido posible para reunirse contigo. Nosotros estaremos presentes para facilitar ese encuentro. ¿Tienes alguna pregunta?

No puedo creer que la detective hable con tanta frialdad de la muerte de la madre de Sharna.

Aunque supongo que no pueden permitirse mostrar emociones.

Trabajar en la Unidad de Personas Desaparecidas debe de ser horrible.

Estoy convencida de que no resuelven demasiados casos.

Muchas personas desaparecidas, como yo, no quieren que las encuentren.

—¿Qué le pasó a mi madre? —pregunta Sharna con una voz tan baja que apenas la oigo.

Se hace un largo silencio antes de que Kay responda:

—Lo hablaremos cuando llegue tu padre. De momento, ¿puedes recoger tus cosas y venir con nosotros?

Esa es mi señal para marcharme.

Retrocedo despacio, evitando las tablas que crujen, y me escabullo hasta la cocina para que la policía no me encuentre en la habitación que comparto con Sharna.

Apenas llego cuando oigo las pesadas pisadas retumbando por el pasillo.

Los detectives la siguen por si intenta desaparecer otra vez.

—Será solo un momento —dice ella, lanzando una rápida mirada hacia la cocina, como si intuyera que sigo aquí.

—Esperaremos aquí mismo.

Habla el otro detective por primera vez.

Me pregunto si será el encargado de impedir que una persona desaparecida eche a correr.

Sharna no tarda.

Como yo, tiene la mochila preparada por si necesita escapar deprisa.

Cuando sale de la habitación, dice:

—Tengo sed. ¿Puedo beber un vaso de agua antes de irme?

—¿Dónde está la cocina? —pregunta Kay.

Miro a mi alrededor deseando haberme marchado cuando aún estaba a tiempo.

La despensa es el único escondite posible.

Si abro ahora la puerta trasera, las bisagras oxidadas chirriarán lo bastante fuerte como para delatar que alguien ha estado escuchando.

—Justo allí. Se ve desde aquí. La puerta está abierta.

Lista.

Les está demostrando que no piensa huir y que podrán verla en todo momento.

—Date prisa —dice Kay—. Tenemos mucho papeleo por delante.

Retrocedo despacio y abro la puerta de la despensa para esconderme por si los detectives deciden acompañarla.

Pero no lo hacen.

Sharna cruza la cocina hasta el fregadero.

Su mirada se dirige inmediatamente hacia la despensa.

Asomo la cabeza y le hago un pequeño gesto con la mano.

Ella finge no verme mientras coge un vaso del aparador y lo llena del grifo.

Bebe despacio, dándome tiempo para hablar.

—¿Estás bien?

Sharna asiente levemente y levanta el vaso hasta los labios para poder responder detrás del cristal.

—¿Has oído lo que ha dicho la policía?

—Sí.

Siento muchísimo lo de tu madre.

—Yo también.

Las lágrimas vuelven a llenar sus ojos y parpadea para contenerlas.

—Espero que mi padre sea buena persona.

Vaya.

En eso no había pensado.

Y resulta irónico, porque si alguien sabe lo que es tener un mal padre, esa soy yo.

—Todo irá bien, Shar. Iré a verte, ¿vale?

No debería hacer promesas vacías.

Hay muy pocas posibilidades de que gaste mis ahorros, ganados con tanto esfuerzo, en un tren y un autobús hasta un pueblo perdido de Victoria donde llamaré la atención y la gente empezará a hacer preguntas.

—¿De verdad?

Sus ojos se abren de par en par y la esperanza que veo en ellos me destroza.

—Claro que sí. Y no olvides escribirme por correo, ¿de acuerdo? Porque estoy aquí para ti.

Siempre.

Lo digo de corazón.

Esta chica me salvó a mí.

Quién sabe dónde habría acabado si no hubiera llegado por casualidad a aquella estación de servicio.

Sin el dinero que robó a su secuestrador, Fitz, podría haber terminado en cualquier parte, a merced de monstruos como mi padre.

Estoy en deuda con ella.

—Sharna, es hora de irnos —llama el otro detective.

Me contengo para no abrazarla, porque sé que no sería capaz de soltarla.

—Gracias por todo, Tillie —susurra Sharna.

Sonrío y vocalizo en silencio:

«Te quiero».

Su sonrisa vacila.

Apura el agua que queda en el vaso, lo enjuaga y lo deja sobre el escurridor del aparador.

Cuando sale de la cocina, lleva la mano derecha escondida detrás de la espalda y me dedica una pequeña despedida moviendo los dedos.

Es un gesto tan tierno, tan propio de ella, que las lágrimas que llevaba tanto tiempo conteniendo terminan por caer.

La voy a echar muchísimo de menos.

Y, lo que es peor, vuelvo a estar sola.

Hay seguridad en los números, y odio la vulnerabilidad que me envuelve ahora, por muy dura que finja ser.

Sharna ha sido mi red de seguridad.

Sin ella, vuelvo a estar en peligro.

Quizá debería plantearme hacer un viaje a Amberfield.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

CAPÍTULO 22

LAUREN

AHORA

Las mujeres pueden ser unas auténticas víboras.

Las mujeres celosas, todavía más.

En cuanto vi la forma tan posesiva en que Tillie miraba a Caleb, supe que esa tía iba a hacerme la vida imposible.

Da igual que tengamos un certificado de matrimonio con el nombre de Caleb junto al mío; para Tillie no será más que un trozo de papel. Le ha echado el ojo a mi marido y nada la va a hacer cambiar de objetivo.

Ya he calado a mujeres como ella: obsesivas y tenaces, dispuestas a conseguir lo que —o a quien— desean sin importarles a quién tengan que pisotear por el camino.

Las lagartonas que van detrás de hombres casados son las peores.

Y yo debería saberlo.

He estado ahí.

Sé de qué va el juego.

Y llevé el título de amante con orgullo.

Mientras Caleb y yo seguimos a Tillie hacia el interior de la casa, reprimo una sonrisa.

Adelante, zorra. Sorpréndeme.

Ese maquillaje exagerado, el vestido a todas luces excesivo y la forma tan deliberada de ningunearme en cada conversación con

Caleb no han sido casualidad. Todo forma parte de un papel.

Tillie intenta convencerme de que tengo competencia.

Como si lo fuera.

No tiene ni la más remota idea de con quién se está jugando los cuartos, de todo lo que he tenido que tragar para llegar hasta aquí. Y una paleta de un pueblo de mala muerte no va a echar por tierra todo lo que he construido.

Me encantaría verla intentarlo.

Además, la única mujer que realmente me importa aquí es la abuela de Caleb.

Necesito ganármela, sobre todo si pienso vivir bajo su techo durante un tiempo indefinido.

Caleb está encantado de que tenga tantas ganas de estrechar lazos con su abuela. El amor que brilla en sus ojos cada vez que me mira es casi asfixiante. Una adoración tan absoluta que, si soy sincera, me incomoda.

Pero trago con ello.

Porque conseguir que se colara por mí hasta el punto de casarse conmigo siempre fue el objetivo final.

Que mi plan para atraparlo haya salido tan rodado sigue pareciéndome casi un milagro. La suerte nunca ha estado de mi parte; dejé de creer en el destino hace una eternidad.

Ahora soy yo quien se labra el suyo.

Por eso estoy aquí.

Andanadas de realidad. Y pienso quedarme.

—¿Dónde está la abuela? —pregunta Caleb.

Tillie, que me está fulminando con la mirada por encima del hombro, escupe:

—En el jardín trasero. Os está esperando.

—Gracias, Till.

Caleb me aprieta la mano y yo le dedico a Tillie una sonrisa deslumbrante.

Ella responde con un ceño fruncido de manual.

Sí.

Esto va a ser de lo más divertido.

—La abuela te va a adorar —murmura Caleb, más para autoconvencerse que para tranquilizarme.

Espero que tenga razón.

He engañado a mucha gente a lo largo de mi vida.

Pero los viejos suelen ver mucho más de lo que aparentan.

Al bajar de la terraza, me impresiona la inmensidad del jardín trasero. En una esquina destaca un cenador de madera con la pintura blanca desconchada; más allá, una pérgola; al otro extremo, un cobertizo junto a un huerto enorme, dos limoneros y un pequeño manzanal. Entre todo ello se extiende una alfombra infinita de césped perfectamente segado.

Es tan descomunal que unos niños podrían jugar un partido de críquet sin estorbarse lo más mínimo.

Y justo en el centro, con los brazos cruzados mientras contempla sus dominios, está la abuela Esme.

—Ahí está —dice Caleb, tirando de mi mano con la impaciencia de un niño.

Que Esme no haya salido a recibirnos en cuanto hemos llegado me parece una bandera roja.

En nuestras videollamadas siempre se mostró cálida y cercana.

Incluso cuando le soltamos que nos habíamos casado pareció sorprendida, sí, pero sinceramente feliz por nosotros.

¿Será que Esme también sabe actuar tan bien como yo?

Cuando llegamos a su altura, compongo una expresión respetuosa y una sonrisa perfectamente ensayada. Llevo años practicándola delante del espejo hasta poder ponérmela como quien se encasqueta una máscara.

—Te he echado de menos, abuela.

Caleb la estruja en un abrazo.

Ella le corresponde, pero mantiene los ojos clavados en mí.

Tiene una mirada gélida.

Analítica.

No tiene nada que ver con la anciana sonriente que asomaba a la pantalla durante nuestras llamadas.

—Yo también te he echado de menos —dice finalmente.

Se aparta de Caleb y me tiende las manos.

—Y estoy encantada de conocerte por fin en persona, Lauren.

—El placer es mío.

Le tomo las manos y ella tira suavemente de mí hasta envolverme en un abrazo.

La estrujo con fuerza, intentando transmitirle lo encantada que estoy de estar aquí.

Debe de notar algo, porque cuando nos separamos su sonrisa resulta muchísimo más auténtica.

—He estado enredando en el jardín, así que disculpa estas pintas. —Señala su pelo cano, fino y rebelde, que le pincha en todas direcciones como si acabara de quitarse un sombrero—. Entremos a tomar una taza de té mientras me adecento un poco.

Después vuelve a regalarme una sonrisa.

—Y luego, si te apetece, puedo enseñarte la casa.

—Me encantaría.

Caleb nos observa con auténtico orgullo, feliz de ver que las dos mujeres más importantes de su vida parecen hacer buenas migas.

Esme me agarra del brazo mientras caminamos hacia la casa.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, Lauren, pero ¿estás segura de que eso es lo que buscas? Amberfield no es precisamente la alegría de la huerta.

No capto ni un gramo de malicia en sus palabras.

Ni una pulla indirecta para que coja la puerta.

Así que respondo:

—Estoy deseando disfrutar de la tranquilidad. Ya he tenido bastante ciudad para una buena temporada. Además, como soy autónoma, puedo seguir ganándome las habichuelas desde aquí.

—Entonces, bienvenida a Ghost Gum House.

Me suelta el brazo al llegar a la puerta trasera.

—Espero que esta casa te dé el mismo consuelo que siempre me ha dado a mí.

—Gracias.

Estoy segura de que así será.

Mi respuesta suena modesta.

Pero por dentro estoy saboreando la victoria.

Conseguir que la abuela Esme me abra las puertas de su hogar es el primer paso para asegurarme de que podré seguir pegándome la gran vida que tanto me ha costado levantar.

CAPÍTULO 23

CALEB

AHORA

La cena transcurre en un ambiente de lo más apagado. Tillie se ha lucido en la cocina, y se ha encargado de recalcar que ha preparado cada plato con productos cultivados en nuestro jardín: ravioli de calabaza, hamburguesas vegetales con costra de hierbas y *parfaits* de frutos rojos.

He de admitir que como a cuerpo de rey cuando estoy en casa. Tillie siempre ha cuidado de mí, y mientras la ayudo a recoger los platos para que Lauren pueda pasar un rato con la abuela y conocerla mejor, no puedo evitar compararla mentalmente con mi mujer.

Aunque estoy locamente enamorado de Lauren, ella rara vez pisa la cocina. Y es de lo más desordenada: deja la ropa tirada en las sillas, las toallas en el suelo, el maquillaje esparcido por todo el baño. Yo soy un maniático de la limpieza, una manía que me viene de mis años en el internado, así que la convivencia no siempre resulta fácil.

Curiosamente, esta noche solo hemos estado Lauren, Tillie y yo a la mesa. El resto de la gente ha cenado en sus habitaciones. Incluso la abuela se ha escabullido alegando dolor de cabeza. Eso ha creado un ambiente de lo más tenso: Lauren, rígida y educada; Tillie, lanzando pullas pasivo-agresivas; y yo, atrapado en medio, fingiendo risas y forzando la conversación.

Un auténtico suplicio.

No culpo a Lauren por haberse refugiado en nuestra habitación con el pretexto de deshacer las maletas en cuanto terminamos el postre, dejándome a solas para ayudar a Tillie a recoger.

—¿En qué piensas? —Tillie me da un codazo y yo parpadeo, esperando que no pueda leerme los pensamientos en la cara.

Ya siente bastante animosidad hacia mi mujer como para que encima yo la alimente sin querer.

—En Lauren —digo, optando por una verdad a medias.

Arruga la nariz mientras abre el cubo de la basura para tirar los restos de comida, y estoy seguro de que su reacción tiene poco que ver con el olor que emana de la bolsa casi llena.

—Parecéis muy enamorados —dice al fin, dejando los platos en el fregadero con más fuerza de la necesaria.

—Lo estamos —sonrío, esperando que se alegre por mí.

Ella frunce el ceño.

—No me puedo creer que os hayáis casado tan deprisa. ¿Cuánto la conoces en realidad?

—Till, es mi mujer. Sé todo lo que necesito saber.

Emite un bufido con los labios apretados.

—Todo el mundo tiene secretos.

—¿Ah, sí? ¿Andanadas de realidad? ¿Y cuáles son los tuyos?

Me mira fijamente con una lástima apenas disimulada, y un escalofrío inesperado me recorre la espalda.

—No quieres saberlo.

—Ponme a prueba.

No sé muy bien por qué la presiono, pero nunca la había visto así. Tillie es la discreción personificada. Sabe pasar desapercibida, aunque toma las riendas cuando hace falta, como con el jardín. Ese es su territorio, y si alguien se atreve siquiera a arrancar una mala hierba sin su consentimiento, se vuelve sorprendentemente fiera.

—Soy de lo más aburrida comparada con tu mujer —se encoge de hombros, quitándole importancia al extraño momento que acabamos de tener.

—¿Y eso qué significa?

—¿De verdad quieres saberlo?

Me está buscando las cosquillas y no me mola un pelo.

—Llevamos mucho tiempo siendo amigos, Till, así que sabes de sobra que no me van los juegos. ¿Qué está pasando?

Una pregunta absurda, porque salta a la vista.

Está muerta de celos por mi mujer.

Aprieta los labios y la mirada que me lanza mezcla exasperación y rabia.

—De verdad que no te enteras de nada, ¿verdad?

—¿De qué? —niego con la cabeza—. La verdad es que lo único que veo es que Lauren no te entra, aunque acabas de conocerla. ¿Por qué no dejas la hostilidad a un lado y le das una oportunidad, por mí? Somos amigos, y eso es lo que hacen los amigos: apoyarse.

—Tú sí que no tienes ni puta idea —murmura.

No puedo evitar reírme, porque es algo que me ha dicho un montón de veces a lo largo de los años.

Cuando presumía de saber más que yo sobre hierbas y arbustos. Cuando exponía teorías sobre programas de telerrealidad que yo detestaba. Cuando insistía en que controlaba más de masas madre. Se ha convertido en una especie de juego entre nosotros, pero en lo referente a quién conoce mejor a Lauren, yo gano por goleada.

—Espero que seas amable con ella cuando me vaya —digo.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Pronto —hago una mueca—. Mi jefe quiere que vuelva a la oficina. Hay un nuevo proyecto importante que gestionar, aunque podría teletrabajar.

Inclina la cabeza y me estudia.

—Si sois recién casados, ¿por qué cojones se queda Lauren aquí, en el quinto pino, mientras tú te vuelves a la ciudad?

Tillie nunca dice palabrotas, y me quedo a cuadros.

Ignora mi sorpresa y continúa:

—Es raro. Si estáis tan enamorados, ¿por qué no iba a querer estar contigo en vez de quedarse aquí atrapada con tu abuela y un puñado de inadaptados?

No tengo por qué darle explicaciones a esta mujer, por mucho tiempo que nos conozcamos y por mucho que siempre haya mirado por mí. Desde que tenía dieciséis años, cuando Tillie apareció en la

puerta de la abuela y yo regresé del internado, hemos sido uña y carne.

A pesar de haber estudiado en un colegio solo para chicos, nunca me sentí incómodo con ella, porque era facilísimo quererla. Jugábamos al *Scrabble* con la abuela, íbamos en bici al pueblo y volvíamos, pasábamos las tardes en la piscina municipal. Yo nadaba y Tillie tomaba el sol en la colina, lejos del agua por su pánico a la piscina. Le ofrecí enseñarle a nadar varias veces, pero se quedaba paralizada, y supuse que de cría habría tenido alguna mala experiencia con el agua.

En la adolescencia, entre nosotros vibraba una leve atracción, pero nos gustaba tanto estar juntos que ninguno de los dos dio el paso. Además, tenía la sensación de que a la abuela no le habría hecho ninguna gracia que me liara con su primera inquilina. Nunca me lo prohibió, pero a veces la pillaba observándonos con el ceño fruncido.

La abuela no sabe que me acosté con Tillie el año pasado, y pienso mantenerlo en secreto. Se pondría de los nervios, aunque, teniendo en cuenta que nada ha cambiado en la casa, quizá ya dé lo mismo. Somos adultos.

Los ojos de Tillie se entornan y caigo en la cuenta de que no he respondido a su último comentario, perdido en los recuerdos de nuestra amistad.

—Creo que es un detalle que Lauren quiera conocer mejor a la abuela. Y nuestra relación es lo bastante sólida como para aguantar unas semanas separados de vez en cuando.

Tillie resopla.

—Sólidísima, para lo poco que os conocéis.

Soy una persona tranquila. No me suelo picar con facilidad, pero la tirria constante de Tillie hacia Lauren empieza a tocarme la moral.

—Tillie, te lo digo con todo el cariño del mundo, pero tienes que dejar de meterte en mi matrimonio —hago una pausa para que mis palabras calen—. Si no, acabará pasando factura a nuestra amistad, y estoy seguro de que ninguno de los dos quiere eso.

En respuesta, rompe a llorar y sale pitando hacia el cobertizo del jardín.

CAPÍTULO 24

TILLIE

ENTONCES

Voy a la biblioteca todos los santos días para revisar la cuenta de correo que me abrí al día siguiente de que Sharna se marchara.

No sé si no haber recibido noticias suyas es buena o mala señal. Pero me gusta imaginármela viviendo en una casa enorme, en una habitación equipada con su tele y su ordenador, un armario lleno de ropa a estrenar y una paga que no se acabe nunca. Probablemente la realidad no tenga nada que ver, pero soñar es gratis, y espero que cuando me escriba pueda vivirlo todo a través de ella.

En mis momentos más delirantes, me da por pensar que tiene una habitación libre y que me invitará a quedarme. Que volveremos a pasar el rato juntas como estos últimos meses. Que nos daremos las tantas de la madrugada hablando, nos obsesionaremos con el último grupo de moda y nos inflaremos a caramelos siempre que nos dé la gana.

Nunca he sido de hacerme castillos en el aire, porque ¿para qué prepararme para el trompazo si nada de eso va a hacerse realidad? Pero si Sharna ha podido reencontrarse con su padre después de tantos años, quizá también haya algo bueno esperándome a mí a la vuelta de la esquina.

Deirdre se está portando muy bien conmigo: me guarda raciones extra de espaguetis a la boloñesa para cenar y me prepara un par de sándwiches de jamón y queso para comer. No mienta a Sharna, pero la pillo lanzándome miradas de pena de vez en cuando, como si le diera lástima. No necesito su compasión, pero le agradezco que no intente sacarme conversación ni espere que me ponga a parlotear con ella. Es muy lince para esas cosas.

Se me hace rarísimo tener una habitación para mí sola, y sé de sobra que el chollo no va a durar mucho. La próxima vez que entre una chica nueva en el piso de acogida, la meterán conmigo. Con el tipo de gente que recala por aquí ahora mismo, podría ser cualquiera: desde una presa recién salida de la trena hasta una yonqui en desintoxicación. Deirdre acoge a todo hijo de vecino. Es la persona menos prejuiciosa que he conocido en mi vida. Nadie sabe cuál es su historia. Se lo pregunté una vez —de dónde era, cuánto llevaba viviendo en Melbourne, si tenía familia— y me cerró la puerta en las narices con una sonrisa misteriosa y una respuesta esquiva:

—Soy una mujer de misterio.

Teniendo en cuenta que es la dueña de este caserón antiguo en una ciudad donde el valor del suelo está por las nubes y los precios de la vivienda son prohibitivos para familias con dos sueldos, supongo que heredó el sitio. Rondará los cincuenta, no tiene pareja ni hijos, así que quizá nosotros seamos lo más parecido a una familia para ella y decidió dedicar su vida a echar un cable a quienes han tenido menos suerte.

Sea cual sea su historia, le estaré eternamente agradecida por darme un techo, comida caliente y un refugio seguro al que volver al final de cada turno. Estoy ahorrando como una descosida, gastando solo en lo estrictamente necesario, como los artículos de aseo, e incluso en eso miro el céntimo, porque ya he consultado cuánto me costaría plantarme en Amberfield si algún día decido ir a ver a Sharna, y es un pico que no me quiero gastar.

Al quinto día de marcharse Sharna, entro en la biblioteca del barrio. Arrugo la nariz por el olor a cerrado de los libros viejos, pero me flipa el silencio. El zumbido de un aparato de aire acondicionado es el único sonido mientras me dirijo a los cubículos de los

ordenadores. Ocupan toda una pared y doblan la esquina, de modo que quienes no quieren que los mirones husmeen en sus búsquedas pueden navegar en paz.

Son poco más de las seis, el momento idóneo para pillar ordenador sin aguantar miradas curiosas, porque la mayoría de la gente está en casa cenando. Esa es otra de las grandes virtudes de Deirdre: sabe que mis horarios en el coreano varían un montón y que suelo rebañar todas las horas extra que me ofrecen, así que me deja la cena guardada en el horno. Es un sol.

El estómago me ruge solo de pensar en lo que toca esta noche —pollo teriyaki— y me apalanco en el primer ordenador escondido tras la esquina, dispuesta a liquidar una búsqueda rápida antes de volver.

Introduzco mi usuario y mi contraseña para acceder a Gmail, y el corazón me da un vuelco cuando veo que tengo un correo de TillSavedMe2011.

Me tiembla la mano mientras muevo el ratón hasta dejar el cursor sobre el mensaje antes de hacer clic. Espero encontrarme un testamento de Sharna: cómo es su casa, lo maravilloso que es su padre y cómo la ha recibido con los brazos abiertos, si le caen bien los vecinos, si está pensando en ir a un instituto normal por primera vez, las ganas que tiene de buscarse un curro a tiempo parcial...

En cambio, el estómago se me encoge de pura angustia al leer la única palabra que ha escrito:

AYUDA.

CAPÍTULO 25

LAUREN

AHORA

Caleb me ha puesto al día sobre el número de acogidos que viven en Ghost Gum House. Tillie fue la primera alma en pena a la que Esme dio cobijo hace años, y desde entonces muchos han ido y venido. La casa está casi llena en este momento, y menos mal que nos quedamos en la antigua habitación de Caleb. Es descomunal y tiene baño privado propio.

Aunque pienso echar la llave por dentro, por si acaso a Tillie le da por cambiarme el champú por crema depilatoria.

Menuda mirada me clavó cuando llegamos, y otra igual durante la cena de anoche...

Necesito arrimarme a Esme para sonsacarle información sobre su inquilina más veterana. No tengo la más mínima intención de que me pillen con la guardia baja por culpa de lo que sea capaz de soltar una mujer muerta de celos.

La cena de anoche fue un cuadro: solo Tillie, Caleb y yo. Me sentó como una patada que Esme no se uniera a nosotros, y ya temía que le cayera mal. Pero esta mañana se me ha acercado en el desayuno y se ha ofrecido a enseñarme la casa, así que le he dado el beneficio de la duda con lo del dolor de cabeza de anoche. En cuanto a los demás que viven aquí, tampoco asomaron por la cena, lo que me hace pensar que todos son conscientes de la posesividad

descarada de Tillie hacia Caleb y de sus celos hacia mí, y prefirieron evitar el percal.

—La mayoría de los inquilinos están hoy en el pueblo, pero algunos andan por aquí —dice Esme, mientras me guía por la cocina hacia la parte delantera de la casa—. Espero que nuestra familia extendida, como me gusta llamarla, no te resulte demasiado pintoresca.

Me observa con lupa, calibrando qué clase de calaña soy, así que le dedico mi sonrisa más radiante.

—No soy de juzgar a nadie. Casi todos tenemos un pasado que preferiríamos enterrar o del que preferimos no piar.

Las cejas de Esme se elevan levemente.

—¿Ah, sí?

—Desde luego —me llevo una mano al pecho—. Espero que, en cuanto tengamos más confianza, puedas apoyarte en mí igual que han hecho los demás.

—Me gustaría —dice, aunque mantiene los ojos entornados, como si no terminara de tragárselo—. Sé que comentaste que querías instalarte aquí mientras Caleb va y viene por trabajo, pero ¿estás segura, Lauren? La vida aquí es plana. Sosegada. Puede ser un hachazo si estás acostumbrada al ritmo de la ciudad.

—Segurísima.

Mi respuesta es rápida y tajante. Tengo que estar aquí por narices. Esme descubrirá pronto el motivo.

Parece quedarse conforme con mi respuesta.

—En Amberfield han abierto un pub gourmet que quizá te interese. Pero para ropa solo hay una boutique, así que probablemente lo mejor sea tirar de internet.

—Tengo ropa para aburrir —señalo el modelito que he elegido a conciencia para hoy: una conservadora falda negra hasta la pantorrilla, un top color marfil sin mangas y manoletinas. Sencillo, discreto, pero elegante—. Aunque pienso arrimar el hombro en el jardín, así que quizá necesite unos guantes y demás.

—En el cobertizo encontrarás todo lo que te haga falta; solo ponte ropa vieja. —Hace una pausa—. Tillie es nuestra jardinera residente. Ella lleva la voz cantante y el resto ayudamos.

Ya lo sé porque Caleb me ha hablado de la obsesión de Tillie por el jardín, advirtiéndome de que no corte hierbas, hortalizas ni flores sin consultárselo antes. Después de su gélida bienvenida de ayer, la tentación de pillar una guadaña y decapitar sus rosas es enorme, pero no soy imbécil. Aquí estoy jugando a largo plazo.

—En realidad, nunca he tocado una planta, pero siempre me ha picado la curiosidad, así que agradeceré cualquier consejo que Tillie quiera darme.

Esme sonríe de oreja a oreja, como si supiera algo que yo ignoro.

—Entonces va a disfrutar de lo lindo dándote lecciones. No hay nada que le guste más a Tillie que mirar por encima del hombro a los novatos en jardinería.

Me río, y Esme se une a mí. Es un breve momento de complicidad que pienso explotar.

—Los demás están en el salón ahora mismo, planificando los menús del mes que viene —dice—. Tillie y yo nos encargamos de la mayor parte de la cocina, pero todos arriman el hombro, y nos resulta más fácil organizarnos para que yo pueda comprar provisiones al por mayor. Así sale más a cuenta.

—Debe de costar un ojo de la cara dar de comer a tanta gente.

Se encoge de hombros, quitándole importancia a su generosidad.

—Vamos tirando. Quienes pueden permitirse aportar algo al bote con sus pensiones del gobierno lo hacen, pero no es ningún requisito para quedarse aquí.

—Caleb y yo contribuiremos sin falta.

—No será necesario, cielo —me da unas palmaditas en el brazo —. A la familia no se le cobra.

—Es un detallazo por tu parte, pero puedo permitirme ayudar, y quiero hacerlo —bajo la mirada en señal de deferencia—. Ya va siendo hora de devolver el cable, sobre todo porque en el pasado me beneficié de la bondad de desconocidos que me tendieron la mano. Es algo en lo que creo firmemente, y en parte por eso quiero quedarme aquí mientras Caleb viaja a la ciudad por trabajo.

Cuando levanto la vista para cruzar mi mirada con la suya, veo que está impresionada.

—No mucha gente piensa como tú, sobre todo hoy en día. Todo gira en torno a las posesiones y a acaparar cosas. —Su sonrisa es suave, llena de comprensión—. Creo que nos vamos a llevar a las mil maravillas, Lauren. Bienvenida a la familia.

—Gracias.

Estoy pletórica cuando llegamos al final del pasillo y ella abre la puerta del salón.

—Ven a conocer a la tropa —dice—. ¿Te ha contado Caleb quién vive aquí ahora mismo?

—Mi marido es un hacha para los nombres —digo, y Esme se ríe —. Me comentó que hay unas cuantas chicas y hombres, y que Tillie lleva aquí desde el año de la polca.

La expresión de Esme se ablanda cuando menciono a Tillie.

—Esa cría es especial. Y me gusta pensar que ella me ha ayudado a mí tanto como yo la he ayudado a ella.

Vaya, supongo que no puedo soltarle a Esme que Tillie bebe los vientos por mi marido y cuánto me aborrece.

Es vital controlar este tipo de información si quiero ganarme a Esme. No puedo arriesgarme a poner en mi contra a la única persona a la que necesito camelar en esta casa.

—Bueno, ven a conocer a la pandilla —Esme abre la puerta del salón y vislumbro a dos mujeres jóvenes revisando una hoja de cálculo y a un hombre de pelo oscuro sentado de espaldas a mí.

—Esta es Gianna y esta es Ria —dice Esme, señalando a las mujeres, que levantan la cabeza a la vez para escanearme con total curiosidad—. Chicas, ella es Lauren, la mujer de Caleb.

—Hola —dice Gia, al mismo tiempo que Ria suelta un:

—Buenas.

Las tres nos reímos.

Curiosamente, Ria podría pasar por hermana de Tillie, de lo mucho que se parecen sus rasgos. Espero que no sean familia, porque es lo último que me faltaba: una doble taza de veneno. Aunque estoy siendo boba. Caleb me habría dicho si Tillie tuviera una hermana viviendo aquí.

—Y este es Owen —dice Esme.

Es un nombre lo bastante común como para que no le dé la mayor importancia, hasta que el hombre se levanta y se da la vuelta para mirarme de frente.

No puede ser.

Un sudor frío me recorre el cuerpo y un extraño zumbido en los oídos me marea por completo.

¿Qué probabilidades hay de que el hombre casado al que elegí para tener una aventura, el mismo al que la policía trincó bajo sospecha de asesinar a su esposa, esté viviendo en esta casa?

Owen finge no conocerme de nada.

—Encantado de conocerte —dice, tendiéndome la mano para que se la estreche, y mientras cruzo la habitación hacia él, no sé muy bien cómo capear este temporal.

Se ha adelantado a que nos pillen en un renuncio actuando como si fuéramos desconocidos, obligándome a seguirle el rollo, y si hay algo que detesto es perder el control.

Necesito llevar la voz cantante. Después de que me hayan pisoteado toda la vida, es algo fundamental para mi salud mental.

—Igualmente —digo, apretando los dientes mientras le estrecho la mano. No porque su contacto me afecte físicamente, sino porque estoy que trino y completamente atónita.

No soporto que me pillen en bragas.

Esme no tiene ni repajolera idea de mi historia con Owen, pero esta es la manera que tiene el destino de reírse de mí en mi puta cara.

—Owen se encarga de la mayor parte del trabajo duro por aquí —dice Esme, ajena a la tensión que se corta con cuchillo entre los dos—. Ha sido un regalo del cielo, con Caleb casi siempre fuera.

Es una pulla sutil dirigida a mí, como si hubiera acaparado todo el tiempo de su nieto, pero lo paso por alto. Caleb está muy unido a Esme, y no tengo ninguna intención de meterme entre ellos. Mi plan depende de unir a esta familia, no de dinamitarla.

—Qué bien —digo, mientras la piel se me eriza bajo la intensidad de la mirada de Owen.

Si está intentando descifrarme y averiguar qué pinto aquí, que tenga suerte.

—Owen, ¿por qué no le enseñas a Lauren el cobertizo y lo que estás tramando?

Lo último que quiero es quedarme a solas con Owen, pero me dará la oportunidad de cantarle las cuarenta e interrogarle.

—Buena idea —dice Owen, con una sonrisa babosa.

Por supuesto que al imbécil le parece una idea cojonuda. También es una oportunidad para interrogarme a mí.

—Hasta luego, cielo —Esme me da un apretón en el brazo, y su mirada es completamente limpia.

Su confianza en mí me provoca un momentáneo pinchazo de culpa por lo que estoy a punto de liar, pero no puedo dejarme amedrentar. No he remado tanto para ahogarme en la orilla.

No voy a permitir que nada ni nadie haga descarrilar la vida que me he montado.

Owen y yo guardamos silencio hasta que salimos de la casa y cruzamos el jardín hacia el rincón más alejado, donde el cobertizo se asienta sobre un pequeño repecho. Está en ruinas, con la puerta de chapa ondulada descolgada y los canalones comidos por el óxido.

Al llegar, Owen se vuelve hacia mí.

—¿Eres algún tipo de psicópata que me está pisando los talones?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro, por eso me casé con Caleb, porque sabía que su abuela era la dueña de esta casa y que tú te escondías aquí.

Resoplo.

—Madura de una vez, Owen. El mundo no gira a tu alrededor.

—En algún momento, para ti sí —su mirada se vuelve lúbrica cuando se fija en mi boca antes de volver a mirarme a los ojos.

—¿Qué haces aquí, de todas formas? La última vez que supe algo de ti, la pasma te había trincado bajo sospecha de asesinato.

—No tenían pruebas suficientes para empapelarme —se encoge de hombros—. Mi mujer sigue desaparecida.

—Se nota que estás roto de dolor.

Se ríe ante mi sarcasmo, y me cuesta no dar un paso atrás. ¿Cómo coño dejé que este tipo me pusiera la mano encima? Prefiero ignorar la respuesta obvia: los billetes.

—El hecho de que estuviera teniendo una aventura contigo debería darte una pista de que nuestro matrimonio estaba prácticamente muerto antes de que ella desapareciera. Así que si se ha largado y, de alguna forma retorcida, intenta meterme en un marrón por ello, es su problema.

Se me arquean las cejas.

—¿Crees que eso es lo que ha hecho?

—¿Quién coño lo sabe? —su expresión se vuelve sombría—. Pero no ha tocado sus cuentas bancarias, así que la policía huele que hay gato encerrado.

Reprimo un escalofrío porque no tengo ni la más remota idea de si Owen dice la verdad o miente como un bellaco.

—¿Por qué has fingido que no nos conocíamos cuando Esme nos ha presentado?

—¿De verdad querías que todo el mundo se enterase de que compartimos colchón?

—No, pero ahora estoy metida en un embolado sin comerlo ni beberlo.

Su boca se tuerce en una mueca astuta.

—¿Y tú nunca le mientes a tu marido? Qué enternecedor.

—Mi matrimonio no es de tu incumbencia.

Sueno especialmente borde porque Owen ha dado en el clavo. Le miento a mi marido todos los santos días y, como Caleb es un cacho de pan, me da asco de mí misma. Puedo ser todo lo despiadada que haga falta para salirme con la mía, pero tengo escrúpulos.

—Caleb no parece tu tipo —dice Owen, con una suficiencia que me revuelve las tripas—. Aunque, bien pensado, dado que va a heredar este caserón, quizá sí lo sea.

Mortificada porque me ha calado a la primera, digo:

—¿Te crees que estaba contigo por tu dinero?

—Lo sé —hace un gesto de espantar moscas con las manos—. Pero no te preocupes, Lauren. Tu secreto está a buen recaudo conmigo.

—Yo no tengo ningún secreto.

Su carcajada me sobresalta.

—No añadamos «mentirosa» a tu currículum de «cazafortunas».

No soy una persona violenta, pero me entran unas ganas locas de calzarle una hostia. Bien fuerte.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí —digo, cambiando de tercio—. ¿Qué hace un tío con pasta en un piso de acogida?

Sus ojos se endurecen como el acero.

—A ti no te debo ninguna explicación.

—En realidad, sí me la debes. Porque no tengo nada que perder si voy a Esme y le cuento de qué nos conocemos. Pero tú, en cambio... —dejo la frase en el aire, observando cómo su cara se tiñe de un rojo furioso—. Tiene que haber una razón por la que te escondes aquí, y quiero saber cuál es.

—No me busques las cosquillas —su voz es baja, apenas un gruñido, y reprimo el impulso de dar un paso atrás—. Cuando la policía terminó conmigo, perdí el curro y alquilé la casa porque estaba hasta los cojones de que los vecinos me miraran de reojo.

Se pasa el dedo por el cuello.

—Busqué sitios donde desaparecer por internet y di con Ghost Gum House. —Señala la casa por encima de mi hombro—. Este sitio es un refugio para quienes no quieren que los encuentren.

Tiene razón, pero sigue ocultando algo. Lo huelo.

—¿Le has contado algo a Esme sobre tu pasado?

—No, y quiero que siga así. —Da un paso amenazante hacia delante, invadiendo mi espacio vital, y esta vez me aparto de él—. Lo digo en serio, Lauren. Necesito un respiro, y de eso trata mi estancia aquí. No se te ocurra jodérmelo.

Un miedo real me recorre la espina dorsal al ver el brillo de loco que tiene en los ojos y, en ese momento, pienso que Owen es perfectamente capaz de haber matado a su mujer y de haberse escondido aquí para escapar del marrón.

—No diré ni mu —levanto las manos en señal de paz—. Tú no te metas en mis asuntos y yo no me meteré en los tuyos.

—Buena chica.

Me estremezco al recordar que me llamaba así en la cama, y su mirada babosa regresa, poniéndome la piel de gallina.

—¿Quieres ver lo que he hecho? —Se da la vuelta para abrir la puerta del cobertizo y exhalo aliviada.

No habría nada que me apeteciera más que correr hacia la casa y meterme bajo una ducha hirviendo para borrar el recuerdo de este tío de mi piel, pero Esme me preguntará qué me parece el trabajo de Owen y tendré que inventarme algo.

—¿Qué pasa, que ahora eres carpintero?

—Resulta que tengo mano para la madera. —Da al interruptor junto a la puerta, inundando el taller de luz—. ¿Qué te parece?

El cobertizo alberga varios muebles, desde una mecedora hasta un juego de mesas nido. Las herramientas eléctricas cuelgan ordenadas en una pared, cada una con su silueta pintada, y en el centro destaca un torno para madera.

—Están muy currados —digo, y lo digo en serio.

—Me mantienen alejado de los problemas. —Me guiña un ojo, y la arcada me sube a la garganta—. Asegúrate tú también de no buscarte líos aquí, Lauren, o lo próximo que fabrique podría ser un ataúd.

Suelto una risa forzada mientras pienso: *«Tú estarás en un ataúd antes que yo, pedazo de cabrón.»*

CAPÍTULO 26

CALEB

AHORA

Hay un ambiente extraño en Ghost Gum House.

Como si todo el mundo caminara sobre cáscaras de huevo.

Recuerdo que Owen me dijo algo parecido hace unos seis meses, pero por suerte no ha pasado nada malo en todo este tiempo. La salud de la abuela no ha empeorado, que es precisamente por lo que sigue dando largas a la venta de la casa. Eso, y que yo tampoco he presionado para quitárnosla de encima, porque he estado completamente absorto en mi torbellino de relación con Lauren.

Tillie me ha ido manteniendo al tanto porque confío plenamente en ella para que vigile a la abuela cuando no estoy. No le he dicho abiertamente que no me fío un pelo de Owen, pero la forma en que le pregunto por los demás inquilinos cada vez que hablamos deja claro que tendría que ser tonta para no pillar mi animosidad hacia él; y Tillie tendrá muchas cosas, pero tonta no es.

Lo único que me resulta raro es la reacción que tuvo cuando mencioné que Ria podría pasar por su gemela. Se rio y cambió de tema de inmediato, sin querer reconocer el parecido. También me cantó las cuarenta, diciéndome que me metiera en mis asuntos en lo que respectaba a los inquilinos y que no esperara que me hablara de

ellos. Es comprensible, pero era un comentario sin importancia que ella sacó de quicio de forma desproporcionada.

Desde entonces ando un poco con pies de plomo con ella, y me pregunto si por eso noto esa atmósfera tan rara en la casa. La abuela y Tillie representan el hogar para mí, así que si algo no encaja… no es nada evidente, más bien una corazonada. Curioso, teniendo en cuenta que Lauren se ha adaptado a las mil maravillas a la casa, con mucha más facilidad de la que esperaba.

No es que me preocupara la acogida de la abuela, pero Tillie sigue siendo un foco de inquietud. Siempre me ha parecido encantadora, pero la forma en que fulmina con la mirada a Lauren… resulta desconcertante.

Después de nuestra conversación de hace unos días, Tillie me ha estado esquivando. Cuando salió corriendo a moco tendido, no fui detrás; preferí darle margen para que aclarara sus sentimientos. Porque eso es lo que supongo que hay detrás de su tirria hacia Lauren y de sus puyas hacia mí: está muerta de celos porque todavía siente algo por mí.

Si Lauren se ha coscado, no ha soltado prenda. Está demasiado ocupada haciendo de nieta perfecta con Esme. Esa es la sensación que me da: que mi mujer está interpretando un papel, y no sé si poner las cartas sobre la mesa o no.

En cuanto a la abuela, sé que me oculta algo. Tengo que marcharme pronto y quiero tirarle de la lengua. Pero me da la espina de que me está evitando, y por eso hoy me la llevo al pueblo, a solas.

Se sube al coche con los auriculares ya puestos, sintonizada con uno de los muchos pódcasts a los que está enganchada. La comedia y el *true crime* son sus vicios confesos, así que la dejo a su bola. Ya tendremos tiempo de charlar cuando estemos en Amberfield, sobre todo cuando vea adónde la llevo.

Tengo tiempo para darles vueltas a mis decisiones durante los diez minutos de trayecto hasta el pueblo. Ha llegado la hora de vender la casa. Desde nuestra primera visita a la inmobiliaria hace un tiempo, el tema se ha quedado estancado. Mi contacto en Sídney, el intermediario, no tenía ningún interés en colocar una casa en la

zona rural de Victoria, y la abuela se negaba en redondo a que Morty o Sam Cerri gestionaran la venta. Tampoco insistí mucho porque, en cuanto conocí a Lauren, me nubló el sentido y apenas tuve tiempo para nada más, incluida la venta de la propiedad.

Pero ahora que hay una nueva agente inmobiliaria en el pueblo, espero que la abuela meta el acelerador. A pesar de haber sacado ella misma el tema de poner Ghost Gum House en el mercado hace seis meses, desde entonces no ha movido un dedo.

Y sé perfectamente por qué. La idea de dejar en la calle a sus inquilinos debe de ser un trago terrible para ella. Tiene demasiado buen corazón para su propio bien, y por eso tengo que tomar yo las riendas. Si no insisto en la venta, su salud podría seguir cuesta abajo y me niego a que eso ocurra. Por el tiempo que le quede, quiero que alguien mire por ella, igual que ella ha mirado por los demás todos estos años.

Mientras aparco frente a la oficina de la inmobiliaria, la observo de reojo. Mueve los labios ligeramente, como si fuera siguiendo el pódcast en voz baja, pero mantiene los ojos cerrados, lo que acentúa las arrugas que le nacen en las comisuras. Además, está más pálida de lo habitual, y mi determinación se afianza.

Ghost Gum House se va a vender más pronto que tarde.

Le toco el brazo para llamar su atención y abre los ojos de golpe; me descoloca el destello de miedo que veo en su mirada.

¿Qué motivos tiene mi abuela para estar asustada?

Se quita los auriculares y los guarda en la funda antes de girarse hacia mí. Su mirada se desliza por encima de mi hombro hacia el edificio que tenemos detrás y asiente, como si se lo hubiera olido.

—Quieres vender la casa —dice, con un hilo de voz cansada.

—No creo que sea tanto un querer como una necesidad, abuela —le doy una palmadita en la mano, que descansa en su regazo—. Estoy preocupado por ti, y creo que va siendo hora de que te cuiden, en lugar de ser tú quien cargue con el resto. No olvides que fuiste tú quien abrió el melón hace seis meses; si no ha salido adelante antes ha sido por mi culpa, que he estado hasta arriba.

—Pero Tillie, y los demás… —Se interrumpe, y la culpa le acentúa las arrugas de la frente.

—No te comas la cabeza por ellos. Tendrán tiempo de sobra para buscarse otro sitio.

Se desinfla ante mis ojos.

—Sé que tienes razón, y fui yo la que quiso dar el paso hace medio año. Pero pensar en decírselo a Tillie… Ese lugar es tan su hogar como el nuestro.

—En realidad, abuela, no lo es. Es alguien de quien te compadeciste hace años, y el hecho de que se haya quedado no le da ningún derecho a pinchar ni cortar en lo que pase con la casa —le doy otra palmadita en la mano—. Solo tú y yo cortamos el bacalao aquí, y ha llegado el momento.

Se queda en silencio un buen rato antes de claudicar con la cabeza.

—Sé que tienes razón. Últimamente no me encuentro bien y levantarme de la cama cada día es un mundo.

Preocupado, contengo la ansiedad que me muerde por dentro.

—¿Has ido al médico?

Asiente.

—Después de tu última visita, en la que viniste tan mandón como de costumbre diciéndome que fuera al médico, fui. Nada del otro mundo, solo el hierro bajo, el colesterol elevado y la tensión alta. El colesterol y la tensión los tengo a raya con pastillas, y Tillie me prepara unos brebajes herbales de sabor espantoso que se supone que suben el hierro y son buenos para el bienestar general.

—¿Y te están haciendo algo?

Le cuesta admitir la verdad, pero al final suelta:

—No. Sigo por los suelos todo el día.

—Entonces hay que volver al médico y hacerse una analítica completa para mirarlo todo bien.

Sus labios se tuercen en una mueca de ironía.

—Cuando dices «con todo», prefiero que me hables de una hamburguesa completa y no de un médico.

Me río y me inclino por encima de la consola para estrujarla en un abrazo.

—Lo eres todo para mí, abuela. Y quiero tenerte a mi lado el mayor tiempo posible —hago una pausa antes de lanzar mi as bajo

la manga—: porque estoy seguro de que te encantaría ser bisabuela.

Abre los ojos de par en par y su palidez resulta aún más preocupante mientras me mira con la boca abierta, completamente pasmada.

—¿Lauren está embarazada?

—No, pero ese es el plan a medio plazo, y queremos que formes parte de la vida de nuestro bebé.

—Tenéis tiempo de sobra para tener críos. Disfrutad primero de vuestro matrimonio.

Para mi sorpresa, no se muestra tan ilusionada como esperaba. A la abuela le vuelven loca los bebés y siempre se deshace en atenciones con cada nueva madre del pueblo. Espero que su reticencia no sea porque Lauren no le entra del todo, sino más bien porque quiere que nos consolidemos como pareja antes de dar el paso.

—¿Tú crees que estos recién llegados son de fiar? —Señala el escaparate, donde apenas se exponen unas pocas casas y terrenos en venta—. Por muy pelotas que sean Morty y Sam, conocen Amberfield y los alrededores al dedillo.

—He investigado a Elaine Russli. Ha colocado un montón de propiedades por toda Victoria y ha trabajado con varios de los grandes promotores inmobiliarios que compran fincas como la nuestra con vistas a expandirse. Se ha instalado aquí porque la familia de su marido está en Ballarat y la suya en Bendigo, así que quería vivir a mitad de camino.

—Tiene sentido. Además, prefiero dejarle la comisión a una mujer con familia.

Yo también contaba con eso, por eso pedí cita con ella.

Ayudo a la abuela a salir del coche y noto que se apoya con fuerza en mi brazo; cuando empujo la puerta de la inmobiliaria, necesita bastante ayuda para salvar los dos escalones de la entrada. Una recepcionista jovencita con una permanente idéntica a las de los años ochenta nos da la bienvenida y nos pasa a un despacho acristalado detrás de un separador de plantas.

Para mi tranquilidad, Elaine Russli es una mujer de cuarenta y tantos, directa y sin rodeos, que desde el primer minuto saca pecho

con sus credenciales. Nos desgrana su plan de marketing para Ghost Gum House, los plazos que maneja para la venta, el interés que ya ha mostrado un promotor y, para redondear la jugada, nos rebaja tres cuartos de punto de su comisión.

La abuela queda convencida, pero a pesar de las prisas que tengo por vender, no soporto que me metan presión para firmar papeles importantes sin leerme cada línea, incluida la letra pequeña. Así que nos guardamos la carpeta, le agradecemos a Elaine que nos mande las copias digitales por correo y le aseguramos que estaremos en contacto.

Al salir de la oficina, la abuela vuelve a colgarse de mi brazo y mi preocupación latente se dispara.

—Iba a proponerte tomar un café, pero igual es mejor que vayamos directos a casa.

—Sí, cielo, lo prefiero —hace una mueca de dolor—. Pensar en perder el único hogar que he conocido me está dando dolor de cabeza.

—¿Qué te parece si visitamos la urbanización para jubilados en los próximos días y luego firmamos los papeles? Así verás cómo va a ser tu nueva casa antes de meterle mano a la venta de la vieja, y a lo mejor te quitas un peso de encima.

Me dedica una sonrisa lánguida.

—Me parece un buen plan.

—¿Quieres que me encargue yo de decírselo a Tillie y a los demás?

—No, ya lo hago yo. Se lo iré soltando poco a poco, para que vayan estando sobre aviso.

—Hay un centro nuevo en Ballarat que acoge a inquilinos y personas en situaciones difíciles —he hecho los deberes por si la abuela se echaba atrás en el último segundo—. Si a alguno le cuadra, me encargo yo mismo de mover los hilos y facilitar el traslado.

Llegamos al coche y le abro la puerta del copiloto. Me da una palmadita en la mejilla antes de subirse.

—Eres un buen chico, Caleb. Lauren tiene suerte de tenerte.

—El afortunado soy yo —digo, y para mi desconcierto, la abuela se llama a silencio en lugar de darme la razón.

Lauren no ha soltado prenda sobre ninguna tensión entre ellas. Aunque, bien pensado, ¿lo haría? Desde que pisamos Amberfield, Lauren ha sido la paciencia y la complacencia personificadas, a pesar de la hostilidad flagrante de Tillie. Se ha metido en el bolsillo a Peony y a Jas, que comparten su vicio por los realities malos. Ria y Gianna se lo pasan bomba jugando al *whist* con ella, e incluso Des suaviza el gesto cuando ella está delante.

Owen es el único que la evita deliberadamente, aunque nunca llega a ser maleducado. Al contrario que Tillie. Tendré que tener otra charla con ella antes de marcharme, y sé perfectamente dónde ponerle la cita.

Uno de nuestros rincones favoritos de adolescentes era el estanque que hay al fondo de la finca. No cubre mucho y resulta de lo más agradable en verano. Tillie y yo pasamos allí horas muertas. Yo nadaba, picándola para que metiera aunque fuera un pie, pero nunca hubo manera; después nos dábamos el lote a hablar durante horas tumbados en las toallas a la orilla. Tenía la idea de llevar a Lauren allí antes de irme, pero urge más tener una conversación a solas con Tillie para asegurarme de que mi mujer va a estar tranquila mientras yo no esté.

Porque me da la espina de que, en cuanto Tillie descubra que está a punto de quedarse sin el único sitio al que llama hogar, va a brotar.

La última vez que saqué el tema, hace seis meses, me miró como si me hubiera convertido en su peor enemigo. Aunque a Tillie no le entre Lauren, debe de estar dando palmas con que Lauren me tenga distraído, porque he estado tan encandilado con nuestra nueva vida que dejé la venta de la casa en punto muerto.

Y viendo que la abuela se lo tomaba con calma, Tillie debió de pensar que habríamos aparcado la idea por completo.

Nuestro plan va a ser un jarro de agua fría para Tillie, y solo espero que no le busque las cosquillas a la abuela.

No lo voy a consentir.

CAPÍTULO 27

TILLIE

ENTONCES

Estoy muerta de miedo.

Para que Sharna solo haya enviado una palabra, «ayuda», en su correo electrónico, las cosas deben de estar muy mal.

Teniendo en cuenta todo lo que hemos pasado juntas, mi amiga habría dado más detalles si hubiera podido. Sabe que me preocupo y que querría conocer cada detalle de su regreso a casa.

Esperaba un correo largo lleno de divagaciones emocionadas sobre su casa, su pueblo, su padre. En cambio, su súplica de una sola sílaba me desconcierta.

Sharna no es dada a los aspavientos. De las dos, ella es la tranquila. Incluso cuando huíamos de Fitz en la estación de servicio, se mantuvo serena, como si estuviéramos viviendo una aventura divertida. Al llegar a la ciudad, se mostró estoica y se puso manos a la obra para encontrarnos alojamiento y trabajo.

Puede que yo sea la terca e independiente, pero Sharna es la que tiene la cabeza fría, lo que significa que el hecho de que me pida ayuda es señal de que su vida ha dado un giro muy malo.

Mis pensamientos se centran al instante en su padre.

Si alguien sabe lo que es tener un padre inútil, esa soy yo.

Pero la detective Kay dijo que facilitarían el reencuentro entre Sharna y su padre. ¿No habrá investigado la policía al tipo para ver si era un padre adecuado?

Aunque, bien pensado, la gente es muy hábil a la hora de ocultar sus verdaderas intenciones. Lo que vemos de las familias como simples observadores puede ser muy distinto de lo que ocurre a puerta cerrada.

Al menos en Dirtridge, todo el mundo sabía lo violento e inútil que era mi padre. Nunca lo había ocultado y descargaba su mal genio con sus amigos —más bien conocidos del pub— igual que con nosotros.

Odio pensar en mi padre porque al instante me viene a la mente ese último día.

El día que abandoné a mi hermano y a mi hermana.

No hay nada sobre ellos en internet. Me gusta pensar que Wayne y Maribel siguen vivos y que han escapado de ese infierno, igual que yo. Pero en mis momentos más oscuros, me pregunto si sus muertes fueron tan insignificantes en ese pueblo atrasado que no quedaron registradas en ningún sitio, de ahí mi incapacidad para encontrar información sobre ellos.

No puedo abandonar a Sharna como abandoné a mis hermanos.

Necesita mi ayuda. Voy a dársela.

Media hora después, le digo a mi jefe en el restaurante coreano que tengo una urgencia familiar y que necesito tomarme unos días libres. Me despide. Cabrón.

Furiosa, recojo mis cosas y le digo a Deirdre que voy a visitar a una amiga. Es comprensiva, pero desconfiada —seguramente sus inquilinos le dicen lo mismo y no vuelven nunca—, así que me dice que si no he regresado en una semana tendrá que alquilar mi habitación.

Le doy las gracias y le aseguro que volveré, porque espero que el problema de Sharna no tarde tanto en resolverse. Aunque tenemos la misma edad, mi nivel de madurez es mucho mayor. He visto y vivido más que mi amiga protegida, que pasó más de una década encerrada en esa estación de servicio con un hombre al que consideraba su padre.

Sigo asombrándome de que Fitz le contara a Sharna una verdad a medias cuando fue lo bastante mayor para hacerle preguntas. Podría haberle mentido sobre el motivo por el que la tenía bajo un

control tan férreo, en lugar de decirle que su madre era una borracha que la había perdido y que él se había ocupado de ella. La había secuestrado, más bien, pero a su manera retorcida, Fitz había tratado a Sharna como a una hija. La había protegido, cuando en realidad su vida podría haber sido mucho peor.

Según cómo se mire, Sharna es la afortunada. De las dos, ella tuvo una infancia libre de maltrato verbal y físico. Fitz puede que fuera un capullo raro que la secuestró, pero nunca le hizo daño, y por eso le estoy agradecida.

Y aunque por lo general es tranquila, su grito de auxilio puede ser algo tan simple como un ataque de pánico ante su nuevo entorno y la dificultad para adaptarse.

Al menos eso es lo que espero.

Cojo el tren desde Southern Cross Station hasta Ballarat, mirando por la ventana durante casi todo el trayecto un paisaje apagado de prados amarillentos, y luego el autobús hasta Amberfield.

Me bajo al anochecer en Main Street y me fijo en que este pueblo pequeño es igual que tantos otros de Australia. Pubs en los extremos de la calle, uno en cada punta, con un supermercado, una cafetería, un restaurante chino, una boutique, un centro médico y una lavandería entre ellos. Es anodino, apacible; un grupo de viejos está sentado a una mesa a la puerta del pub del extremo superior, riéndose a carcajadas de algún chiste malo, supongo.

Más allá del pub hay un parque, y detrás un instituto. Me acerco hasta él y hasta el enorme cartel con el mapa del pueblo. Había tenido tanta prisa por llegar que, aunque había respondido al correo de Sharna diciéndole que iba de camino y pidiéndole su dirección, no había esperado a recibirla. Pero había tenido la sensatez de buscar en internet la noticia sobre su secuestro y su regreso a casa, que incluía una foto de su casa al fondo. Haciendo una búsqueda inversa de la imagen en Google, tengo una idea aproximada de dónde vive y, con un poco de suerte, no será difícil encontrarla.

Camino los pocos kilómetros que me separan del pueblo y me sorprende encontrar la carretera desierta. Solo me adelantan dos coches, ambos alejándose de Amberfield, y un camión que va hacia allí. Aunque, pensándolo bien, estoy en una carretera secundaria

que lleva a una fábrica de lana al final del trayecto, con casas que van ramificándose a lo largo del camino.

Cuando me acerco a la dirección que espero que sea la de Sharna, el viento arrecia y el polvo me ciega momentáneamente. Me lo quito de los ojos y parpadeo varias veces, solo para ver un desvencijado cartel de madera con Ghost Gum House grabado a fuego.

Cuelga de un tronco de eucalipto inclinado, pelado de corteza y de un blanco sorprendente. Un ghost gum. Claro. No puedo ver la casa desde la carretera porque un largo camino de entrada bordeado de ghost gums se curva hacia lo lejos. Un nombre genial para una casa y, si mis cálculos son correctos, la de Sharna está justo al lado.

Troto los siguientes cientos de metros y exhalo aliviada cuando reconozco la casa que aparecía detrás de Sharna en esa entrevista en internet.

La he encontrado.

Es una casa de dos plantas con revestimiento de ladrillo en estilo provenzal francés, bastante grandiosa para un pueblo pequeño y fuera de lugar con lo que he visto de Amberfield hasta ahora. Grita «dinero», y me alegra, porque después de tantos años pasándolo mal y sobreviviendo con las migajas que Fitz le daba, y luego de tener que trabajar en la cocina coreana a mi lado durante meses, Sharna lo tiene fácil; económicamente, al menos.

Por suerte, unos árboles bordean el corto camino de entrada a su casa, y unos pinos forman una barrera entre su propiedad y Ghost Gum House, ocultándola eficazmente a la vista y ofreciéndome muchos sitios donde esconderme. Quiero observar la casa, y cualquier entrada o salida, durante un rato antes de avisar a Sharna de que estoy aquí. Quién sabe a qué se enfrenta, y aunque me muero de ganas de ir directa a la puerta principal y aporrearla, soy más lista que eso.

Durante el viaje, me he preguntado si su padre se ha vuelto a casar y Sharna está lidiando con una madrastra horrible. Explicaría el mensaje «ayuda»: necesitar una cara conocida y que alguien le diga que todo va a salir bien.

Pero si ese fuera el caso, estoy bastante segura de que Sharna lo habría dicho en su correo. Habría dado más detalles sobre su familia. Me habría dado algún retazo de su nueva vida.

Sigo volviendo a esa única palabra, «ayuda», y un escalofrío de inquietud me recorre la espalda. Viniendo de alguien que no suele exagerar, una llamada de auxilio tan escueta probablemente significa que no podía escribir nada más por una variedad de razones, la principal que la están vigilando.

El estómago se me revuelve de aprensión mientras me cuelo entre los árboles hasta tener una buena vista de la puerta trasera. No sirve de nada vigilar la delantera, porque habiéndome criado en un pueblo pequeño sé que nadie usa la entrada principal salvo cuando llegan visitas.

El jardín trasero tiene una piscina enterrada con un tono verdoso, lo que indica que hace tiempo que no se usa ni se limpia, rodeada de una valla de Perspex transparente. Cerca hay dos tumbonas dispuestas alrededor de una mesa de cristal, y a lo largo del borde más lejano de la piscina hay unas cuantas macetas de terracota llenas de flores. Son vistosas y parecen bien cuidadas, en contraste con la piscina sucia. De hecho, todo el jardín está descuidado: el césped sin cortar salpicado de malas hierbas, los arbustos necesitados de poda y los rosales sin recortar.

Lo que más me llama la atención es que el jardín trasero es todo lo contrario del delantero, como si las apariencias importaran y lo que se oculta a los ojos ajenos fuera irrelevante.

Espero que mi observación no se extienda a todos los aspectos de la vida familiar de los Ulverstone.

Eso significaría que tengo razón en mi suposición de que el padre de Sharna presentó una buena fachada ante los detectives que la reunieron con él, pero que a puerta cerrada podría ser muy distinto.

Estoy dándole vueltas a mi siguiente movimiento cuando vislumbro un movimiento en una ventana del segundo piso. Me hundo entre los pinos y observo, aliviada cuando veo la cara de Sharna pegada al cristal.

El alivio me dura poco cuando me fijo en el moratón que tiene en el pómulo derecho.

La rabia me invade y los dedos se me cierran contra las palmas. Tengo los puños listos y dispuestos a infligir dolor a quien sea que le haya hecho daño a mi amiga.

Mientras sigue mirando por la ventana, salgo de la cobertura de los árboles y la saludo con la mano. La mirada de Sharna se clava en mí y la sonrisa que le ilumina la cara me alegra de haber venido.

Se lleva el dedo a los labios pidiéndome silencio y señala hacia abajo, hacia la puerta trasera directamente debajo de su habitación.

Asiento para indicar que he entendido y espero a que baje. Puede que haya sacado conclusiones precipitadas sobre ese moratón. Puede que se haya tropezado y se haya golpeado la cara con cualquier cosa.

Pero lo más probable es que su cara haya chocado contra el puño de su padre, y ese pensamiento me hace desear entrar a la fuerza en esa casa y devolverle el favor.

No soy una persona violenta, nunca lo he sido. Pero si mi inútil excusa de padre me enseñó algo, es que hay personas que no atienden a razones y a las que hay que enseñarles lo que está bien.

La puerta trasera se abre y Sharna mira por encima del hombro, como si esperara que alguien la detuviera, y se me cae el alma a los pies.

Vive aterrorizada de quien sea que esté en la casa.

Señalo el cobertizo en el rincón más alejado del jardín, y ella asiente. Me mantengo oculta entre los árboles mientras avanzo hacia él, y ella cruza el jardín trasero como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Llego al cobertizo primero y me escondo detrás, y cuando Sharna llega, abre la puerta como si estuviera buscando algo.

—¿Cómo estás? —murmuro, deseando poder abrazarla pero sin atreverme a salir a la vista hasta saber que es seguro.

—Fatal. Me alegra tanto que estés aquí. —Abre más la puerta para ocultarse de la vista y me atrae hacia un abrazo—. Pero me siento mal por haberte metido en esto.

Me está apretando tan fuerte que apenas puedo respirar, y cuando me suelta, veo que de cerca el moratón es más grande de lo que pensaba y se extiende por todo el lado derecho de la cara. Es

de un vívido morado y azul, lo que significa que es reciente, pero también vislumbro el desvanecido verde amarillento de un moratón más antiguo a lo largo de su clavícula, con marcas de dedos, como si alguien hubiera intentado empujarla hacia abajo.

—Eres mi familia. —Le agarro los brazos por encima del codo y no se me escapa su mueca de dolor, lo que significa que probablemente esconde más moratones bajo la ropa—. Estoy preocupada por ti.

Se encoge de hombros y la suelto, sin que me gusten las sombras fantasmales que veo en sus ojos.

¿Cómo ha podido retroceder hasta convertirse en esta chica asustada, cuando yo sé que no tiene nada que ver con eso?

—¿Qué está pasando, Sharna?

—Mi padre…

Odio que mi suposición sea correcta y espero a que continúe.

—Es un monstruo.

Se me cae el estómago a los pies, ese mismo vacío que experimenté durante mi único viaje en montaña rusa cuando tenía ocho años y un parque de atracciones llegó al pueblo. En aquel momento, había disfrutado de la sensación de emoción y de la novedad de una actividad divertida que nunca había hecho antes, pero ahora el hundimiento de mis entrañas va acompañado de náuseas y de algo peor.

Terror.

Describir a alguien como un monstruo solo puede significar una cosa.

El padre de Sharna ha hecho cosas muy malas.

—¿Te ha hecho él esos moratones?

Asiente, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Y va a hacer algo peor si no consigo alejarme de aquí.

Sin querer preguntarlo, pero necesitando saberlo, digo:

—¿Cuánto peor?

—Fitz no me secuestró. Mi madre organizó que se me llevara.

Me quedo boquiabierta, atónita por su revelación.

—¿Qué?

—Mi madre lo previó todo en su afán de alejarme de mi padre. Me dejó una carta escondida en mi escondite favorito de mi habitación de cuando era pequeña, por si acaso algún día me encontraban y me devolvían a esta casa.

Se estremece.

—La encontré al segundo día de estar aquí. Estaba explorando mi habitación, contenta de estar en casa, aunque ya empezaba a percibir malas vibraciones de mi padre.

—¿Qué tipo de vibraciones?

—Las peores.

Las lágrimas le brillan en los ojos.

—Tiene una manera de mirarme… se me pone la piel de gallina.

A mí también, al suponer que lo que dice solo puede significar una cosa.

Si su madre llegó a tales extremos para entregar a su hija y protegerla de su padre, debía de temer por su vida y por la de Sharna.

—¿Ha hecho algo más que mirarte?

Tengo que preguntar, porque si ha abusado de ella, voy a entrar en esa casa a la fuerza, coger el cuchillo de cocina más cercano y clavárselo.

—Solo esto. —Señala los moratones de la cara y la clavícula—. Me los hizo cuando le pregunté si podía volver a Melbourne.

No me sorprende. Los hombres abusivos ejercen el poder a puñetazos; y algo peor.

—Tienes que irte —digo, con la mente ya dándole vueltas a las posibilidades de cómo puedo ayudar a Sharna a escapar—. Lo haremos esta noche.

Niega con la cabeza.

—La casa tiene una alarma cuyo código solo conoce él, y la activa desde las siete de la noche hasta las ocho de la mañana.

—Lo que significa que no puedes salir al amparo de la oscuridad.

—Exacto.

Señalo la casa con la cabeza.

—¿Está ahí ahora?

—Siempre está ahí. Desde que volví, no hemos salido. Lo pide todo a domicilio.

—Y supongo que vigila tu teléfono.

—Ajá.

—¿Cómo me enviaste ese correo?

Palidece.

—Tuve que acceder a hacer algo.

—¿Qué?

—Dejar que me hiciera una foto, llevando… —se interrumpe, y la repugnancia en su cara me dice más que las palabras.

El padre de Sharna es un pedófilo, y su madre lo sabía.

No entiendo por qué su madre no buscó pruebas y fue a la policía. Aunque, bien pensado, esto es un pueblo pequeño de campo y las redes de pedófilos pueden llegar hasta quienes están en posiciones de poder. Su madre debió de estar aterrada de que no la creyeran, o peor aún, de que le pasara algo a ella y Sharna se quedara sola con su padre.

—Borré el correo y limpié la papelera en cuanto lo envié —dice—. Porque sabía que después revisaría mi teléfono. Solo me deja usarlo delante de él, así que no puedo llamar a nadie, y prácticamente me vigila por encima del hombro mientras navego por internet. La única manera de enviar ese correo fue porque recibió una llamada de un tipo que le hizo sonreír de oreja a oreja y se giró un momento para susurrar algo siniestro al teléfono. —Suspira—. Menos mal que recibiste mi correo.

Su dependencia de mí me golpea en ese momento. Si yo no hubiera venido… no quiero ni pensar en lo que podría haberle pasado a mi amiga.

—Tus instintos son buenos, Shar, así que, aparte de lo que te ha hecho, ¿qué decía la carta de tu madre?

—Que lo descubrió mirando fotos de niños en internet y supo que tenía que alejarme de él, así que buscó la estación de servicio más remota que encontró en internet y le pagó mucho dinero a Fitz para que me mantuviera escondida allí. Que si algún día volvía y ella había muerto, probablemente la había matado él.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos y le resbalan por las mejillas mientras se me parte el corazón.

—Y que si alguna vez volvía aquí siendo menor de edad, me alejara lo máximo posible cuanto antes.

El horror de la situación de Sharna empeora.

—¿Crees que mató a tu madre?

Asiente y se pasa el dorso de la mano por debajo de la nariz.

—Al parecer, el caso de persona desaparecida volvió a estar en primer plano, tanto en internet como en los medios, poco después de que muriera mamá, lo que supongo que significa que renovó sus esfuerzos por encontrarme. Quién sabe, quizás ella le echó en cara que me había ayudado cuando no pudo ayudar a los otros niños, y él, enloquecido de rabia, le hizo daño.

Niega con la cabeza.

—No quiero saberlo, pero una pequeña parte de mí quiere provocarlo con la verdad y ver cómo reacciona.

—No puedes. Te matará.

—No, no lo hará. —Su débil sonrisa me pone los pelos de punta —. Soy mucho más útil para él viva. Ya me ha dicho que tiene amigos que están deseando conocerme.

Asqueada, la bilis me sube a la garganta.

—Tenemos que alejarte de aquí.

—Tiene cámaras por toda la casa, y tú no tienes coche ni sabes conducir. ¿Hasta dónde crees que llegaríamos si salimos corriendo por la carretera hacia el pueblo?

—¿Y no hay nadie más en quien podamos confiar?

Sharna vacila antes de decir:

—Conocí a la mujer de al lado, Abuela Esme. Se presentó en nuestra puerta más o menos una hora después de que yo llegara, con un táper de muffins de manzana. Dijo que podía visitar Ghost Gum House cuando quisiera.

—Le pediré que nos lleve en coche—

—Si alguien sabe que las apariencias engañan, somos nosotras —dice—. No me extrañaría nada que mi padre hubiera reclutado a Abuela Esme en su plan para vigilarme, por si acaso acudía a ella en

busca de ayuda. ¿Cuánto peor va a ser para mí, para nosotras, si está metida en el asunto y él descubre que intenté huir?

No había pensado en eso. Quizás estoy demasiado conmocionada por las revelaciones de mi amiga.

Entonces caigo en la cuenta.

Si yo no la hubiera ayudado a escapar de las garras de Fitz, no estaría en este aprieto, enfrentándose a algo mucho peor a manos de su padre.

¿Qué demonios he hecho?

CAPÍTULO 28

LAUREN

AHORA

Todos en esta casa tienen secretos, lo cual es comprensible, teniendo en cuenta que casi todos sus habitantes huyen de algo o de alguien.

Pero hay una corriente subterránea que no me gusta.

Tengo la sensación de que me observan.

No es una persona en concreto ni un incidente específico, sino una aprensión general que me eriza la nuca cada vez que entro o salgo de una habitación, aunque esté vacía.

Esme me ha acogido en su casa y en su vida, tal como yo quería, pero tengo la impresión de que es más aguda de lo que Caleb cree.

Él tiene dudas sobre su lucidez mental y sobre la influencia que los demás residentes ejercen en ella, pero estoy empezando a preguntarme si su abuela es más astuta de lo que aparenta.

Como ahora mismo, por ejemplo.

Tillie y yo estamos desyerbando el huerto. La jardinería no es lo que más me gusta, como ya le comenté a Esme cuando llegué. Sin embargo, ella me sugiere con frecuencia que ayude a Tillie aquí fuera, y no tengo claro cuál es su intención.

¿Está intentando obligarnos a hacernos amigas?

¿Sabe más cosas sobre mí de lo que aparenta?

No sé cómo sería posible, pero, en cualquier caso, tendré que esforzarme más por mantener a Esme de mi lado.

Es fundamental que mi plan salga a la perfección.

Para lograrlo, tendré que insinuar que pienso continuar el linaje McDougal.

A todas las abuelas les gustan los niños, ¿no? Es mi carta de triunfo, y no puedo jugarla demasiado pronto. Pero le he ido lanzando indirectas a Esme, como «esta habitación sería perfecta como cuarto de bebé» o «¿hay buenos colegios por aquí?».

Cada vez que digo algo así, los ojos de Esme se iluminan, así que sé que cederá cuando por fin le dé «la noticia» de que quiero formar una familia aquí y de que se me parte el corazón solo de pensar en que venda la casa familiar de Caleb.

En cuanto al resto de los habitantes, Ria me intriga. Por lo general se me da bien leer a las personas, pero hay algo en ella que me pone en guardia. A menudo la encuentro mirándome fijamente, como si le hubiera hecho algún daño. Es desconcertante.

Siempre anda cerca de Owen, y una pequeña parte de mí se pregunta si él habrá abierto la boca y le habrá contado que tuvimos algo. Pero no es tan tonto, ¿verdad?

Sigo sin saber su historia ni cómo acabó aquí. Busqué información sobre su mujer en internet y no encontré gran cosa. Es una persona desaparecida y el caso sigue abierto, lo que significa que Owen probablemente sea el principal sospechoso de la policía y por eso se esconde aquí. Sorprendentemente, nunca volvieron a contactar conmigo. Pensé que lo harían, dado que yo había sido la otra, pero quizá no tenían pruebas de la implicación de Owen en la desaparición de su mujer y no creyeron que yo tuviera nada útil que aportar.

Sé que tarde o temprano tendremos que hablar, pero con ojos por todas partes necesito ir con cuidado. Lo último que necesito es que Esme o Caleb empiecen a sospechar de mi relación con Owen.

De todas las personas de la casa, Tillie es la que más me observa. Su resentimiento por haberme casado con el hombre al que sigue deseando de forma tan evidente se nota en cada mirada de reojo, en cada mirada fulminante que cree que no veo.

Pero es a ella a quien necesito tener más cerca. Tillie es la clave para ganarme la confianza de Esme; lo sé con certeza. Esme trata a

Tillie como a una nieta, y dado el tiempo que lleva viviendo aquí, su estrecha relación no me sorprende.

—Eso que estás arrancando no es una mala hierba, es una plántula de zanahoria. —Tillie señala la diminuta plantita que he sacado de la tierra y frunce el ceño—. No sabes mucho de jardinería, ¿verdad?

No pretendo saber, y esbozo una sonrisa forzada.

—Nunca ha sido lo mío.

—La vida en la ciudad, claro.

—Sí, vivir en un piso no te da muchas oportunidades de hacer jardinería.

—¿No tienen algunos barrios del centro huertos comunitarios?

—Sí, pero yo viví en Sídney y luego en el CBD de Melbourne, así que compraba la fruta y la verdura en el supermercado que había debajo de mi edificio en ambas ciudades.

—Nunca sabe igual —dice, mirándome como si estuviera loca por envenenarme el cuerpo con productos del súper.

—Estoy de acuerdo. —Me paso la mano por el estómago—. No había comido tan bien hasta que llegué aquí.

Se quita un guante de jardinería para apartarse el pelo de la frente.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

El que haga falta.

Digo:

—Esme es la única familia de Caleb, y quiero conocerla bien.

Sus ojos se entrecierran con desconfianza.

—Lo entiendo, pero para alguien que ha vivido en la ciudad, ¿no te aburres?

—¿Y tú?

Se echa hacia atrás como si le hubiera clavado una estaca de jardín, así que añado:

—Me refiero a que llevas mucho tiempo viviendo aquí. ¿Nunca has querido explorar lo que hay más allá de Amberfield?

El miedo le nubla los ojos.

—He visto lo que hay más allá de este pueblo y estoy más segura aquí que en cualquier otro sitio.

—Lo entiendo.

Porque en el momento en que puse un pie en esta casa, sentí lo mismo.

Que por fin puedo dejar de correr.

Tiene poco que ver con la casa en sí, y mucho con lo que representa.

Una forma de proteger mi futuro.

Un camino hacia adelante.

Una manera de enterrar el pasado de una vez por todas.

—¿Cuándo se va Caleb?

Tillie no tarda mucho en volver a su tema favorito.

—Está empezando un nuevo proyecto, así que esta semana.

Inclina la cabeza hacia un lado, estudiándome.

—¿No lo vas a echar de menos? Es raro que dos recién casados pasen tanto tiempo separados.

—Nuestra relación es sólida.

Y yo tengo la plena certeza de que cuanto más tiempo pase mi marido fuera, mejor. Ahora que me estoy afianzando en Ghost Gum House y mi plan está en marcha, cada vez me resulta más difícil fingir que quiero a mi nuevo marido.

Tengo la suerte de que Caleb es un buen hombre y me resulta atractivo. Pero después de fingir mi obsesión para embaucarlo y lograr que se casara conmigo a toda prisa, mi entusiasmo va decayendo.

Caleb nunca sabrá que Steve volvió a ayudarme una vez más. Se coló en los sistemas de una importante empresa de consultoría y creó un proyecto con la condición de que Caleb lo dirigiera. Al día siguiente, su jefe lo llamó para darle la buena noticia.

Buena para mí, dado que significa que Caleb tendrá que quedarse en la ciudad mientras yo me dedico a ganarme a su abuela para influir en la decisión que tome sobre esta casa.

Lo que mi marido no sabe no puede hacerle daño.

En cuanto a Tillie, puedo con ella. Puedo lidiar con los celos residuales que le produce que yo sea la mujer de Caleb. ¿Con lo que no puedo lidiar? Con las dudas sobre mi objetivo y sobre en quién puedo confiar lo suficiente dentro de esta casa para conseguirlo.

CAPÍTULO 29

TILLIE

ENTONCES

Sharna y yo estamos dándole vueltas a una especie de plan cuando la puerta del cobertizo que nos oculta se cierra de golpe.

Damos un brinco y me echo hacia atrás cuando veo al señor Ulverstone por primera vez.

Sharna tiene razón.

Es un monstruo.

Lo veo en sus ojos. La indiferencia muerta y fría de un hombre capaz de matar sin remordimientos, teñida de avaricia.

Un hombre que mira a dos chicas adolescentes con una sola cosa en la cabeza.

—No me dijiste que habías invitado a una amiga, Sharna. Soy Ray Ulverstone, pero puedes llamarme Ray. —Extiende la mano—. Encantado de conocerte.

Está encantadísimo, a juzgar por cómo su mirada codiciosa me recorre de arriba abajo, y me entran ganas de vomitar.

—Pues yo no.

Es una respuesta estúpida y desafiante, teniendo en cuenta que el padre de Sharna es enorme. Un metro ochenta y ocho, hombros anchos y bíceps que se le marcan mientras hunde las manos en los bolsillos.

Soy una idiota por provocar a alguien así. Aunque, por el cálculo que se adivina en su mirada, tampoco es alguien a quien pueda

engatusar. Está demasiado perdido para eso. Un camaleón que muestra una cara al mundo y tortura a puerta cerrada.

—Eso no está muy bien —dice, con los labios replegados sobre los dientes en un remedo de sonrisa que me hiela la sangre—. ¿Cómo te llamas?

—Maddie —dice Sharna antes de que pueda responder, protegiéndome—. No se queda.

—¿Por qué no? —Su mirada repulsiva vuelve a recorrerme—. Tenemos sitio de sobra, y cualquier amiga de Sharna es amiga mía.

Me trago las ganas de soltarle un «que te den».

—Gracias, pero tengo dónde quedarme.

Una mentira con la que espero que no me lleve la contraria.

—Bueno, al menos tienes que quedarte a cenar —dice—. Es lo mínimo que podemos hacer. —Su risa me paraliza—. Siempre cuido muy bien a mis invitados.

La casa parece lo bastante grande como para tener un sótano, donde probablemente hace la mayor parte de sus «entretenimientos». Qué asco.

Estoy a punto de negarme cuando me doy cuenta de que Sharna y yo no hemos tenido tiempo de planear su huida. Si me quedo, puede que tengamos esa oportunidad.

—Bueno, gracias, me quedo a cenar.

Sharna tiene los ojos como platos y niega con la cabeza, así que le lanzo una sonrisa tranquilizadora.

—Le digo a Abuela Esme que no vuelvo a cenar, pero luego paso por casa —digo—. Seguro que no le importa.

El señor Ulverstone frunce el ceño en un gesto imponente, pues he esquivado hábilmente sus planes de tenerme retenida aquí, como a Sharna, o de pasarme a alguno de sus amigos igual de siniestros.

El alivio de Sharna es palpable cuando sus hombros se desploman.

—¿Por qué no la llamas mientras pongo la mesa para cenar?

—La llamarás cuando entremos —dice él, fulminándome con la mirada.

Vaya, he cabreado al psicópata.

Sin más opción que hacer lo que dice, me pongo al lado de Sharna. Su espalda está rígida junto a su padre, sus pasos mecánicos, en un estado constante de lucha o huida, y mientras entramos en la casa con el señor Ulverstone detrás, espero no haber cometido el mayor error de mi vida viniendo a rescatar a mi amiga.

El suave clic de la puerta al cerrarse a mis espaldas es peor que si la hubiera cerrado de golpe, como la del cobertizo, porque sé lidiar con el genio de los hombres malos —gracias, papá—, pero los tranquilos son los peores.

Cuando su mano se cierra sobre mi hombro, me estremezco y me suelto de un tirón, dándome la vuelta, intentando mantener un semblante de calma y fracasando estrepitosamente.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Vuelve a mirarme con lascivia y siento como si me hubieran metido en una cuba de baba.

Pobre Sharna. No la culpo por haberse puesto en contacto conmigo. El barniz que oculta las inclinaciones de este hombre es muy fino.

Sharna se desliza por detrás de él con el pretexto de sacar los cubiertos del cajón, pero no nos quita los ojos de encima ni a mí ni a él.

Mostrar miedo a este asqueroso sería hacerle el juego, así que reúno fuerzas para sostenerle la mirada.

—No me gusta que me toquen los desconocidos.

Mi voz suena fría, indiferente, mientras por dentro soy un manojo de nervios.

—No seremos desconocidos por mucho tiempo —dice, invadiendo mi espacio personal, tan cerca que puedo oler su penetrante aftershave almizcleño.

Se me revuelve el estómago y me trago la repugnancia.

Me tiende la mano.

—¿Por qué no me das tu teléfono y llamo yo a Esme por ti?

¿Cómo había pensado que podría superarle en astucia? Los hombres como él están acostumbrados a jugar, a esconderse en las sombras, a deleitarse atormentando a sus víctimas.

—No, lo hago yo. —Meto la mano en el bolsillo y cierro los dedos alrededor del teléfono que había comprado en una casa de empeños

con una SIM de oferta, esperando tener tiempo de llamar al 000 antes de que haga algún movimiento—. ¿Por qué no…?

—¡Para! —ruge, y Sharna y yo damos un brinco—. Estoy muy lejos de ser el idiota que crees. Vi ese patético grito de auxilio que mi hija te envió, y lo único que pensé fue: fantástico, más diversión para mí cuando llegues.

Abre los brazos de par en par.

—Y aquí estás.

Su carcajada me pone los pelos de punta.

—Tengo muchos amigos que están deseando conocerte.

El terror me inmoviliza, y cuando se inclina hacia delante para deslizar un dedo por mi mejilla, me encojo.

Se ríe y hunde los dedos en mi cabello, clavándome las uñas en el cuero cabelludo. Suelto un grito y me echo hacia atrás justo cuando sus ojos se abren de par en par y se desploma hacia un lado, con el agarre sobre mí aflojándose.

Su caída al suelo es torpe y se golpea la cabeza en la esquina de la mesa de camino hacia abajo. El golpe apenas le hace daño porque ya está muerto, con los labios entreabiertos en un gesto de sorpresa y los ojos fijos y sin vida.

Al apartar la mirada de su cuerpo inerte y levantar la vista, veo a Sharna sosteniendo una sartén de hierro fundido, con una sonrisa de satisfacción asomándole a los labios.

Me quedo boquiabierta, con la mirada yendo y viniendo entre ella y el cuerpo de su padre.

—Ya no puede hacerle daño a ningún niño nunca más —dice, mientras el shock se apodera de ella, el brazo le tiembla y suelta la sartén.

Esta cae al suelo con estrépito y las dos damos un brinco.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta con la voz apenas por encima de un susurro, mientras las lágrimas le llenan los ojos.

Estoy paralizada, con la mente hecha papilla. De las dos, yo soy la que piensa. Se me ocurren los planes y Sharna los sigue. Así fue como acabamos marchándonos de la estación de servicio y sobrevivimos en la ciudad, trabajando juntas, ahorrando, planeando el futuro.

Ahora, por culpa de aquel documental sobre personas desaparecidas que vimos con Deirdre, estamos aquí.

De pie frente al cadáver de su padre, preguntándonos qué demonios hacer.

Sé una cosa.

No podemos implicar a la policía.

En cuanto empiecen a investigar mi pasado, estoy perdida. Los Servicios de Protección de Menores se implicarán y me mandarán a algún hogar infernal que puede ser peor que aquel del que huí.

—Podríamos alegar legítima defensa —dice Sharna, temblando de pies a cabeza—. Te puso la mano encima y estábamos aterrorizadas.

—Pero aparte de tus moratones, que son circunstanciales aunque digas que te los hizo él, yo no tengo ninguna marca.

El miedo le dilata los ojos.

—Tengo la carta de mamá.

—Sí, pero si nos examinan y no hay señales de maltrato, no puede considerarse legítima defensa. Pensarán que lo asesinamos porque encontraste esa carta.

—Mierda —murmura Sharna, con una palidez alarmante—. Reaccioné sin pensarlo bien.

Cuando mi cerebro empieza a funcionar de nuevo, me quedo mirando el cadáver.

—Se me ocurre algo.

—¿Algo que no nos lleve a las dos a la cárcel?

Consigo esbozar una sonrisa débil y asiento con la cabeza.

—Esto es lo que estoy pensando…

CAPÍTULO 30

CALEB

AHORA

Un grito agudo me arranca del sueño y me incorporo de golpe en la cama.

Pero no estoy en la cama.

Estoy fuera, con la hierba húmeda bajo las palmas mientras apoyo las manos en el suelo. Algo me sostiene la espalda y, al volver la cabeza, descubro que es el cobertizo.

El cobertizo de Tillie.

Parpadeo rápidamente, desesperado por orientarme.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

La oscuridad es densa y me rodea mientras me pongo en pie. ¿He caminado dormido? Bajo la vista, sorprendido al comprobar que voy completamente vestido —vaqueros, camiseta, zapatillas— y no en pijama.

¿Qué es lo último que recuerdo? Cenar con todos, disfrutar de una de las famosas ensaladas de hierbas y flores comestibles de la abuela que tanto me gustaban de niño, arroparla temprano en la cama, hacer planes con Tillie para ir al estanque mañana, enseñarle a Lauren el papeleo de la venta de la casa, darme una ducha, acostarme.

Entonces me doy cuenta: debo de haber tenido una de mis lagunas.

Pero, para que me haya levantado de la cama, me haya vestido y haya acabado aquí fuera, habría despertado a Lauren.

A menos que ella no hubiese venido a acostarse.

Escudriño la oscuridad intentando ver de dónde vino el grito que me ha despertado. Pero no hay nada salvo el canto de los grillos y el ocasional ulular de un búho que rompa la paz. Hay una luz encendida en el salón y en una de las habitaciones del piso de arriba, aunque estoy desorientado y no logro distinguir si es la mía o la de la abuela. Ambas dan al jardín trasero y desde ellas se ve hasta el cobertizo y más allá.

Otro grito rasga el aire, más suave esta vez, más parecido a un alarido, y me pongo en tensión. Venía de la pérgola, al otro lado del jardín.

Camino hacia allí, agradecido por las sombras. La pérgola también está a oscuras, pero consigo distinguir la silueta de dos figuras, un hombre y una mujer. Solo cuando me acerco un poco más veo que son Owen y Ria. Él la sujeta del brazo y ella hace un intento a medias de soltarse.

—Suéltame —dice Ria—. Me estás haciendo daño.

—Intento hacerte entrar en razón. —Le sacude el brazo—. Tienes que parar lo que sea que estás haciendo.

—Yo no estoy haciendo nada. —El tono de Ria es obstinado—. El que tiene problemas eres tú.

—No seas estúpida. —Su resoplido se alarga—. Si le pasa algo a ella, las sospechas caerán sobre todos nosotros, y eso no podemos permitirnoslo.

—Quieres decir que tú no puedes permitírtelo. —La risa de Ria es áspera—. La policía te encerrará seguro si otra mujer muere bajo tu vigilancia.

—Cierra la puta boca —murmura él, soltando a Ria tan de golpe que ella tropieza—. Y mantén la boca cerrada. Yo hablaré con ella.

—Será mejor que lo hagas, porque está al límite. —Ria hace círculos en la sien con el dedo índice—. ¿Quién sabe de lo que es capaz?

Salen de la pérgola y se deslizan hacia la casa, dejándome a partes iguales atónito e intrigado.

¿Quién es la mujer que corre peligro por culpa de los inquilinos de mi abuela, y quién es la otra mujer muerta de la que Owen es responsable?

CAPÍTULO 31

TILLIE

ENTONCES

Nos lleva varias horas y muchos descansos enrollar el cuerpo del padre de Sharna en una alfombra, arrastrarla por el jardín trasero, atravesar los pinos que bordean Ghost Gum House y llegar hasta el jardín de la Abuela Esme.

Volvemos corriendo al cobertizo a por las palas y nos colamos entre los pinos. La piel me escuece donde las agujas me arañan, pero apenas lo noto, impulsada por la adrenalina y el miedo a que nos descubran, aunque la oscuridad lo envuelve todo como un manto invisible.

Cavamos al unísono y, cuando el hoyo tiene la profundidad suficiente, hacemos rodar al señor Ulverstone hasta el interior, arropándolo con la alfombra. Rellenar la fosa resulta mucho menos agotador y nuestra respiración empieza a acompasarse cuando damos la última palada de tierra y la apisonamos.

—Se nota demasiado —dice Sharna, arrugando la nariz.

—No si plantamos algo encima.

Arquea las cejas.

—Eso será aún peor. ¿Qué pensará la Abuela Esme si de repente aparecen plantas o flores nuevas en la esquina más apartada del jardín?

—No le parecerá raro si su nueva inquilina es una apasionada de la jardinería.

Desconcertada, Sharna recoge su pala y me entrega la mía.

—No te entiendo.

—Voy a mudarme aquí. A volverme imprescindible para la anciana. A convertirme en su mejor amiga. Y durante mi primera semana plantaré arbustos y flores por todo este jardín.

Sharna abre mucho los ojos.

—No puedes dejar tu trabajo para quedarte atrapada en este pueblo sin futuro por culpa de lo que hice yo.

Me encojo de hombros.

—De todas formas ya me habían despedido cuando pedí unos días libres.

—Ay, Tillie... —Niega con la cabeza.— Siento muchísimo haberte metido en el desastre de mi familia.

Señalo el hoyo que acabamos de cubrir.

—Era un monstruo, Shell. Te habría hecho cosas mucho peores a ti y a otros. Me alegro de haber estado aquí cuando lo mataste.

Levanto el meñique.

—Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

Los ojos se le llenan de lágrimas mientras engancha su meñique al mío.

—Eres la mejor.

Cuando nos soltamos, digo:

—Sabes que tú no puedes quedarte aquí, ¿verdad?

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Van a empezar a hacer demasiadas preguntas. Tienes que coger todo el dinero que puedas, hacer las maletas e irte. En cuanto denuncien la desaparición de tu padre, y eso ocurrirá cuando deje de contactar con sus colegas o de pagar facturas o lo que sea, serás una menor sin tutor y, además, una sospechosa. Así que tienes que desaparecer.

Señalo hacia la casa.

—Pero antes tenemos que dejar esa cocina reluciente.

—¿Pero si no hubo sangre?

—Ya, pero si la policía busca huellas dactilares, encontrará las mías y no puedo permitir que eso pase.

A pesar de lo unidas que estamos, nunca le he contado a Sharna mi pasado. A día de hoy sigo aterrorizada ante la idea de que me encuentren y me devuelvan a Dirtridge, donde mi padre puede seguir vivo... o no. Y, si lo está, prefiero ni imaginar el castigo que me impondría.

No es que crea que el querido papá hubiera denunciado mi desaparición. Si alguien le preguntó, seguramente dijo que me había escapado. Pero no me fío de nadie, ni siquiera de mi mejor amiga.

—No estoy segura de esto, Till. —Sharna niega con la cabeza.— Yo sola no sabré arreglármelas. Si sobreviví después de escapar de Fitz fue gracias a ti.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees. —Le aprieto el brazo por encima del codo.— Puedes hacerlo. Sabes lo que tienes que hacer. Vuelve a Melbourne, busca trabajo y reinvéntate. Esta vez podremos mantener el contacto. Yo me compraré un móvil barato y tú también tendrás uno nuevo.

La obligo a creer en mis palabras con una sonrisa, aunque por dentro estoy preocupada por ella. Tiene razón. Fui yo quien nos mantuvo a flote después de escapar de Fitz y de la estación de servicio, y no estoy segura de que tenga el instinto necesario para sobrevivir sola.

—Sharna, es la única manera. Tienes que desaparecer y cambiar de aspecto para que nadie pueda relacionarte jamás con este lugar.

Veo el instante exacto en que reúne toda la valentía que le queda: sus ojos se endurecen y los labios se convierten en una fina línea.

—Puedo hacerlo —murmura, asintiendo.

Suelto el aire lentamente, aliviada.

—Bien. Vamos a dejar tu cocina impecable, luego haremos las maletas y trazaremos un plan.

Se queda quieta un segundo antes de lanzarse sobre mí y rodearme la cintura con fuerza.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente, Till. Estaré en deuda contigo toda la vida. Lo que necesites, cuando lo necesites, aquí estaré.

Le devuelvo el abrazo, esperando no tener que pedirle nunca ese favor, porque eso significaría que estoy metida en un lío del que no puedo salir por mí misma.

Y jamás quiero volver a encontrarme en una situación así.

CAPÍTULO 32

LAUREN

AHORA

—Siento tener que dejarte aquí tan pronto —dice Caleb, plantándome un beso en la sien—. Mi jefe es un capullo exigente.

Yo también lo creo, pero Caleb es aún peor por bajarse los pantalones ante un tirano. Podría mandarlo a la mierda y encontrar un trabajo mejor, pero sé que no lo hará. No tiene agallas, que es precisamente por lo que no tiene ni la más remota idea de lo que me traigo entre manos.

—No te preocupes por mí, estaré bien. —Apoyo la cabeza en su hombro, como a él le gusta.

Caleb es de los que van de protectores. Cuando caminamos por la calle, siempre va por el lado de la calzada. Cuando estamos entre la gente, me pasa el brazo por la cintura. Cuando vamos de compras, carga con todas las bolsas. Es un buenazo, lo cual me facilita la vida. Imagínate si tuviera que fingir afecto por un cretino como Owen.

Aunque bien pensado, ya lo había hecho. Pero Owen ya cumplió su función y, por suerte, durante el tiempo que llevamos aquí se ha mostrado discreto y respetuoso, manteniéndose a distancia. Lo observo interactuar con los demás inquilinos y se muestra dócil en lugar de chulesco, lo que me indica que va por el buen camino. No se parece en nada al hombre con quien tuve una aventura, así que o

bien la policía le dio un buen susto o mató a su mujer y esconderse aquí es la tapadera perfecta.

Con su mujer todavía desaparecida, doy por hecho que es el principal sospechoso, de modo que lo más probable es que la policía sepa que está aquí; algo que, sin comerlo ni beberlo, vuelve a ponerme a mí también en el punto de mira.

Quizá le doy demasiadas vueltas a las cosas, pero estoy alerta ante la más mínima rareza, lo que significa que no pierdo detalle de cómo interactúan todos. No sé si Caleb se ha percatado, pero Esme no se encuentra bien. Apenas toca la comida, se pasa las tardes durmiendo la siesta y su palidez por las mañanas salta a la vista.

Delante de Caleb se esfuerza por aparentar que está como una rosa, y él no ha mencionado que nada vaya mal. Me alegra, porque si abre los ojos se quedará, y eso es lo último que quiero. Ya es bastante difícil fingir que soy la esposa abnegada las veinticuatro horas del día como para que encima se me pegue a la chepa indefinidamente.

—¿Segura de que quieres quedarte aquí? —Me aprieta la cintura —. Yo no tuve elección al crecer, pero Amberfield es un pueblo que parece dormido, y esta casa de inadaptados no es exactamente el tipo de ambiente al que estás acostumbrada.

Levanto la cabeza de su hombro y le sujeto la barbilla con la mano.

—No me importa nada de eso. Tu abuela se va haciendo mayor y es tu familia, igual que yo lo soy ahora.

Me llevo una mano al pecho, esforzándome por poner mi mejor expresión sumisa.

—Esme es importante para ti, así que también lo es para mí. Además, pasar tiempo con alguien tan encantadora como ella no supone ningún sacrificio.

El ceño fruncido de preocupación entre sus cejas se suaviza.

—A ella también le caes bien.

—Me alegra.

—¿Y el resto de la pandilla? —Hace una pausa, y sé lo que va a decir antes de que abra la boca—. ¿Cómo se está portando Tillie contigo?

Tendría que estar ciego para no notar la animosidad que irradia Tillie cada vez que ronda cerca de mí, pero yo no he sido más que amable con ella, sin querer darle motivos para abrir una brecha entre Esme y yo.

—Sigue tratándome como a una enemiga, pero puedo con ello. —Me encojo de hombros—. Además, ¿quién puede culparla? Tiene el mismo gusto exquisito para los hombres que tengo yo.

Él esboza una mueca avergonzada.

—¿Quizá se calme cuando me vaya?

Lo dudo, pero respondo:

—Esperemos.

—Voy a hablar con ella antes de marcharme.

—¿Para qué? Podría empeorar las cosas.

—¿Peor que envenenarte la comida?

Me río, pero una punzada de inquietud me recorre por dentro. Me he dado cuenta de que Tillie es tan posesiva en la cocina como lo es en el jardín y, con Esme enferma sin motivo aparente, me pregunto si Tillie tendrá algo que ver.

Le prepara a Esme todos los días un brebaje pestilente que apesta a col podrida, con hierbas del jardín y unos trozos de fruta. Sería sencillísimo envenenar a la anciana con la esperanza de quedarse con la casa.

Pero si Caleb es copropietario, ¿de qué serviría quitar de en medio a Esme?

¿A no ser que Tillie planee deshacerse de mí también, con la delirante esperanza de tener a Caleb solo para ella?

Perturbada por mis propios pensamientos sombríos, me acurruco contra el hombro de Caleb.

—Puedo con Tillie. Aquí estaré bien.

—Tú puedes con todo.

Pego mis labios a los suyos y finjo disfrutar cuando su lengua se adentra en mi boca. Cuando nos separamos, la adoración de su mirada me incomoda. Soy una mala persona por engañar a este buen hombre.

—Te quiero —dice, con una sonrisa torcida.

—Yo te quiero más.

Su abrazo me saca todo el aire de los pulmones antes de salir, y suspiro aliviada en cuanto cada músculo de mi cuerpo, en permanente estado de alerta, se relaja.

Cuanto antes abandone Caleb Ghost Gum House, mejor.

CAPÍTULO 33

CALEB

AHORA

Estoy en un aprieto.

No quiero asustar a Lauren contándole lo que escuché anoche, sobre todo porque mañana me voy y ella se queda aquí. Cuando hemos hablado hace un rato quería convencerla de que viniera conmigo, pero ya lo he intentado antes y le parecerá raro si insisto. Podría decírselo a la abuela, pero tampoco quiero asustarla a ella.

En cuanto a enfrentarme a Owen, eso está descartado. Si lo provoco, quién sabe de lo que sería capaz. Me niego a poner en peligro a la abuela, a Lauren y al resto de la casa, especialmente cuando yo no esté.

Podría hablar con Ria, pero si le digo algo, probablemente irá corriendo a contárselo a Owen, que es justo lo que quiero evitar. Me queda Tillie, pero si ella es la mujer de la que hablaban Owen y Ria anoche, ¿no la estaré poniendo sobre aviso?

Para colmo, parece que durante una de mis lagunas de anoche destrocé parte del jardín de Tillie. Un arriate entero junto al cobertizo ha quedado arrasado: flores decapitadas, la tierra removida y un enorme agujero excavado en el centro.

Tillie aún no lo ha visto, y sé que tendré que confesarlo cuando lo descubra; de lo contrario, se pondrá hecha una furia y culpará a todo el mundo. Pero eso significa reconocer mis lagunas, y odio que

alguien que no sea la abuela lo sepa. Ni siquiera se lo he contado todavía a Lauren, por miedo a que lo vea como una muestra de debilidad o llegue a considerarme un peligro si soy incapaz de recordar lo que hago durante ellas.

Resulta que Lauren se quedó dormida anoche en el estudio mientras leía, lo que explica por qué no la desperté con mis actividades nocturnas: levantarme, vestirme y destrozar el preciado jardín de Tillie. Lauren se metió en la cama hacia las cuatro de la madrugada, golpeándose la espinilla por el camino y mascullando maldiciones mientras se deslizaba bajo las sábanas a mi lado.

Cuando le cuente la verdad a Tillie, le haré prometer que guardará el secreto de mis lagunas. Le gustará saber algo que Lauren desconoce y, aunque no me hace ninguna gracia ocultarle cosas a mi mujer, lo hago por su propio bien.

Encuentro a Tillie en el jardín, consternada mientras contempla los destrozos que hice durante una de mis lagunas. Está temblando y, cuando me acerco, se da la vuelta con el rostro desencajado por la rabia.

—¿Quién ha hecho esto? —Su tono es grave, gutural, cargado de furia—. Como haya sido tu mujer, la mato. Ayer estuvimos trabajando en el jardín y ahora esto. ¡Está como una cabra!

Sorprendido de que culpe a Lauren tan deprisa, digo:

—Lo siento, Till. Fui yo.

Arquea las cejas y el pecho le sube y baja.

—¿Qué narices? ¿Me estás mintiendo para cubrir a tu mujer, que está loca de remate?

—Deja a Lauren al margen —murmuro, harto de su hostilidad—. Tengo algo que contarte. Es un secreto. —Hago el gesto de cerrarme una cremallera sobre los labios—. ¿Podemos ir al estanque, sentarnos un rato y te lo cuento todo?

Me mira con desconfianza, pero confío en que acabará aceptando. Niega con la cabeza y se me cae el alma a los pies.

—Déjame rellenar el agujero y te veo allí —dice, con el abatimiento hundiéndole los hombros—. Y más vale que tengas una buena razón para haber destrozado lo único que más me importa de este sitio.

—¿Pensaba que el que más te importaba era yo?

Mi sonrisa torcida la desarma y las comisuras de sus labios se curvan ligeramente.

—Vete de aquí —murmura, aunque toda la rabia parece haberse disipado—. Te veo en el estanque dentro de veinte minutos.

—Gracias por ser tan comprensiva, Till.

Resopla y me da la espalda, dirigiéndose al cobertizo para coger una pala. Debería ofrecerme a ayudar, pero no quiero tentar a la suerte.

Me pongo el bañador y cojo una toalla para darme un último chapuzón antes de ir al estanque. Respiro aliviado cuando Till aparece media hora después.

—Rellenar ese agujero me ha llevado más tiempo del que pensaba —dice a modo de disculpa por el retraso.

Me trago mi primera respuesta, «No era tan hondo», porque no quiero irritarla.

—¿Cuál es ese secreto que quieres contarme?

Está de pie frente a mí, con las manos en las caderas, así que doy unas palmaditas sobre la hierba a mi lado.

—Si te lo cuento, no puedes decírselo a nadie, ni siquiera a Lauren.

Eso despierta su interés y se sienta. Tal como imaginaba, el atractivo de saber algo que mi mujer desconoce ha surtido efecto.

—¿Te acuerdas de cuando pasábamos aquí todo el tiempo durante las vacaciones escolares?

Sus ojos se empañan con los recuerdos.

—Me acuerdo. Fueron los mejores tiempos. Aunque estar tan cerca del agua me aterrorizaba. —Pone los ojos en blanco, pero las comisuras de la boca se curvan con diversión—. Las cosas que hacía por ti.

—Odiaba el internado, y volver a casa durante las vacaciones era lo único que me mantenía cuerdo.

—Por mucho que también me guste recordar los viejos tiempos, ¿qué está pasando, Caleb?

Típico de Tillie. Directa al grano.

—Solo la abuela sabe lo que voy a contarte, pero no quiero que hables con ella de mis últimas lagunas. Solo conseguirías preocuparla.

La confusión le arruga el entrecejo.

—¿Lagunas?

—Las tengo desde que era niño. No sé cuánto duran ni, lo que es peor, qué ocurre durante ellas. Llevaba años sin sufrir ninguna, pero anoche me desperté apoyado contra tu cobertizo y debo de haber destrozado tu jardín. Lo siento.

—¿No recuerdas nada?

—Nada. Solo me pasa cuando estoy aquí, lo cual es muy extraño.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Saber qué?

—Que solo te pasa aquí.

—Porque nunca me he despertado fuera de mi apartamento ni deambulando por la ciudad.

—¿Y Lauren no sabe nada?

Niego con la cabeza.

—Me gustaría que siguiera siendo así.

—¿Por qué le ocultarías algo así a tu mujer?

—Tengo mis razones. —La última persona a la que voy a confesarle mis inseguridades sobre no querer parecer débil delante de Lauren es Tillie—. Así que ya lo sabes.

—Gracias por contármelo. —Coloca su mano sobre la mía, apoyada en la hierba entre los dos—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Su mano permanece sobre la mía demasiado tiempo, así que retiro la mía con suavidad.

—Voy a darme un baño —digo, poniéndome de pie—. Es mi último día aquí, y quiero disfrutar de un poco de tranquilidad antes de volver a la oficina.

Me detengo un instante, preguntándome si debería esperar para darle la siguiente noticia importante, pero decido que no. Retrasar lo inevitable solo hará que sea peor cuando descubra la verdad. Ahora estamos bien. Es el momento perfecto.

—Quiero que te enteres por mí primero, Till. Vamos a vender la casa. Esta vez va en serio. Llevamos más de seis meses aplazándolo, pero hay un importante promotor inmobiliario interesado y ha llegado el momento.

Se le entreabre la boca por la impresión.

—No podéis... —dice poco más que en un susurro.

—Tenemos toda la documentación. Pienso revisarla después de darme un baño y luego la abuela y yo la firmaremos.

Tillie niega con la cabeza, con movimientos cortos, bruscos y espasmódicos. Tiene los labios comprimidos y una expresión desafiante.

—Te buscaremos otro sitio donde vivir a ti y a los demás. No os quedaréis sin techo. Ya he estado mirando una casa en Ballarat. Por lo que he visto, merece la pena echarle un vistazo. Quizá podríamos hacerlo mañana por la mañana antes de que me vaya.

Si consigo que esté de nuestro lado, será más fácil ayudar al resto de los residentes a afrontar la transición.

Sigue negando con la cabeza, y no me sorprendería que acabara tapándose los oídos para no escuchar ni una palabra más.

Lo intento otra vez.

—Vamos, Till. Sabes que puedes confiar en mí. Solo quiero lo mejor para ti. Pensándolo mejor, vamos a ver ese sitio de Ballarat ahora mismo. A ver qué te parece.

Deja de mover la cabeza de un lado a otro y, cuando me fulmina con una mirada cargada de rabia, doy un paso atrás.

—No vamos a ir a ningún sitio —dice con un gruñido gutural mientras avanza hacia mí con los brazos levantados y los dedos curvados como garras, como si estuviera a punto de estrangularme.

CAPÍTULO 34

TILLIE

ENTONCES

Sharna se escapa al amanecer y toma el tren de las seis de la mañana hacia Melbourne.

Desde allí, planea marcharse a otro estado. Yo la animé a quedarse en las grandes ciudades, porque en los pueblos pequeños llamaría mucho más la atención. Nos pasamos toda la noche cambiándole el aspecto. Su espeluznante padre tenía un armario lleno de cosas de lo más extrañas: cajas de tinte para el pelo, ropa de todas las tallas y estilos, y accesorios para disfraces, como gafas y sombreros.

La policía va a tener mucho trabajo cuando denuncien su desaparición y empiece a investigar su actividad en internet.

Pero, para nuestros propósitos, aquella peculiar colección me ayudó a transformar a Sharna en alguien a quien apenas habría reconocido. Le teñimos el pelo de rubio miel, lo que la cambió al instante. Le corté unos diez centímetros y se lo capeé, haciéndola parecer varios años mayor. Con unas elegantes gafas de montura de carey y ropa discreta, aparentaba al menos veintiún años, quizá más, y no se parecía en nada a la adolescente asustada que había conocido.

Mejor aún, cuando Sharna contempló su nueva identidad en el espejo, fue como si creciera ante mis propios ojos. Echó los hombros hacia atrás, irguió la espalda y empezó a desprender seguridad.

Estará bien. Y con la cantidad de dinero que encontramos escondido por toda la casa —entre las páginas de libros polvorientos, en el congelador, debajo de una colección de espantosas bolas de nieve— tendrá más que suficiente para empezar una nueva vida.

No quería aceptar los mil dólares que insistió en darme, pero si mi plan para ganarme la confianza de Abuela Esme fracasa, necesitaré un plan B.

Después de que Sharna se marche, recorro el largo camino de entrada que conduce a Ghost Gum House. La primera visión de la mansión me corta la respiración. Es espectacular, como sacada de una novela.

Me detengo junto al porche delantero, me froto las manos con la tierra del jardín, me embadurno las mejillas y me tumbo sobre el escalón superior. Así, cuando Abuela Esme abra la puerta para ir a hacer la compra semanal al pueblo —que, según me aseguró Sharna, toca hoy— me encontrará y, con suerte, se apiadará de mí.

Odio tener que aparentar indefensión. No va conmigo. Soy fuerte, resistente y sé arreglármelas sola. Pero, para que Abuela Esme me acoja, tengo que interpretar el papel de víctima.

Por suerte, no tengo que esperar mucho. A las seis y media la puerta principal chirría al abrirse y finjo seguir dormida. Oigo una exclamación ahogada y un murmullo de «madre mía», antes de que una mano se pose sobre mi hombro y me sacuda con suavidad.

Entreabro los ojos y parpadeo como si aún estuviera aturdida por el sueño. Al ver la preocupación reflejada en los ojos de la anciana, sé que ya la tengo.

Me aparto de su mano a propósito, para demostrar que estoy asustada y nerviosa. Ella la retira de inmediato.

—¿Estás bien, querida?

Me muerdo el labio inferior y niego con la cabeza.

—No. Necesitaba un sitio donde dormir y ya no podía seguir caminando por esa carretera, así que anoche me metí por este camino.

Me froto los ojos, fingiendo quitarme el sueño.

—Lo siento. Ya me voy...

—No digas tonterías. —Su expresión se llena de preocupación—. Entra y te prepararé algo de desayunar. ¿Te gustan los huevos revueltos con beicon?

Mi estómago ruge justo a tiempo y ella se ríe. Es una risa suave y cálida, igual que ella. Todo en Abuela Esme transmite bondad: las arrugas de expresión junto a sus ojos, la sonrisa permanente en sus labios, sus curvas envueltas en sencillos vestidos de algodón y el descolorido delantal con dibujos animados que lleva puesto.

—Si no es mucha molestia, me encantaría comer algo.

Mi voz suena dulce, respetuosa, y veo cómo se derrite de compasión. Esta mujer tiene un corazón inmenso, y reprimo el fugaz destello de culpa que me atraviesa.

Si algún día encuentran el cadáver del señor Ulverstone, tanto mi vida como la de Sharna habrán terminado.

Eso significa que debo quedarme aquí durante una larga temporada, convertir su tumba en un jardín y asegurarme de que nadie remueva esa tierra.

Además, necesito un lugar donde vivir.

Y este es el sitio.

Aquí puedo construir una nueva vida, una en la que esté a salvo de las miradas indiscretas y de los fantasmas del pasado.

Puedo hacerlo.

Con la ayuda de Abuela Esme.

—Entra. —Me tiende la mano para ayudarme a levantarme—. Y trae tu bolsa. Si quieres, puedes darte una ducha. —Su mirada recorre mi cara—. Te vendrá bien asearte un poco.

—Una ducha caliente suena de maravilla.

Le sonrío agradecida y su expresión se enternece aún más.

—Sígueme.

Me guía por un largo pasillo. Las puertas de varias habitaciones permanecen cerradas, y supongo que es porque vive sola y no quiere que el silencio se lo recuerde constantemente. Al fondo alcanzo a ver la cocina, pero ella se detiene en la tercera puerta de la derecha y la abre.

—Este es el baño de invitados. Aunque invitados, lo que se dice invitados, nunca tengo. —Se ríe con modestia—. Mi nieto Caleb

estudia en un internado y solo vuelve durante las vacaciones.

Hace una pausa.

—Espero que no te moleste que te lo pregunte, querida, pero... ¿dónde te alojas?

Bajo la mirada, procurando parecer abatida.

—En ninguna parte. Huí de una situación violenta en la ciudad, cogí el primer tren que salía de Southern Cross Station, en Melbourne, y acabé aquí, en Amberfield. Anoche caminé hasta que me dolían tanto los pies que no pude seguir y por eso dormí en su porche.

Dejo que me tiemble el labio inferior.

—Gracias por esto. No sabe lo mucho que significa para mí.

Ella me da una suave palmadita en el hombro.

—Tómate todo el tiempo que necesites y, cuando termines, ven a la cocina.

Cuando Abuela Esme se aleja por el pasillo, me permito sonreír.

Va a pedirme que me quede.

Lo sé.

Después de la ducha más rápida de mi vida, me pongo unos vaqueros y una camiseta, me hago una trenza con el pelo mojado y me pellizco las mejillas para darles un poco de color. Quiero parecer reconfortada por su amabilidad y lo bastante joven para despertar todavía más su compasión.

Funciona.

Después de los huevos revueltos más deliciosos que he probado nunca, acompañados de crujientes lonchas de beicon, se sienta a mi lado en la enorme mesa de pino que preside aquella inmensa cocina.

—¿Cómo te llamas, querida?

Me gusta que, hasta ahora, no me haya presionado para obtener más información aparte de dónde me alojaba. Demuestra que quiere ir con cuidado y no entrometerse.

Perfecto para alguien como yo, con tanto que ocultar.

—Tillie.

—¿Diminutivo de Matilda?

Asiento, aunque no lo sea.

—Pues bien, Tillie, si no tienes dónde quedarte, eres más que bienvenida a permanecer aquí todo el tiempo que necesites. —Abre los brazos para abarcar la casa—. Tengo muchísimo espacio y, casualmente, estaba a punto de anunciar habitaciones en el pueblo para personas que necesiten un refugio, sea cual sea su situación. Así que, en cierto modo, tú vas a ser mi conejillo de indias.

Me río y ella me acompaña.

—¿Está segura? —pregunto, ocultando mi euforia tras una máscara de gratitud—. Porque de verdad me vendría muy bien esa ayuda.

—Claro que sí. ¿Quieres que te enseñe tu habitación?

—Me encantaría. Pero antes déjeme recoger esto.

Por la expresión de satisfacción que pone, sé que mis modales le han causado buena impresión. Mientras aclaro los platos y cargo el lavavajillas, me habla de su proyecto de convertir Ghost Gum House en un refugio acogedor para cualquiera que lo necesite.

No he conocido a muchas personas realmente bondadosas en mi vida, pero sé, por puro instinto, que Esme es una de ellas. Quiere compartir lo que tiene con quienes más lo necesitan y, estando yo al otro lado de esa generosidad, no tiene ni idea de lo mucho que significa para mí que me haya abierto las puertas de su casa sin esperar nada a cambio.

Cuando terminamos en la cocina, subimos las escaleras. Abre la primera puerta de la derecha y las lágrimas me escuecen al contemplar las paredes color limón, el marco azul de la ventana, la colcha y la alfombra a juego sobre el brillante suelo de roble. La habitación desprende una calidez que solo había conocido en los libros y que siempre había anhelado.

Es una habitación que puedo llamar hogar.

Cuando levanto la vista para encontrarme con la de Esme, debe de percibir que estoy al borde del desbordamiento emocional porque me dedica una sonrisa comprensiva y me da una cariñosa palmadita en el hombro.

—Tómate tu tiempo para acostumbrarte a tu nuevo hogar. Yo voy al mercado agrícola del pueblo. Te dejaré mi número en la cocina por si necesitas localizarme. ¿Tienes teléfono?

Asiento.

—Yo también le daré el mío.

—Ya habrá tiempo para eso, querida. —Vuelve a darme una palmadita en el hombro y, donde normalmente me apartaría del contacto físico, el de Esme resulta reconfortante—. Sírvete lo que quieras de la cocina si te entra hambre. Volveré dentro de unas horas.

Mientras baja las escaleras, me sorprende la enorme confianza que deposita en mí. Me deja sola en su casa, siendo una completa desconocida, durante varias horas.

O es un ángel...

...o una ingenua.

Habiendo crecido en un pequeño pueblo, sé que mucha gente ni siquiera cierra la puerta con llave y haría cualquier cosa por ayudar a un vecino. Pero la confianza absoluta que Esme deposita en mí no hace más que aumentar mi sentimiento de culpa.

Me estoy aprovechando de su bondad.

Solo pienso quedarme el tiempo suficiente para plantar arbustos y flores sobre la improvisada tumba del señor Ulverstone y esperar a que crezcan lo bastante como para que nadie sospeche jamás lo que hay debajo. Quizá unos meses. Como mucho, un año. El tiempo suficiente para asegurarme de que el secreto de Sharna... y el mío... permanezcan enterrados.

Aún no estoy completamente a salvo. En cuanto denuncien la desaparición del padre de Sharna, la policía registrará este lugar de arriba abajo. Interrogarán a todos, incluida Esme, pero tengo el presentimiento de que me protegerá si se lo pido.

Solo espero que Esme sea una mujer capaz de guardar secretos.

CAPÍTULO 35

CALEB

AHORA

El mordisco del agua helada me despierta de golpe.

Parpadeo, incapaz de ver más allá del marrón turbio del Estanque.

Los pulmones se me contraen, asfixiándome, mientras intento gritar y el agua se me cuela a borbotones por la boca abierta.

¿Cómo he llegado aquí? ¿He sufrido otra laguna?

Lo último que recuerdo es estar hablando con Tillie en la orilla del Estanque.

Y ahora estoy bajo el agua.

¿Está intentando matarme?

Pataleo y agito los brazos desesperadamente mientras puntos negros bailan en los bordes de mi visión. Me impulso hacia arriba con todas mis fuerzas, rompo la superficie y aspiro aire a bocanadas. Lo veo todo borroso, pero distingo una figura a unos treinta metros de distancia, observándome.

Pedir ayuda no sirve de nada.

Quienquiera que sea, es responsable de que me encuentre en esta situación.

Aun así, el instinto de supervivencia se impone y grito.

Solo consigo emitir un gorgoteo.

Lo intento otra vez.

Más fuerte.

Pero vuelvo a hundirme.

Algo pesado me empuja la cabeza desde atrás.

Alzo una mano y mis dedos encuentran una rama gruesa apoyada sobre mi coronilla, obligándome a permanecer bajo el agua.

Más hondo...

Más hondo.

Intento apartarme nadando, pero la rama no cede. Quien la sostiene es más fuerte que yo... o quizá soy yo quien ya está demasiado débil por toda el agua que he tragado.

Al poco, dejo de luchar.

La oscuridad invade mi visión como una nube.

Y me quedo ciego.

Sin poder respirar.

Mi último pensamiento es para la abuela.

Y para el peligro en el que está.

CAPÍTULO 36

TILLIE

ENTONCES

Los años pasan y yo sigo en Ghost Gum House.

Es el único hogar que he conocido.

No cuento la chabola de Dirtridge de la que escapé como un hogar; aquello era más bien una prisión gobernada por un carcelero sádico. Busco con regularidad en internet noticias de mi hermano y mi hermana, pero no encuentro nada. Incluso me registro en una de esas páginas de búsqueda familiar donde puedes poner tu nombre y a quién buscas. Uso nuestros apodos —Whisper, Thunder y Spinifex — con la esperanza de que Wayne y Maribel tengan la misma idea y quieran reencontrarse conmigo.

La abuela Esme me manda al pueblo todos los viernes. Insiste en ello; me dice que necesito relacionarme con gente de mi edad y no solo con los inquilinos de la casa. El Círculo de Encuentro que se celebra en el salón de la iglesia local me resulta insoportable. Todo el mundo allí sabe dónde vivo, así que dan por hecho que soy medio tonta, pobre, o las dos cosas. Hay algunas personas agradables, pero son mayores —madres con niños en primaria— que vienen por el café gratis, los milhojas de vainilla y por pasar unas pocas horas lejos de sus casas.

No tengo nada en común con ellas, pero al menos me hablan como a una persona normal y no se me quedan mirando como los jóvenes de mi edad. Aunque tampoco es que estos pasen mucho

tiempo hablando entre sí; están demasiado ocupados pendientes del móvil. Nunca lo he entendido. ¿Para qué quedar en persona si vas a pasarte todo el rato pegado a la pantalla?

Hoy las madres con las que suelo charlar no han venido. A uno de sus hijos le ha dado la varicela, así que están en cuarentena para no contagiar a nadie. Pero eso significa que estoy sola, acercándome de lado a la mesa donde está dispuesto el desayuno de media mañana, con la intención de agenciarme un milhojas de vainilla y largarme cuanto antes.

Pero los milhojas todavía no han llegado, y están tan buenos que no pienso irme sin comer uno. Paradojas de la vida: no me queda más remedio que sacar el móvil y ponerme a mirar la pantalla mientras espero, igual que el resto de los perdedores que hacen lo mismo.

Lo primero en lo que pincho es en la aplicación de búsqueda familiar. Lo hago por pura inercia; es lo primero que hago cada mañana, cada tarde y cada noche. Esta obsesión nace de la culpa. Cuando huí de Dirtridge, de aquel infierno al que llamaba hogar, ¿dejé a mis hermanos expuestos a una suerte peor que la muerte?

¿O mi padre los mató y lo encubrió de algún modo?

Nunca fue tan listo; años de alcoholismo le habían podrido el cerebro, pero cada día que pasa sin que sepa nada de mis hermanos, el remordimiento aumenta.

Sé que por eso ayudé a Sharna. Salvarla a ella fue una forma de saldar mi deuda. ¿Quién sabe a qué se habría enfrentado si yo no hubiera intervenido?

Mi pulgar toca el icono de la aplicación y veo que tengo tres notificaciones. No es nada nuevo; la aplicación me manda mensajes con regularidad para que me pase a la versión de pago, pero no lo necesito. No busco a más de tres personas, así que el plan gratuito me basta y me sobra.

Espero más de lo mismo cuando abro las notificaciones, pero esta vez veo el encabezado de un mensaje que hace que el corazón me dé un vuelco.

«Hola, Spinifex.»

Las manos me tiemblan con tanta violencia que casi se me cae el móvil, así que me lo meto en el bolsillo, me las limpio en los vaqueros y vuelvo a sacarlo. Respiro hondo y pulso en el mensaje, bajando rápidamente hasta el final para ver de quién es.

Wayne.

Mi hermano me ha encontrado.

Las lágrimas me pican en los ojos mientras vuelvo al principio del texto y lo leo.

«Hola, Spinifex:

Cuánto tiempo sin vernos.

Ya sé que es un tópico de lo más manido, pero me cuesta encontrar las palabras adecuadas.

Tengo muchísimo que contarte, pero por ahora te digo que me alegra enormemente haberme registrado en este sitio. Siempre me he preguntado qué fue de ti, si lograste sobrevivir después de escapar. No tienes idea de lo feliz que me hace saber que sí.

Estoy casado, sin hijos, aunque mi mujer y yo estamos a punto de separarnos. Algunas relaciones son demasiado difíciles y lo mejor es saber cuándo cortar por lo sano, ¿no?

Bueno, tú ya lo sabes, porque dejaste a papá, lo mejor que hiciste en tu vida. El cabrón está muerto. Ya te lo contaré todo cuando nos veamos.

¿Podemos quedar?

Tengo muchas ganas de verte. Ha pasado demasiado tiempo.

Wayne»

Un dolor punzante me oprime el pecho y se extiende por todo el cuerpo. Releo el mensaje dos veces, más perturbada por lo que oculta que por el hecho de que firme con su nombre real en vez de con Thunder.

No ha mencionado a Maribel.

And that glaring omission speaks volumes.

Mi hermana está muerta.

Wayne la habría mencionado si estuvieran en contacto, y el hecho de que no lo haya hecho significa que quiere suavizar el golpe contándomelo en persona.

Las lágrimas con las que llevo rato luchando se desbordan y me resbalan por las mejillas; me las seco con el dorso de la mano.

Esto lo causé yo.

Condené a mi hermana a enfrentarse a la furia de nuestro padre el día que salí corriendo.

Sabía lo que hacía cuando la dejé volver a la casa para proteger a Wayne, pero me largué de todas formas.

Elegí salvarme yo.

Y aunque tengo la suerte de haber escapado de aquel infierno, no puedo evitar la culpa que me quita el sueño algunas noches y me persigue en cada momento de vigilia.

Pensé que ayudar a Sharna aliviaría el remordimiento, pero al leer el mensaje de Wayne me doy cuenta de que me he estado engañando. Nada cambiará lo que hice, y mi egoísmo puede haberle costado la vida a mi hermana.

¿Y si hubiera vuelto a entrar en la casa con Maribel para salvar a Wayne? ¿Podríamos haber reducido entre los tres a nuestro padre borracho? Si hubiera tomado esa decisión, ¿habríamos crecido los tres juntos, más unidos que la mayoría de los hermanos a causa de los horrores que vivimos?

Nunca lo sabré, porque eché a correr, y con eso tendré que cargar el resto de mi vida.

Pero ahora mismo, mi hermano me ha encontrado, y cuanto antes nos veamos en persona, mejor.

Tenemos mucho de qué hablar.

CAPÍTULO 37

LAUREN

AHORA

Cuando Caleb sale a buscar a Tillie, yo me dirijo al jardín. Es extraño, pero me reconforta. No sé por qué; es el último lugar en el que quiero estar.

Alguien ha destrozado la zona junto al cobertizo. La tierra está esparcida por todas partes. Eso no pinta nada bien. Estoy a punto de acercarme para verlo de cerca cuando percibo una presencia a mi espalda. Me vuelvo y veo a Tillie a pocos metros, observándome con cautela.

Debe de estar tan harta de fingir como yo.

—Tenemos que hablar.

—Ya era hora, Sharna.

El énfasis que pone en mi verdadero nombre está de más. Sé perfectamente quién soy, aunque lleve años escondida tras un nombre falso.

Y ha llegado el momento de plantar cara a la mujer que ha guardado mi secreto sin pedirme nunca nada a cambio.

Hasta ahora.

—Es un lugar muy apropiado para esta conversación —digo mientras Tillie me guía hacia el cobertizo, junto al macizo de flores que cubre la tumba de mi padre.

—Pensé que apreciarías la ironía.

Su sonrisa de suficiencia me transporta de golpe a la primera vez que la conocí, en la gasolinera de Fitz, cuando me salvó... aunque, sin querer, también me expuso al lado más oscuro de mi padre.

—Te has currado mucho el papel. —Me apoyo en la puerta del cobertizo—. Me refiero a fingir que me odias.

—¿Quién dice que estoy fingiendo?

Su risa tiene un matiz estridente y me pregunto si de verdad siente algo por Caleb y si su resentimiento hacia mí es auténtico.

—¿Crees que alguien sospecha que nos conocemos?

Tillie pone los ojos en blanco.

—Ni de lejos. No hacen más que decirme que sea más amable contigo.

—Entonces seguimos a salvo.

Una sombra le cruza el rostro.

—¿La verdad? Creo que tu llegada solo está aplazando lo inevitable. Esme sigue emperrada en vender la casa. De hecho, me ha dicho que, en cuanto Caleb vuelva de su paseo, firmarán los papeles.

—No lo hará cuando termine con ella. —Me acaricio el vientre—. Ya he empezado a soltar indirectas sobre formar una familia y criar aquí a nuestros hijos. Estoy convencida de que no venderá.

Los ojos de Tillie se abren de par en par.

—¿Serías capaz de llegar tan lejos?

—Si tengo que elegir entre quedarme embarazada para tapar el hecho de que mi padre está enterrado aquí o arriesgarme a que nuestro secreto salga a la luz y acabemos en el calabozo, sí. Me quedaré embarazada.

Me observa con expresión escrutadora.

—Has cambiado.

—¿En qué sentido?

—Te has endurecido.

—No me ha quedado otra. Desde el momento en que le abrí la cabeza de un sartenazo a mi padre, aquel pederasta, y cayó redondo, tuve que reinventarme.

Inclino la cabeza mientras la observo.

—¿Y tú? Llevas años guardando nuestro secreto. ¿No sientes ni el menor resentimiento?

—¿La verdad? Ghost Gum House es el primer sitio al que he podido llamar hogar. —Su sonrisa es tranquila—. Me gusta sentirme útil. Para Esme y para todos los inquilinos que han pasado por aquí a lo largo de los años.

—¿And your family? ¿Has dejado de buscarla?

Una barrera desciende sobre sus ojos.

—Ahora mi familia es Esme.

—¿Y yo?

Lo digo medio en broma, pero en el fondo sé que Tillie también ha cambiado. Se ha vuelto más blanda cuando, de las dos, antes era ella la fuerte.

Si yo he hecho todo lo posible por mantener nuestro secreto a salvo, ella no se ha quedado atrás. El año pasado sedujo a Caleb porque yo se lo pedí, justo cuando Esme habló por primera vez de vender la casa y Tillie volvió a ponerse en contacto conmigo. Esperaba que Caleb se colara por ella y decidiera conservar la casa, permitiéndome seguir viviendo la vida que había construido con pies de plomo.

Pero Caleb no cayó en sus redes, así que tuve que intervenir yo.

Seducir a Caleb para asegurarme de que esta casa siga en la familia era algo que tenía que hacer.

Mi libertad depende de ello.

—Eres la única persona que conoce toda la verdad sobre mí, Sharna. Supongo que eso nos convierte en familia.

No suena convencida, y me pregunto hasta qué punto ha cambiado mi amiga.

Y, por primera vez, me planteo si Tillie representa una amenaza mayor que una aliada.

—Y la familia comparte sus secretos —dice, mientras un sentimiento de culpa mal disimulado le cruza la mirada.

Un escalofrío me recorre la piel.

—¿Qué has hecho, Tillie?

Vacila antes de murmurar:

—Nada.

Pero su mirada se desvía hacia el estanque.

Invado su espacio personal con una calma apenas veladamente amenazadora.

—Dímelo.

Veo el miedo asomar a sus ojos cuando retrocede un paso para poner distancia entre las dos.

—Caleb está en el estanque. Discutimos. Pensé que iba a firmar los papeles. —Se muerde el labio inferior—. Puede que esté en peligro.

—¿Por culpa de quién?

—Ve.

Y, sin decir una palabra más, sale corriendo hacia la casa.

CAPÍTULO 38

LAUREN

AHORA

Llego demasiado tarde.

Cuando alcanzo el Estanque, presencio lo impensable.

Owen está ahogando a Caleb.

Siento un dolor extraño donde debería estar el corazón. No quiero a Caleb. Lo utilicé. Pero era un buen hombre que no merecía morir, aunque yo misma había contemplado esa posibilidad en cuanto vi los papeles de la inmobiliaria sobre el escritorio del estudio.

La venta no puede seguir adelante, pero después de entrar en pánico unos minutos y preguntarme qué demonios podía hacer, decidí redoblar la estrategia del embarazo: fingir uno para, más adelante, sufrir un aborto. Estoy convencida de que Esme no venderá si insisto en que quiero criar aquí a su bisnieto.

Entonces Tillie me encontró y me envió hasta aquí.

Así que sabe lo que ha hecho Owen.

Cuando llegué, vi a Owen sujetando una gruesa rama de eucalipto mientras mantenía la cabeza de Caleb bajo el agua.

Paralizada por la impresión, lo llamo a gritos. O no me oye, o decide ignorarme. Mientras observo cómo Caleb deja de luchar y Owen arroja la rama antes de echar a correr, pasando a mi lado sin apenas mirarme, no puedo evitar sentir un ligero alivio.

Owen me ha hecho un favor.

Como viuda de Caleb, tengo derecho a su parte de la casa, lo que significa que Esme no podrá vender sin mi consentimiento.

Aunque tampoco querrá hacerlo ahora.

Estará demasiado ocupada llorando a su nieto.

Echo a correr tras Owen y, cuando nos acercamos a la casa, su carrera se convierte en un trote lento que por fin me permite alcanzarlo.

Jadeando, niego con la cabeza.

—¿Qué demonios has hecho?

Lo miro boquiabierta.

—He hecho lo que había que hacer.

Tiene la mandíbula tensa y la mirada desafiante.

—No finjas que tienes el corazón roto.

Suelta una risita burlona.

—Sé por qué te casaste con él.

—No sabes nada de mí.

Ignoro el nudo que empieza a formarse en mi estómago.

Tengo la inquietante sensación de que está jugando conmigo.

—¿Ah, no?

Esta vez estalla en una carcajada y señala el cobertizo del extremo del jardín.

—Sé que no eres mejor que yo, porque tú también mataste a un hombre.

La sangre se me hiela, pero finjo no entender.

Tengo que hacerlo.

Porque si conoce mi secreto, no sé de lo que puede llegar a ser capaz.

—No sé de qué estás hablando.

Entorna los ojos y su sonrisa adquiere un aire depredador.

—No hace falta que te hagas la tonta conmigo. Sé que mataste a tu padre y lo enterraste junto **al** cobertizo. Sé que la única razón por la que te casaste con Caleb fue asegurarte de conservar esta casa para que ningún promotor inmobiliario obsesionado con comprarla removiera ese jardín y sacara a la luz tus pecados. Sé que obligaste a Tillie a encubrirte, hasta el punto de que lleva años envenenando a Esme para evitar que vuestro pequeño secreto salga a la luz.

Me quedo paralizada.

Conmocionada hasta la médula.

Lo único que tiene sentido es que Tillie me ha traicionado.

¿Pero por qué contárselo precisamente a Owen?

¿Está metida con él?

Me observa con unos ojos fríos, casi reptilianos.

—¿Y bien? ¿Qué tal lo he hecho? ¿Crees que te conozco?

—No sabes una mierda.

Las palabras salen escupidas entre el miedo y la rabia.

Quiero arrancarle los ojos.

Peor aún.

Quiero silenciarlo, igual que él ha silenciado a Caleb.

—¿Sabías quién era yo cuando nos acostábamos? —pregunta, siguiéndome con la mirada como si fuera un gusano retorciéndose bajo un microscopio.

—¿Quién eras?

Estoy completamente perdida.

No entiendo adónde quiere llegar.

—No lo sabías.

Se ríe.

—Pues la broma es para ti, cariño. Yo sí sabía perfectamente quién eras y por eso te mantuve cerca durante tanto tiempo. Eres una maniática del control, pero fui yo quien provocó nuestro primer encuentro. Cuando Tillie me contó lo que le habías hecho a tu padre, cuánto tiempo llevaba encubriéndote y el peligro de que todo saliera a la luz, tuve que tomar el control de la situación. Te atraje con mi dinero y mi vida de lujo porque Tillie me dijo que así sobrevivías: cazando hombres ricos. Y fue demasiado fácil.

Yo te manipulé *a ti*.

Se señala los ojos con dos dedos y luego me apunta con ellos.

—Necesitaba vigilarte.

—No lo entiendo.

Es la primera verdad que digo en muchísimo tiempo.

—Quizá deberías preguntárselo a tu querida Tillie.

Niega lentamente con la cabeza.

—Mi hermana siempre tuvo muy mal criterio para confiar en la gente.

¿Hermana?

¿Tillie es la hermana de Owen?

Las piezas del puzle empiezan a recolocarse en mi cabeza.

—¡Sorpresa! —dice, abriendo los brazos—. Cuando Tillie no consiguió que Caleb se enamorara de ella y tampoco fue capaz de matar a Esme porque mi hermana tiene el corazón demasiado blando, se puso en contacto conmigo al mismo tiempo que contigo. ¿Sabías que fue ella quien me encontró?

Por lo visto, no sé absolutamente nada.

Durante todo este tiempo creí que era yo quien movía los hilos.

Pero Tillie me ha manipulado.

Sospechaba que quizá estuviera envenenando a Esme, pero oírlo de su boca me deja sin respiración.

La asesina soy yo.

No ella.

¿Por qué llegaría tan lejos para protegerme?

—No tenía ni idea de que fuerais hermanos. ¿Y vuestra otra hermana?

Su expresión se vacía de golpe y la tristeza oscurece sus ojos.

—Eso no es asunto tuyo.

He tocado un punto sensible.

Pero ahora no es el momento de profundizar.

Tenemos que hablar de Caleb y de lo que ocurrirá cuando la policía empiece a investigar este lugar.

Porque todos tenemos algo que esconder.

—No puedo creer que hayas matado a Caleb. ¿No te preocupa que la policía venga a por ti? Tu mujer desapareció, eres el principal sospechoso y ahora muere otra persona estando tú presente.

Endereza los hombros con una arrogancia casi insultante.

—¿Tengo pinta de estar preocupado?

Sonríe.

—Mi mujer no está desaparecida. Está muerta. Y soy más listo que tú y que Tillie porque la escondí en un sitio donde jamás la encontrarán.

—¿La mataste? ¿Por qué?

La pregunta se me escapa antes de poder detenerla.

Qué estúpida soy.

Porque si conozco la verdad, corro el mismo peligro que su esposa.

—Por dinero. La razón número uno por la que la gente pierde la cabeza y hace estupideces.

Su risa resulta inhumana.

—Descubrió lo nuestro. Amenazó con quitármelo todo y dejarme sin un céntimo. Así que me ocupé del problema... y luego me fui a comer contigo.

Horrorizada, intento asimilar que había asesinado a su mujer el mismo día que almorzó conmigo y la policía lo interrogó.

Nunca dejaré de equivocarme con este hombre.

Pero necesito saber por qué estaba tan obsesionado conmigo.

—¿Por qué querías vigilarme?

—Para proteger a Tillie, por supuesto.

Eso es exactamente lo que yo también he hecho todos estos años.

Hay algo que se me escapa.

Antes de que pueda seguir preguntando, unas sirenas rompen el silencio.

Owen mira por encima de mi hombro y frunce el ceño.

—Han llegado demasiado rápido.

La única persona que sabe lo que Owen acaba de hacer es Tillie.

¿Habrá tenido un ataque de conciencia y llamado a la policía?

Aunque eso también la incriminaría.

Me duele la cabeza.

Nada tiene sentido.

—Owen... ¿qué vamos a decir?

—Lo de siempre.

Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Nada.

Como si nuestros secretos fueran un juego.

Las sirenas están ya muy cerca.

Me vuelvo y descubro, sorprendida, que no es la policía.

Son los paramédicos.

Lo que significa que quizá Caleb siga vivo.

Owen comprende las implicaciones al mismo tiempo que yo.

Toda la sangre desaparece de su rostro.

Y, por primera vez en mucho tiempo, siento una diminuta chispa de esperanza.

Si señalo a Owen y a Tillie...

Quizá consiga salir indemne.

Aunque es un pensamiento absurdo.

Ellos le dirán a la policía que excave donde está enterrado mi padre.

Y entonces estaré perdida.

¿Cómo han podido llegar los paramédicos tan rápido?

Cuando veo aparecer a Tillie desde la dirección del **Estanque**, haciéndoles señas para que se acerquen, por fin entiendo.

Mi mejor amiga.

Mi cómplice.

Ha cometido una estupidez monumental.

Y todos vamos a pagar las consecuencias.

CAPÍTULO 39

TILLIE

AHORA

He cometido muchísimos errores en mi vida.

Pero el mayor ha sido confiar en mi hermano.

Cuando se puso en contacto conmigo por primera vez, pensé que tenía una oportunidad de redención. Que el peso de haber abandonado a Maribel no me aplastaría tanto si Wayne y yo conseguíamos reencontrarnos.

Resulta que Wayne es tan malo como nuestro padre.

No es que sea alcohólico, pero su maldad innata lo hace aún peor. Con nuestro padre podía buscar excusas para su comportamiento espantoso: el alcohol le había embotado el cerebro.

¿Y Wayne qué excusa tiene?

Me contó lo que le pasó a Maribel el día que huí: que papá le dio un bofetón, que ella se golpeó la cabeza contra el borde de la mesa de centro y murió en el acto. La única manera que tuvo Wayne de sobrellevarlo fue cerrarse en banda.

Esperó a que papá se tambaleara hasta la cama y se desplomara, y entonces salió a escondidas y prendió fuego a dos casas del barrio para borrar sus huellas, porque ya sabía lo que pensaba hacer: quemar nuestra casa. Volvió, roció el interior de la vivienda con el combustible del bidón que papá guardaba en el cobertizo, le puso un cigarrillo en la mano, encendió una cerilla y le dio fuego. Soltó la

cerilla y retrocedió hasta la puerta, esperando a que la llama prendiera en el rastro de combustible que había dejado entre la cama y las cortinas, sabiendo que, en cuanto estas ardieran, la casa entera se consumiría enseguida.

Wayne se roció combustible encima y se golpeó la parte trasera de la cabeza contra la nevera, dejando un abollón considerable y una «prueba» de que su padre lo había empujado contra ella y él había perdido el conocimiento, del que solo despertó cuando el humo lo hizo reaccionar. Para entonces ya se había arrastrado hasta fuera, justo a tiempo de ver cómo la casa estallaba en una bola de fuego que abrasaba a su padre y a su hermana.

Nadie puso en duda la versión de Wayne. La señora Crabb, la vecina de al lado, corroboró su relato: que nuestro padre era un maltratador de mierda, y la investigación confirmó su historia. Que nuestro padre había matado a Maribel, había dejado inconsciente a Wayne cuando este intentó defenderse, había rociado a sus hijos y la casa con combustible antes de prenderse fuego a sí mismo y a todo lo demás.

A causa de los otros incendios provocados en las inmediaciones, la policía sospechó que papá había quemado esas casas para borrar sus huellas, como si desde el principio hubiera tenido intención de matar a sus hijos.

Wayne dijo que soy la única que conoce la verdad, y no sé si sentir horror o terror.

Si Wayne es capaz de cometer asesinato y provocar incendios, ¿de qué más será capaz conmigo?

Ojalá no le hubiera contado nunca lo que hizo Sharna hace tantos años y cómo la ayudé a encubrirlo. Ni hasta dónde estoy dispuesta a llegar para proteger nuestros secretos.

Y el imbécil también ha metido a Ria en nuestro lío. Es su novia, un plan de reserva por si él no conseguía acercarse lo suficiente a Abuela Esme y yo fallaba. Siempre dice eso de mí, que soy un fracaso, que a pesar de la oportunidad que me dio de escapar de papá hace tantos años, no supe aprovecharla. Que soy una perdedora por haberme encerrado aquí y haber desperdiciado mi vida.

No le digo que Ria se parece a mí, así que quizá el perdedor es él por tener una novia que se parece a su hermana, porque ahora que sé de lo que es capaz, no puedo permitirme enemistarme con él.

Sabe demasiado, pero necesitaba ayuda cuando Caleb no cedió a mi seducción. No tenía ni idea de hasta dónde llegaría Sharna —casarse con Caleb para impedir que la casa se vendiera— y para entonces ya había metido a Wayne en el asunto.

Él se había reinventado como Owen Rush tras el incendio, decidido a dejar atrás su pasado. Y cuando su matrimonio se derrumbó, vino aquí, se instaló en Ghost Gum House y se hizo imprescindible para Esme, por si yo no conseguía convencerla de que no vendiera.

Hoy he entrado en pánico al ver a Esme hojeando los documentos de venta de la casa, dispuesta a firmar, y se lo he contado a Owen. Él se ha quedado extrañamente tranquilo y me ha dicho que se encargaría.

Jamás, ni en mis peores pesadillas, imaginé que eso significaría asesinar a Caleb.

Estaba tan furiosa con Caleb después de nuestra conversación junto al Estanque que lo agarré por los hombros y empecé a sacudirlo, y entonces apareció Owen. Me quedé paralizada cuando empujó a Caleb al Estanque, y boquiabierta cuando cogió una rama y lo hundió bajo el agua. Salí corriendo y me topé con Lauren en el jardín, intentando parecer despreocupada después de haber presenciado el segundo asesinato de mi vida.

No pude salvar a Maribel, pero Caleb tenía una oportunidad. Llamé a emergencias y luego mandé a Lauren al Estanque. Ella tenía tan pocas posibilidades de reducir a Owen como yo, pero los seguí a distancia, escondiéndome, hasta que pasaron corriendo a mi lado y dejaron a Caleb por muerto. Corrí al Estanque y usé la misma rama para arrastrar a Caleb, inconsciente, hasta la orilla, empleando cada gramo de fuerza para sacarle la cabeza y el pecho del agua.

Mis intentos de reanimación son torpes, pero por suerte llegan los paramédicos y corro a su encuentro. Los llevo hasta el cuerpo inconsciente de Caleb y ellos se hacen cargo de la reanimación cardiopulmonar. Veo el alivio en sus caras cuando uno de ellos grita:

—Tiene pulso.

Lloro, con sollozos incontenibles que me sacuden el cuerpo y me hacen martillear la cabeza, mientras los sigo hasta la parte delantera de la casa y los veo cargar a Caleb en la ambulancia y alejarse con las sirenas aullando y las luces parpadeando.

Solo entonces veo a Wayne y a Sharna —ya no puedo pensar en ellos como Owen y Lauren; su engaño ha terminado— hablando cerca del cobertizo y lanzándome miradas.

¿Sabe Sharna que Wayne es mi hermano? ¿Cuánto le ha contado él?

¿Confía más en él que en mí?

El corazón se me encoge cuando avanzan hacia mí y yo, instintivamente, retrocedo hacia la casa. Siento un inmenso alivio cuando Esme sale precipitadamente por la puerta, blandiendo una bolsa de viaje.

—Tillie, necesito que vayas al hospital con esto. Caleb necesitará algunas cosas.

Confusa, me quedo mirándola. Caleb no necesita nada ahora mismo, y si alguien debería llevarle sus cosas al hospital es Sharna, su mujer.

Pero cuando Esme me coge la mano y me cierra los dedos con firmeza alrededor del asa de la bolsa, sé lo que está haciendo.

Me está poniendo a salvo.

Protegiéndome como lleva años haciendo.

Lo que significa que sabe lo que ha pasado.

—Necesito hablar con Lauren —murmura, con los ojos suplicándome que la escuche—. Vete. Ahora.

Me pone las llaves del coche en la mano libre y me da un pequeño empujón justo cuando Wayne y Sharna llegan hasta nosotras.

—¿Vas a estar bien? —articulo en silencio.

Ella asiente, apretando los labios mientras fulmina con la mirada a mi hermano y a mi antigua mejor amiga por encima de mi hombro.

Corro hacia el coche sin mirar atrás.

CAPÍTULO 40

LAUREN

AHORA

Después de que la ambulancia se lleve a Caleb, Esme insiste en que la acompañe a su dormitorio.

No quiero estar cerca de ella, por miedo a desmoronarme a sus pies entre sollozos y dejar escapar la verdad.

Pero ella exige que haga lo que dice, y no me queda otra opción.

Si Caleb no despierta, tengo su poder notarial —tanto médico como financiero—, así que seré copropietaria en igualdad de condiciones de esta casa.

Lo que significa que jamás aceptaré venderla y mi secreto seguirá a salvo.

—Cierra la puerta al entrar —dice Esme mientras la sigo hasta el dormitorio.

Es la habitación más grande de la casa, con unas vistas increíbles sobre el jardín, hasta el Estanque, y en ese momento comprendo por qué me ha hecho venir aquí.

Lo vio.

Todo.

Y sabe que soy cómplice del asesinato de su nieto.

—Caleb va a estar bien —dice en voz baja, como si mantuviera una conversación intrascendente, pero veo que le tiemblan las manos cuando me hace un gesto para que me siente en la chaise longue junto a la ventana.

—Debería estar con él. —Me llevo una mano al pecho, fingiendo hasta el final—. Soy su mujer.

—Eres una mentirosa y una asesina, y haré que te pudras en el infierno por todo lo que has hecho.

El miedo me serpentea por la espalda. Negarlo sería inútil si vio lo ocurrido, así que recurro a una verdad a medias.

—Sé que tiene mala pinta, que no hiciera nada para detener a Owen, pero estaba en estado de shock. Y jamás habría podido reducirlo. Está como una cabra, es un lunático...

—No me refiero a ese asesinato. —La sonrisa de Esme es escalofriante—. ¿Cómo mataste a tu padre, Sharna?

Me quedo boquiabierta, incapaz de articular palabra mientras mi mente da vueltas.

—¿Sabes quién soy?

Su carcajada áspera no tiene ni rastro de humor.

—Lo sé desde el principio. —Me señala la cara—. ¿Crees que cambiarte el color de pelo y ponerte gafas podía engañarme?

—Pero cómo... —Sacudo la cabeza, aturdida por este giro terrible —. Desaparecí de niña. Tengo un aspecto completamente distinto.

—Reapareciste de adolescente y la historia fue noticia en todo el país. —Se toca la sien—. Nunca olvido una cara.

Podría alargar esto, fingir que no sé de qué habla respecto a mi padre, pero ¿qué sentido tiene? Si Esme conoce mi secreto, estoy perdida de todas formas.

—Me viste enterrar a mi padre —digo, como una afirmación, no como una pregunta.

Ella asiente.

—Soy insomne desde hace décadas, así que os vi a ti y a Tillie arrastrar su cuerpo entre los arbustos que separan nuestras casas, cavar una tumba poco profunda y meterlo dentro.

—¿Por qué no nos denunciaste? ¿Y por qué acogiste a Tillie y la dejaste vivir aquí todos estos años?

Se encoge de hombros.

—Tenía mis sospechas sobre Ray. La manera en que miraba a Caleb cuando era pequeño me ponía en guardia. Y me preocupé cuando reapareciste para vivir con él, así que supuse que había

intentado algo contigo y que tú habías reaccionado en defensa propia.

Su expresión dura se suaviza.

—No merecías un juicio ni la cárcel, no después de todo lo que habías pasado.

—Mató a mi madre —digo, pensando que necesito ganarme toda la simpatía posible para evitar que Esme cambie de idea y me entregue ahora a la policía—. Ella le pagó a Fitz para que me escondiera todos esos años y fingió mi secuestro.

—Ya me lo imaginaba. En cuanto a Tillie, no tenía ni idea de qué papel jugaba en todo esto, pero cuando la encontré durmiendo frente a mi puerta a la mañana siguiente, la acogí con la intención de averiguar qué había pasado. Pero es una amiga leal. Nunca te mencionó, a pesar de mis sutiles tanteos, y ha guardado tu secreto todos estos años.

—¿Pero por qué permitirle quedarse?

No tiene sentido que Esme haya albergado bajo su techo a una posible asesina.

—Algunas personas merecen una segunda oportunidad.

No entiendo la críptica respuesta de Esme, y antes de que pueda interrogarla, añade:

—Supongo que por eso pusiste la mira en mi nieto. Para proteger tu secreto.

Asiento, harta de fingir.

—En cuanto Tillie descubrió que querías vender y que podría haber promotores interesados en comprar, nos entró el pánico, porque habrían remodelado el jardín y descubierto el cuerpo. Así que, cuando sus intentos de acercarse a Caleb fracasaron, di un paso al frente.

La confusión le arruga la frente y yo suelto una risita.

—¿No sabías que Tillie y Caleb se acostaron el año pasado?

—No. —Sus labios se comprimen en una línea de disgusto—. Mi pobre nieto, engañado por dos como vosotras.

Me dan ganas de decir: «Caleb es un ingenuo», pero no tiene sentido provocarla.

—Caleb es un buen hombre y me importa mucho.

A juzgar por su mirada entornada, no me cree. No importa. Si Caleb no sobrevive, seré la nueva copropietaria de la mitad de Ghost Gum House, y con la edad que tiene Esme, tarde o temprano tomaré el control de este lugar de un modo u otro.

Esme también lo sabe. Por eso me mira con idénticas dosis de desdén y miedo.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para proteger tu sucio secretito? —pregunta.

—No estoy segura de a qué te refieres...

—No diré una palabra sobre dónde está enterrado el cuerpo de Ray si haces lo que te digo.

Nunca pensé que la anciana pudiera intimidarme, pero mientras escucho su plan con un horror creciente, me doy cuenta de que el chantaje es el menor de sus pecados.

CAPÍTULO 41

TILLIE

AHORA

Apenas llego al hospital y entrego la bolsa de viaje de Caleb al personal de enfermería cuando Esme me manda un mensaje.

> Tillie, tienes que volver. Owen está en apuros. Está junto al Estanque, comportándose de forma extraña. Me preocupa su seguridad. Me ha dicho la verdad: que eres su hermana. No me enfada que no me lo dijeras. Eres como una hija para mí, y nunca te guardaría rencor por algo así. Estoy segura de que tienes tus razones para haber ocultado su identidad, y hablaremos de eso más adelante, pero ahora mismo necesito que vuelvas deprisa y te reúnas conmigo en el Estanque.

Aprieto el teléfono con fuerza, invadida por el miedo. ¿Qué demonios ha hecho Owen ahora?

¿Acaso no ha hecho ya suficiente?

La enfermera a la que le entregué la bolsa de Caleb me ha dicho que está en la UCI y que no pueden darme información sobre su estado porque no soy familia.

Yo misma mataré a Owen si Caleb no sobrevive.

Después de enterarme de la verdad sobre nuestro padre y Maribel, cuanto menos vea a mi hermano, mejor. Pero no sé cómo deshacerme de él sin delatarme ante Esme. Aunque, pensándolo

bien, su mensaje suena más comprensivo que furioso. Nuestra conexión es genuina, y si le suplico que obligue a Owen a marcharse, lo hará.

Podría conseguir que lo encerraran diciendo que fui testigo de cómo intentaba asesinar a Caleb, pero eso implicaría a Lauren, y por lo que vi, ella parecía tan horrorizada como yo por lo que hizo Owen.

En cuanto a por qué Owen le ha contado a Esme que somos hermanos… mi hermano está loco. Nada bueno puede salir de esto, y para alguien tan hábil mintiendo, ha cometido un error monumental.

¿Qué espera conseguir? ¿Que, como Esme me aprecia a mí y él se ha acercado a ella, nos deje la casa si Caleb muere? Está verdaderamente loco. Si Caleb no sobrevive, Lauren heredará su parte.

Lo que significa que corre más peligro a manos de mi demente hermano de lo que cree.

Me martillea la cabeza mientras conduzco de vuelta a la casa, intentando analizar las implicaciones de contarle a Esme la verdad. ¿Me creería? Puede que la conozca desde hace mucho más tiempo que Lauren, pero Lauren es ahora su nieta política, y si Lauren miente y dice que fui yo quien mató a su padre hace todos esos años, que todo el plan de enterrarlo y encubrirlo fue mío, ¿a quién creerá Esme?

Se pondrá del lado de Caleb si él le pide a su abuela que proteja a su esposa, lo que significa que estoy en un aprieto mayor del que creía.

Al girar hacia el camino de entrada, recuerdo la primera vez que llegué a Ghost Gum House y la sensación de que ese lugar guardaba mi destino entre sus paredes.

Resulta que así era, porque si algún día encuentran el cuerpo de Ray…

Aparco y salgo del coche de un salto, desesperada por llegar al Estanque. Haga lo que haga Owen, o diga lo que diga, tengo que detenerlo.

Esme no sabe que Owen intentó ahogar a Caleb deliberadamente, y si se le escapa eso —junto con la revelación de

que somos hermanos— me quedaré sin casa y, peor aún, quedaré como una mentirosa manipuladora que ha engañado a Esme durante años.

Salgo corriendo hacia el Estanque, esperando llegar a tiempo de conseguir que mi estúpido hermano mantenga la boca cerrada. Pero al acercarme, Owen no aparece por ningún lado. Tampoco Esme. En cambio, veo a Lauren asomada al Estanque, con las manos entrelazadas a la espalda, como si estuviera dando un paseo.

—¡Sharna! —la llamo, y cuando se vuelve, tropiezo.

Su expresión es una mezcla de horror y compasión.

—No te acerques más, Tillie —dice.

Pero la ignoro y echo a correr hacia el Estanque, frenando en seco al borde.

Normalmente no me acercaría tanto; mi miedo innato al agua me mantiene bien alejada de cualquier cosa más profunda que una bañera. Pero esa expresión en el rostro de Sharna me da más miedo que el Estanque.

Cuando veo a Owen flotando boca abajo en el agua, con los brazos extendidos, me espanta que mi primera reacción sea de alivio.

Mi hermano no va a revelar ninguno de mis secretos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—No lo sé. Lo he encontrado así. Lo siento mucho, Till.

—Gracias —digo de forma automática—. ¿Quizá le remordió la conciencia por lo que le hizo a Caleb?

—Quizá.

Se acerca de lado a mí.

—¿Lo viste? ¿Viste cómo mantuvo a Caleb bajo el agua?

Asiento.

—Vosotros dos salisteis corriendo y lo dejasteis por muerto.

—No fue mi mejor momento.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se encoge de hombros.

—¿Qué quieres que diga? Sabes que no podemos permitir que vendan esta casa y hemos estado haciendo todo lo posible para impedirlo. De nada sirve acobardarse ahora.

Está sobrenaturalmente tranquila. Despiadada. Helada.

—Caleb no tenía que morir —digo—. Habríamos encontrado otra solución.

—¿De verdad?

Algo en su forma de decirlo me eriza la piel, y mi mirada vuelve a posarse en mi hermano. La despreocupación con la que me contó que había quemado varias casas y nuestra casa de la infancia con nuestro padre y Maribel dentro. La indiferencia de su rostro mientras empujaba a Caleb bajo el agua con la rama y lo mantenía allí.

¿Podría un monstruo como ese sentir remordimientos hasta el punto de quitarse la vida?

Lo dudo, y mientras considero la posibilidad de que Lauren le haya hecho a Owen lo mismo que él le hizo a Caleb, siento unas manos en mitad de la espalda.

—Lo siento, Tillie. Has sido como una hermana para mí, la mejor amiga que he tenido jamás —dice Lauren, un instante antes de empujarme hacia delante y hacerme caer de bruces al Estanque.

Aspiro por puro reflejo y trago una bocanada de agua sucia y fangosa. Me agito, intentando que los brazos y las piernas obedezcan a la vez.

Es inútil.

Sé en el momento en que toco el agua que voy a morir junto a mi hermano, y mientras me hundo bajo la superficie, con la oscuridad cerrándose por los bordes de mi visión, deseo no haberme hecho amiga jamás de Sharna Ulverstone.

CAPÍTULO 42

ESME

La sociedad no le concede suficiente mérito a la gente mayor.

Ven nuestra piel arrugada y nuestro andar rígido y piensan que estamos rotas, que chocheamos.

Pero eso es precisamente lo bueno de la edad.

Nos proporciona el camuflaje perfecto.

La gente no nos ve de verdad. Podemos observar sin que nos detecten. Podemos cometer un crimen y nadie nos ve venir.

Y, sin embargo, nosotras lo vemos todo.

Hace muchos años, vi a Tillie y a Sharna —Lauren ahora, un nombre mucho más bonito— arrastrar el cadáver del padre de Sharna hasta el rincón más alejado de mi jardín. Las observé cavar un hoyo, hacer rodar el cuerpo dentro y volver a taparlo.

No sé qué ocurrió exactamente, pero llegué a una conclusión razonable.

Ray Ulverstone era un individuo repugnante. La forma en que miraba a Caleb cuando era pequeño hizo que jamás dejara a mi nieto jugar solo en la parte delantera ni trasera de nuestra casa cuando Ray andaba cerca.

Ese hombre tenía unas inclinaciones horribles, de las que supongo que su mujer acabó enterándose, y por eso murió. Él nunca habría arriesgado que su secreto saliera a la luz, así que la mató.

Y si su mujer sabía que su marido era un pedófilo, ¿hasta dónde sería capaz de llegar una madre para proteger a su hija?

Cuando Sharna desapareció, una pequeña parte de mí se preguntó si una madre preocupada lo habría orquestado todo.

Yo haría cualquier cosa por proteger a Caleb.

Y lo he hecho.

Por eso Owen está pagando ahora mismo por sus pecados.

La policía no cuestionará una muerte por ahogamiento. Al fin y al cabo, ¿no era eso exactamente con lo que él contaba si Caleb moría?

Pero en el caso de Owen, jamás nos vio venir.

A ninguna de las dos.

Sabía que podía contar con Lauren. Creo que seguiré llamándola así. Ya no es Sharna. Ese secreto en particular está a salvo conmigo.

Tuve que reclutar la ayuda de Lauren para deshacernos de Owen. ¿Quién sabe hasta dónde habría llegado? Si no tuvo escrúpulos en intentar asesinar a Caleb, yo habría sido la siguiente, y no podía permitirlo.

Resulta que no soy la única que protege a Tillie. Owen era su hermano y habría hecho cualquier cosa para mantener en secreto el papel que ella jugó en el asesinato de Ray.

Una vez que Lauren me contó todo, supe lo que había que hacer.

Ella estuvo de acuerdo conmigo.

Es una mujer inteligente y con recursos. Quiero decir, ¿a quién se le ocurre apuntar a mi nieto y lograr que se case con ella?

Debería odiarla, pero no lo hago. Ha tenido una vida dura. Matar a su padre debe de haberle pesado durante todos estos años, y asumir una identidad falsa habrá sido un estrés enorme, vivir con el miedo constante a ser descubierta.

No, no la culpo por los extremos a los que tuvo que llegar.

Además, ahora estamos unidas de manera indisoluble.

Soy una asesina, igual que ella.

Me partió el corazón tener que empujar a Tillie al Estanque, conociendo su terror al agua, nacido de su incapacidad para nadar. Pero con Lauren ayudándome a deshacerme de Owen —esa es la única desventaja de la vejez, la debilidad muscular, así que tuve que

contar con ella—, no podía fiarme de que Tillie mantuviera la boca cerrada.

Sobre nada.

El momento en que la empujé al Estanque cambió nuestras vidas para mejor. Lauren me respaldará.

Estamos unidas para siempre por nuestras mentiras y engaños.

También estamos de acuerdo en asegurarnos de que Caleb siga sin saber lo que hemos hecho. Cuando se recupere, claro. Si Tillie no hubiera tenido un ataque de culpa y llamado a los servicios de emergencia, no quiero ni pensar lo que le habría pasado a mi nieto. Habría muerto, igual que murió Owen, con Lauren y yo sujetándolo bajo el agua con la misma enorme rama que él había usado con Caleb.

Pero los médicos del hospital confían en que Caleb se recuperará por completo. Le contaremos lo que necesita saber —sobre la conexión entre Tillie y Owen—, pero inventaremos el resto. Que planeaban hacerse con el control de la casa a través de mi testamento, que Tillie me estaba envenenando, que Owen y Ria formaban parte de todo ello, y que entraron en pánico cuando se enteraron de que iba a vender. Ria ha desaparecido, seguramente salió huyendo cuando creyó que Owen había asesinado a Caleb. Que le vaya bien. Qué chica tan necia, meterse con alguien como Owen. No representa ninguna amenaza para mí, así que la dejaré marchar y espero que en el futuro tome decisiones más sensatas.

Aunque no tengo pruebas, estoy convencida de que Owen vio su parecido con Tillie y por eso la trajo aquí. Tillie debió de hablarle de mi cariño por ella, y él pensó que, si Tillie no conseguía ablandarme, quizá Ria lo lograría.

Idiota.

En cuanto a tres ahogamientos en un mismo día en mi Estanque, eso tiene una explicación sencilla. La culpa por haber intentado matar a Caleb fue demasiado para Owen y se quitó la vida de la misma manera. Luego su hermana Tillie, que no sabía nadar, murió intentando salvarlo.

Una tragedia sin sentido.

Le contaremos esta historia a la policía, y los demás me respaldarán, porque se lo pediré. Resulta que al final no venderé Ghost Gum House.

Adormeceré a Lauren con una falsa sensación de seguridad.

Seguiré apoyando su matrimonio con Caleb hasta que él se recupere del todo.

Seré la abuela perfecta.

Porque si Lauren ha jugado a largo plazo, yo también puedo hacerlo.

La reconocí en el momento en que Caleb nos presentó. Claro que tenía un aspecto completamente distinto al de la adolescente a quien vi enterrar a su padre en mi jardín, pero tengo buen ojo para las caras. Al principio pensé que podría ser una coincidencia, pero descarté esa posibilidad enseguida.

Así que esperé, curiosa por ver qué tramaba Lauren. Me desconcertó casándose con Caleb en una ceremonia apresurada, y luego me confundió todavía más al volver aquí para vivir.

He dado la bienvenida a mucha gente en mi casa a lo largo de los años, pero en el momento en que Lauren puso un pie aquí, supe que había abierto mi puerta al diablo.

Por eso tuve que forzar su mano y provocar una de las lagunas de Caleb. Antes me desconcertaban cuando era más joven, hasta que descubrí que ocurrían después de que comiera una de mis famosas ensaladas de flores comestibles. Yo lo animaba a comerse hasta la última hoja o le negaba el helado de fresa, su postre favorito. Pero resulta que aquellas flores comestibles llevaron a Caleb a desarrollar la costumbre de comer otras flores del jardín, incluido el heliotropo de jardín —valeriana—, que le provocaba las lagunas.

Así que, cuando quise asustar a Lauren y ver cómo reaccionaba, le preparé a Caleb su tentempié nocturno favorito, un sándwich de jamón con ensalada, bien cargado de heliotropo, y lo conduje hasta el cobertizo antes de que perdiera el conocimiento. Desenterré la tumba de Ray, removiendo apenas la tierra de la superficie lo suficiente para que Lauren creyera que su secreto estaba a punto de salir a la luz.

Funcionó, aunque no esperaba que Tillie implicara a Owen, lo que estuvo a punto de costarle la vida a Caleb. Son mala gente, pero Lauren puede que sea la peor de todos, capaz de llegar a extremos como casarse con mi nieto y enredarlo en su lío para proteger su secreto.

Puede que ahora seamos cómplices, pero hay una diferencia entre nuestros crímenes.

Si exhuman a Ray, Lauren se convierte en la principal sospechosa. No por ninguna posible prueba forense, sino por el diario de Tillie que guardó bajo un tablón suelto del suelo de su habitación. Tillie describió con todo detalle lo que ocurrió la noche del asesinato de Ray, lo que significa que Lauren irá a la cárcel.

Si eso ocurre, Lauren puede hablar, pero ¿qué puede decir? ¿Que yo empujé a Tillie al Estanque? No hay ninguna prueba de eso, y ¿a quién creerá la policía: a mí, una ciudadana ejemplar que ha vivido toda su vida en este pueblo y ha ayudado a tantísimas personas, o a una asesina culpable de matar a su propio padre?

Lo tengo todo calculado.

El día que Caleb se recupere será el día en que haga una denuncia anónima a la policía sobre el paradero de Ray Ulverstone, desaparecido hace años. A los cuerpos de seguridad les encanta resolver casos sin cerrar, y con lo que encontraron en la casa de al lado, este les resultará irresistible.

Y al día siguiente, la policía recibirá el diario de Tillie.

Los mayores tendremos muchos defectos, pero no somos tontos.

Algo que la despiadada y manipuladora Lauren está a punto de descubrir.

Estoy deseando que llegue ese momento.

Si has disfrutado de este libro, por favor, deja una reseña. Incluso unas pocas palabras ayudan a que nuevos lectores descubran los libros de Nicola

Si te han gustado los giros inesperados de este libro, te encantará *Nuestra Familia Perfecta*.

La perfección esconde los secretos más oscuros...

El respetado profesor de secundaria Austin Yates es un devoto hombre de familia. Pero cuando un cruel ataque en línea deja a su hija adolescente traumatizada, la vida cuidadosamente controlada de Austin comienza a desmoronarse. La familia lo es todo para él y hará lo que sea necesario para protegerlos. Incluso si eso significa eliminar la amenaza.

Para Kate, Austin es el hombre que la salvó. Es una buena esposa y una madre cariñosa. Pero cuando los rumores de escándalos y acusaciones contra Austin recorren su pequeño pueblo, Kate se enfrenta a una elección imposible: defender al hombre al que le debe todo o proteger a la familia que ha jurado mantener unida.

Mia quería terminar ilesa su último año en la escuela. Pero una foto incriminatoria lo cambia todo y, a medida que el mundo que la rodea se acerca, su próximo movimiento podría destruir a su familia... o salvarla.

En una ciudad donde el juicio se difunde más rápido que la verdad, los secretos de una familia están a punto de quedar al descubierto.

Y no todos sobrevivirán a las consecuencias.

¡Léelo ya!

Acerca del autor

Autora superventas de *USA TODAY* y ganadora de múltiples premios, Nicola Marsh escribe novelas absorbentes que te mantendrán despierto/a toda la noche.

Ha publicado 90 libros y vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Actualmente escribe romance contemporáneo y suspense doméstico.

Tras trece años como fisioterapeuta, lleva veinte años dedicada por completo a la escritura, mientras cría a sus dos encantadores "héroes", comparte buena comida con familiares y amigos y, sobre todo, disfruta acurrucándose con un buen libro.

OTRAS OBRAS DE NICOLA MARSH

Suscríbete al boletín de Nicola y recibe un libro gratis!

Lee el nuevo feel-good romance de Nicola

WHERE THE HEART IS

FORGET

JOURNEY TO YOU

DID NOT FINISH

Novelas de suspense doméstico

NUESTRA FAMILIA PERFECTA

EL REFUGIO

EL SANTUARIO

Prueba el dúo CARTWRIGHT BROTHERS

FASCINATION

PERFECTION

El dúo WORKPLACE LIAISONS

THE BOSS

THE CEO

Prueba el dúo ROYALLY RECKLESS

INCOGNITO

COVERT

La serie REDEEMING A BAD BOY

THE REBEL

THE PLAYER

THE WANDERER

THE CHARMER

THE EX

THE FRIEND

REDEEMING BAD BOYS BOXED SET LIBROS 1–4

Prueba la serie BASHFUL BRIDES

NOT THE MARRYING KIND

NOT THE ROMANTIC KIND

NOT THE DARING KIND

NOT THE DATING KIND

La serie CREATIVE IN LOVE

THE GRUMPY GUY

THE SHY GUY

THE GOOD GUY

Prueba la serie BOMBSHELLS

BEFORE (¡GRATIS!)

BRASH

BLUSH

BOLD

BAD

BOMBSHELLS BOXED SET

La serie WORLD APART

WALKING THE LINE

CROSSING THE LINE

TOWING THE LINE

BLURRING THE LINE

WORLD APART BOXED SET

El dúo HOT ISLAND NIGHTS

WICKED NIGHTS

WANTON NIGHTS

El dúo ROMANCE CYNICS

CUPID SEASON

SORRY SEASON

La serie BOLLYWOOD BILLIONAIRES

FAKING IT

MAKING IT

La serie LOOKING FOR LOVE

LUCKY LOVE

CRAZY LOVE

El dúo MILITARY MEN IN LOVE

THE SECOND CHANCE GUY

THE NO CHANCE GUY

Visita la página web de Nicola para ver la lista completa de sus libros.